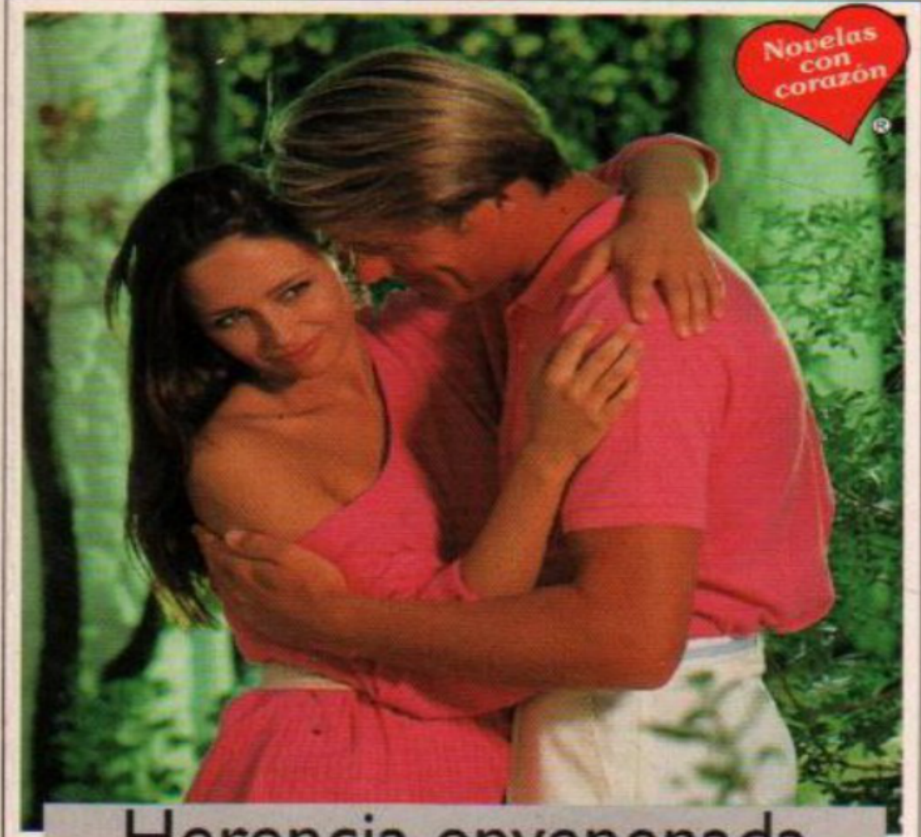
HARLEQUIN

# BIANCA

aventura, intriga, pasión




# Herencia envenenada

Miranda Lee

340 Ptas

www.todocoleccion.net

# Lee, Miranda

# Herencia envenenada

Herencia Envenenada
Miranda Lee

Argumento:

La tía de Jessica, Lucy, le había dejado tres cosas en herencia: su fortuna, la clave para descubrir su verdadero pasado y a Sebastian Slade. Para poder heredar, Jessica tenía que vivir en la casa de Lucy en Norfolk Island durante un mes con Sebastian, descripto en el testamento como su "leal amante y compañero".

A Jessica no le hizo mucha gracia aquella idea; supuso que Sebastian sería un hombre ya entrado en años que habría tratado de conquistar a Lucy con la esperanza de conseguir su dinero. Pero sintió aún más recelos cuando lo vio en persona. ¿Era posible que aquel joven rubio y tostado por el sol, con un cuerpo que quitaba el aliento, hubiera sido el amante de su tía?

# Capítulo 1

—Su tía Lucy le ha dejado todo.

Jessica miró al notario que se hallaba al otro lado del escritorio.

—¿Todo? —repitió, ligeramente aturdida por la sorpresa.

Estaba empezando a asimilar la noticia de la muerte de tía Lucy. De un cáncer inoperable, hacía tres semanas.

Cuando protestó por no haber recibido la noticia a tiempo, el notario le informó que nadie había sabido que existía hasta que apareció el testamento de su tía, dos días atrás.

Jessica tampoco supo que su tía Lucy existía hasta que la mujer se presentó en el hotel Sydney Grand dos meses atrás y pidió hablar con el encargado de relaciones públicas del hotel, que no era otra que ella.

Fue un extraño encuentro. Jessica se quedó asombrada cuando aquella mujer le dijo de repente que era la hermana mayor de su madre. La madre de Jessica siempre había asegurado que no tenía parientes conocidos.

Tía Lucy también pareció conmocionada al ver a su sobrina. La miró intensamente, como si se hallara frente a un fantasma. Cuando Jessica fue requerida para resolver un problema con unos clientes, dejó a la silenciosa mujer con la promesa de volver en breve. Había tantas preguntas que quería hacerle… Giraban en su mente como un remolino.

Pero cuando volvió quince minutos después, tía Lucy había desaparecido.

El recuerdo del angustiado rostro de la mujer no había abandonado a Jessica desde entonces. Ni las numerosas preguntas que había causado la breve y misteriosa visita de su tía. ¿Por qué le mintió su madre? ¿Por qué no esperó su tía a que volviera? ¿Y por qué la había mirado de forma tan extraña, como si su aspecto físico la ofendiera?

Jessica trató de encontrar a su tía, pero sin éxito. Estuvo a punto de contratar a un detective privado. Esa misma semana había empezado a buscar en las páginas amarillas.

Por triste que fuera la muerte de su tía, al menos ahora Jessica podría encontrar algunas respuestas a sus numerosas preguntas. A las que se unía el misterio de por qué su tía la había nombrado única heredera.

—Veo que está sorprendida por esta herencia, señorita Rawlins —dijo el notario—. Pero el testamento de la señora Hardcourt es

muy claro.

—¿Señora Hardcourt? —preguntó de inmediato Jessica—. ¿Mi tía estaba casada?

No era de extrañar que no hubiera logrado encontrarla. Lo había intentado a través del apellido Woods, que era el de su madre de soltera.

—Era viuda. Desde hacía bastantes años, según tengo entendido. No tenía hijos. La madre de usted era su único pariente directo. Sus padres murieron hace muchos años.

El corazón de Jessica se hundió. Ahí acababa su esperanza de tener abuelos, tíos o primos. De manera que seguía sin tener ningún familiar que quisiera saber algo de ella. Su propio padre y todos los parientes de éste rompieron todo contacto con ella tras el divorcio de su madre.

Tampoco era que Jessica los hubiera conocido realmente. Cuando sus padres se divorciaron, sólo tenía tres años, y fue una separación amarga, sobre la que su madre se negó a hablar después.

Cuando ocho años atrás, Jessica escribió a su padre a Sydney para comunicarle la muerte de su madre, éste ni siquiera tuvo la decencia de asistir a su funeral.

El corazón de Jessica se encogió al pensar en aquel triste día. Llovía y ella fue la única que asistió al entierro además del cura. Su madre no tenía amigos íntimos; desde que Jessica recordaba, había sido una alcohólica y agorafóbica. Murió a los treinta y ocho años, de fallo renal y hepático.

Jessica se preguntó de nuevo qué habría habido tras la falta de autoestima de su madre. Ella pensaba que era debida al fracaso de su matrimonio. Ahora no estaba segura.

Había tantas preguntas sobre su madre y sobre sí misma sin respuesta…

Jessica miró pensativamente al paciente notario.

—Supongo que el marido de mi tía tenía algún pariente —dijo —. ¿Por qué no les ha dejado algo? ¿Por qué me lo ha dejado todo a mí?

El notario de encogió de hombros.

—Me temo que no sé la respuesta. Su tía no menciona a ningún otro pariente en el testamento. Tampoco ha aparecido ninguno hasta ahora. Usted es su única heredera, y lo cierto es que su fortuna es bastante considerable.

Jessica se quedó sorprendida. Había imaginado una pequeña casa en algún pueblecito, o algo parecido. No esperaba una gran fortuna.

—¿Hasta qué punto es considerable? —preguntó, sin poder ocultar cierta excitación.

Una de las principales metas de la vida de Jessica había sido alcanzar cierta seguridad económica. El haber sido pobre durante toda su juventud había dejado sus huellas. Siendo poco más que una niña, se prometió a sí misma dejar se ser pobre en cuanto tuviera edad de mantenerse. Tras la muerte de su madre, trabajó muy duro hasta conseguir un trabajo seguro y bien pagado.

Aunque ningún trabajo era seguro en aquella época, pensó.

—En primer lugar está la propiedad —empezó el notario con entusiasmo—. Consiste en varios acres de magnífica tierra con vistas al océano Pacífico y una gran mansión que su tía transformó hace años en casa de huéspedes. No hay hipoteca y la casa está magníficamente amueblada.

—¡Dios santo! —exclamó Jessica—. ¡No tenía ni idea!

—Me doy cuenta. También me alegra informarle que una vez pagados el funeral y los gastos legales, la cuenta bancaria de su tía supera ligeramente los quinientos mil dólares.

Jessica se quedó sin aliento.

—¡Medio millón de dólares! —exclamó. Apenas podía creer lo que oía—. ¿Dónde está la propiedad? Ha mencionado un terreno. Y vistas al océano Pacifico. Supongo que está en algún lugar de la costa, ¿no?

El notario pareció sorprendido.

—¿Quiere decir que no sabe dónde vivía su tía?

—No, ya se lo he dicho. Apenas la conocía. Sólo nos vimos una vez.

—Entonces le espera otra sorpresa. Su tía vivía en Norfolk Island.

—¡Norfolk Island!

—Sí.

—¡Dios Santo! —Jessica nunca había estado en Norfolk Island, pero sabía dónde estaba. En el océano Pacífico, al este de la costa Australiana. Era un lugar muy popular de vacaciones para recién casados y personas de mediana edad y mayores, la clase de sitio bonito y tranquilo donde la actividad más excitante consistía en visitar las ruinas de una antigua cárcel. Uno de los empleados del hotel había pasado una semana allí y Jessica pensó que ella se habría aburrido mucho en un lugar así.

A Jessica le gustaba el ajetreo. Y le gustaba tener a mucha gente a su alrededor. Tal vez era otra marca de su infancia; además de carecer de dinero, no tuvo amigos. No se llevaban amigos a casa con una madre borracha, y si no tenías dinero, tampoco te podías permitir salir.

El lugar ideal de Jessica era la zona interior de Sydney. Le gustaba el movimiento de la ciudad, las brillantes luces y el

continuo movimiento de gente. Cuando no estaba trabajando, siempre había algún lugar al que ir, algo que hacer. Cenar fuera, ir al teatro, al cine, al ballet, a los conciertos, a una discoteca…

Jessica no podía imaginar vivir en otro sitio, y, desde luego, no en una pequeña isla del Pacífico cuyas únicas luces brillantes eran las estrellas.

—Supongo que querrá ir a ver personalmente la casa —dijo el notario.

Jessica se mordió el labio inferior. Por supuesto que quería ir a verla. Pero en aquellos momentos no disponía de tiempo. Su trabajo era muy exigente y febrero era un mes muy ocupado en los hoteles de Sydney.

¿Pero cómo podía dejar pasar la oportunidad de averiguar la verdad sobre sus orígenes? ¿Y qué lugar mejor para empezar que donde vivía su tía? Era evidente que el notario no sabía demasiado.

Jessica pensó sobre su situación laboral. Había trabajado casi un año sin descanso y le debían sus vacaciones anuales. Sin duda, podían pasar sin ella un par de semanas.

—Sí, me gustaría verla —dijo, decidiéndose con su habitual rapidez—. Supongo que debería aprovechar el viaje para poner la propiedad en venta, ¿no?

El notario pareció sorprendido.

—¿Quiere decir que no piensa quedarse a vivir allí?

—¡Cielos, no! Mi vida está aquí, en Sydney.

—¿Se da cuenta de que las personas con residencia en Norfolk no pagan impuestos?

Jessica había olvidado aquel detalle. No había duda de que era tentador, pero no lo suficiente como para abandonar una carrera por la que había luchado mucho y una forma de vida que le gustaba. ¿Qué iba a hacer ella en Norfolk?

—Podría hacerse cargo de la casa de huéspedes de su tía —continuó el notario, como si hubiera leído su mente—. No tendría problemas para conseguir un permiso de estancia en sus circunstancias.

Jessica arrugó la nariz. Había pasado un año haciendo las tareas domésticas del hotel mientras ascendía en su carrera, y no le gustaron nada. Sabía exactamente lo que implicaba hacerse cargo de una casa de huéspedes, y no era algo a lo que le apeteciera dedicar su vida.

—Me temo que eso no es para mí. Creo que prefiero vender e invertir el dinero.

—Ya veo. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en la isla?

—Al menos quince días —dijo Jessica resueltamente—. No puedo utilizar más tiempo.

—Hmm, me temo que tendrá que hacerlo, señorita Rawlins. Hay una condición bastante sencilla además de extraña unida a la herencia.

—¿De verdad? Antes no la ha mencionado.

—Suponía que querría vivir allí permanentemente. La mayoría de la gente daría saltos de alegría ante la posibilidad de hacerlo. Pero ya que no tiene intención de quedarse en la isla, debo comunicarle que debe instalarse en la casa de la isla y vivir en ella al menos un mes.

—¡Un mes! Pero eso es ridículo. ¡No puedo permitirme dejar mi trabajo tanto tiempo!

—Me temo que tendrá que hacerlo si quiere heredar. El deseo de su tía está muy claro. Incluso hizo los arreglos necesarios en el testamento para pagarle el billete de avión si no estaba en condiciones de adquirir uno. O, y hay otra pequeña condición. Durante ese mes, debe permitir que cierto señor Slade siga viviendo en la misma habitación que ha ocupado durante los tres últimos años, sin cobrarle.

—¡Qué peculiar! ¿Y si no cumplo esas condiciones?

—Entonces la herencia pasaría a manos del señor Slade, a quien la señora Hardcourt describe como un compañero querido y leal durante los pasados tres años.

Jessica frunció el ceño. ¿Lo de compañero querido y leal sería un eufemismo de amante? Recordaba a su tía como una mujer atractiva, con una buena figura para sus años. Aunque rondaría los cincuenta y tantos cuando la conoció, no era raro que pudiera tener un amante.

—Fue el señor Slade quien encontró el testamento —continuó el notario—. Al parecer se había caído tras una cómoda. El señor Slade ha cuidado de la casa desde la muerte de su tía.

—Y también sabía que existía el testamento, o no lo habría buscado —comentó Jessica irónicamente. Por algún motivo, no le gustaba el tal señor Slade. ¿O sería simplemente aquella extraña condición la que no le gustaba?—. Si estaban tan unidos, no entiendo por qué mi tía no le dejó la herencia directamente a él.

—No tengo ni idea.

—No, claro que no —murmuró Jessica. La única forma de averiguarlo sería yendo allí personalmente. ¿Pero todo un mes? ¿Cómo iba a hacerlo sin arriesgarse a perder su trabajo?—. ¿Qué sabe usted sobre el señor Slade? —preguntó.

—Muy poco. Hablé con él por teléfono ayer.

—¿Y?

—Sonaba sorprendentemente… joven.

—¿Joven? —repitió Jessica, sorprendida.

—Fue sólo una impresión. Algunas personas mayores tienen voces muy jóvenes por teléfono.

Jessica asintió. Era cierto. El dueño del Sydney Grand tenía sesenta y cinco años y parecía mucho más joven por teléfono.

—Hay un vuelo para Norfolk el próximo domingo a las siete —dijo el notario—. Si quiere, puedo llamar a la compañía aérea ahora mismo y comprobar si tienen billetes. Si va ahora, sólo tendrá que quedarse cuatro semanas para satisfacer la voluntad de su tía. Este año, febrero sólo tiene veintiocho días.

Cuatro semanas alejada del hotel en aquella época del año era mucho tiempo. Jessica sabía que a su jefe no le iba a gustar. ¿Pero qué alternativa tenía?

—De acuerdo —aceptó.

Ahora que se había decidido, estaba anhelando irse. Todo aquel asunto había despertado su curiosidad. Quería ver el lugar. Y la isla, Y al misterioso señor Slade.

De hecho, se sentía ligeramente culpable por él. Si había querido sinceramente a su tía y la había cuidado durante sus últimos días, no había duda de que se merecía más por su devoción que un mes libre de gastos. Jessica decidió que si comprobaba que realmente había sido un buen amigo de su tía y se encontraba en dificultades económicas le legaría una cantidad de dinero como recompensa. Era lo menos que podía hacer.

—¿Quiere el número de teléfono de la casa de su tía? —preguntó el notario, tras resolver satisfactoriamente el problema del billete de avión—. Así podrá llamar usted misma al señor Slade y concertar una cita para que la recoja en el aeropuerto.

—De acuerdo —asintió de nuevo Jessica. Sería interesante comprobar lo joven que le resultaba a ella. Era posible que el notario considerara joven a alguien de cincuenta años. El tendría unos sesenta.

El notario apuntó el número de teléfono en una de sus tarjetas y se la dio a Jessica.

—No dude en llamarme si necesita ayuda —dijo, levantándose a la vez.

Jessica estrechó su mano extendida.

—Gracias. Lo haré.

Mientras salía de la oficina la asaltó el repentino pensamiento de que su vida no volvería a ser la misma desde ese día. De pronto, se había convertido en una mujer rica, en una heredera.

Extrañamente, aquella idea le resultó ligeramente inquietante. Jessica decidió en aquel instante no contarle a nadie lo sucedido, ni siquiera a sus amigos. Aparte de los celos que podría inspirar, la gente tendía a tratarle a uno de forma diferente si sabían que era

rico, especialmente los miembros del sexo opuesto.

Aunque, por supuesto, ya había dos personas enteradas de su situación económica. Eso era inevitable. Pero no creía que el notario fuera a ser un problema.

Lo que dejaba sólo al señor Slade.

Jessica estuvo a punto de reír al sentir que se le encogía el estómago. Su imaginación se estaba disparando. Lógicamente, el señor Slade debía de tener unos cincuenta años. Y no debía sentirse especialmente predispuesto hacia la mujer que iba a apartarlo de aquella cuantiosa herencia.

De pronto, la perspectiva de pasar un mes en Norfolk Island en la misma casa que el señor Slade empezó a parecerle bastante incómoda.

Pero lo sentía mucho, pensó Jessica. Tenía todo el derecho a ir allí y averiguar todo lo que pudiera sobre su propio pasado y el de su madre.

# Capítulo 2

Ya eran las nueve y media de la noche cuando Jessica entró en su apartamento. Suspiró de cansancio mientras encendía las luces. Esa tarde había trabajado varias horas extra en el hotel, organizándolo todo para que su ayudante pudiera arreglárselas sin ella todo el mes.

Finalmente, había pedido sus cuatro semanas de vacaciones, alegando que sufría de estrés emocional tras la repentina muerte de su querida tía. La dirección del hotel no se había mostrado especialmente encantada con su petición, pero tampoco le pusieron tantas dificultades como había esperado. Era evidente que la valoraban como empleada y que no querían perderla.

Jessica sabía que hacía un buen trabajo, pero siempre le había preocupado un poco haber ganado su presente posición más por su aspecto de modelo que por sus títulos. Y tenía varios. Era graduada en hostelería y turismo, además de tener años de experiencia trabajando en todas las facetas del negocio de la hostelería, desde las tareas domésticas, hasta recepción y relaciones públicas.

Jessica cerró la puerta de su apartamento semi–nuevo, que se hallaba en la zona norte de Sydney. Tenía dos espaciosas habitaciones con una vista preciosa del puente y el puerto. Sólo hacía cuatro meses que se lo había comprado, utilizando para la entrada todo el dinero que había ahorrado hasta entonces.

Pero siempre había deseado tener su propia casa tras haber pasado años compartiendo piso.

A pesar de todo, no estaba disfrutando tanto de vivir sola como había esperado. Echaba de menos no tener alguien con quien hablar por las tardes. Ultimamente se había sentido muy sola, lo que era un mal presagio. En el pasado, cuando su soledad le resultaba insoportable solía acabar teniendo una aventura con algún hombre totalmente inadecuado.

Ella no sabía que el hombre era inadecuado cuando la relación empezaba, por supuesto, ya que al principio el hombre de turno le declaraba su amor y devoción.

Era sólo más tarde, al averiguar que estaban casados, o que eran adictos de algún tipo, o alérgicos a cualquier compromiso a largo plazo, cuando reconocía su propia locura por lo que era; simple desesperación por sentirse amada y no estar sola y un profundo deseo de encontrar al hombre de sus sueños, casarse y tener un montón de hijos para no volver a estar sola nunca más.

En aquel momento, solían caer las vendas de sus ojos y veía a su amante tal como era: un atractivo y sofisticado mentiroso que la utilizaba para obtener lo que pudiera y le daba muy poco a cambio, ¡ni siquiera buen sexo!

Jessica sabía por las revistas y las conversaciones con sus amigas que nunca había sido bien tratada en la cama. Tal vez debería haberse quejado, pero eso era algo que no se hacía cuando una se creía perdidamente enamorada.

La idea de volver a recorrer aquel mismo camino le produjo un escalofrío. Mejor seguir sola que mal acompañada. Mejor seguir soltera y sin hijos que con algún hombre egoísta que fuera un mal padre y ni siquiera supiera satisfacerla en la cama.

¿Pero con qué opciones le dejaba aquello para paliar su presente soledad?

Tendré que compartir el piso con alguien —dijo en alto—. Con una mujer, por supuesto —añadió irónicamente mientras iba al dormitorio a dejar el bolso y a quitarse los zapatos.

—¡Malditos hombres! —murmuró mientras empezaba a desvestirse.

Pensó en uno en particular.

El amante de tía Lucy, el enigmático señor Slade. Pensaba haberlo llamado desde el trabajo, pero no lo había hecho. Por algún motivo, le ponía nerviosa la idea de hablar con él.

«Llámalo ahora», exigió su orgullo. «¿Qué te sucede? Puede que sea frío contigo; eso no puedes evitarlo. Tú limítate a ser amable. Estás acostumbrada a ser amable con algunos de los hombres más groseros y arrogantes que hay por aquí. Tú trabajo te ha preparado para ello. Utiliza tu experiencia ahora.»

Jessica miró el teléfono, que estaba en la mesilla de noche, junto a la ventana. Alzando la barbilla, fue a recoger su bolso, lo abrió y sacó la tarjeta que le había dado el notario. No se retrasó una vez que tuvo el número en sus manos. Se sentó y marcó sin meditarlo más.

—Hola —saludó al cabo de un momento una voz masculina—. Soy Seb.

Jessica frunció el ceño. Si Seb era el señor Slade, desde luego que su voz sonaba joven. Demasiado joven para ser el amante de una mujer de cincuenta años. A menos que…

Su estómago se contrajo al pensar que su tía pudiera haber caído en las garras del tipo de hombre joven sin escrúpulos capaz de aprovecharse de una viuda rica. Jessica conocía aquella especie. Merodeaban a menudo en los bares de los hoteles, acechando alguna presa adecuada. Eran invariablemente atractivos. Y encantadores. Y jóvenes.

Si el señor Slade resultaba ser uno de esos, pensó Jessica malhumorada, lo echaría de la casa en cuanto terminara el mes. No sacaría un centavo de ella.

—Soy Jessica Rawlins —dijo secamente—. ¿Hablo con el señor Slade?

—Sí, soy yo. Me alegra oírte. Supongo que el notario se ha puesto en contacto contigo. ¿Cuándo vas a venir?

Jessica alzó las cejas. Estaba claro que iba directo al grano. Si no hubiera estado prevenida, la habría conquistado de inmediato con su encanto.

—Voy a tomar un vuelo desde Sydney el domingo a las siete —dijo rígidamente.

—Iré a recogerte… Oh, no. No puedo. Le prometí a Mike que iría a pescar con él el domingo por la mañana. Ya sé; le pediré a Evie que vaya.

—¿Y quién es Evie?

—Era la cocinera de tu tía. Te gustará —dijo el señor Slade animadamente—. A todo le mundo le gusta Evie. Pero será mejor que me digas qué aspecto tienes para que pueda reconocerte el domingo. ¿Eres alta?

—Bastante —dijo Jessica, tras reprimir su momentánea frustración. De todas formas, pronto averiguaría todo lo que quería saber. Y podría fiarse de sus ojos más que de una conversación telefónica.

—¿Delgada? —continuó él.

—Sí.

—¿Qué color de pelo?

—Negro.

—¿Largo o corto?

—Me llega hasta los hombros, pero siempre lo llevo recogido.

—¿Qué edad tienes? Aproximadamente —añadió él rápidamente, con un toque de humor en la voz.

—Veintiocho —contestó Jessica, sin tener motivo para ocultar su edad.

—Por teléfono pareces mayor.

—Pues tú no —espetó.

—¿Yo no, qué?

—No pareces tan mayor como suponía. Por la voz no te habría echado más de treinta años.

La risa del señor Siade podría haber resultado contagiosa en otras circunstancias.

—No tienes idea de cuánta gente me dice eso, Jessica —dijo—. Pero ya hace unos años que cumplí los treinta.

Jessica no estaba segura de si aquello la tranquilizó o no.

Debería haberse sentido aliviada al averiguar que era un hombre de edad mediana, pero no fue así. Se sentía claramente molesta. Por algún motivo, el señor Slade no le gustaba.

—Y también parezco joven para mi edad —añadió él—. Pero trato de no preocuparme al respecto —Jessica percibió la sonrisa en su voz y se puso más rígida—. Por cierto —continuó—, aquí hace bastante calor, así que será mejor que te traigas el bañador y los pantalones cortos. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Sólo un mes.

—Ah… Qué pena. Pero podremos hablar al respecto cuando vengas. Me alegra que hayas llamado, Jessica. Estoy deseando conocerte. Siento no poder ir a darte la bienvenida al aeropuerto. Trataré de estar de vuelta cuando llegues a la casa. Hasta pronto. Que tengas un buen viaje.

El señor Slade colgó, dejando a Jessica sin saber qué pensar exactamente de él. Estaba claro que era un hombre de mediana edad. Le había divertido mucho que dijera que por su voz no parecía tener más de treinta años.

Si era sincera, Jessica debía admitir que había sido muy agradable con ella, y que no había dado la más mínima señal de resentimiento por el tema de la herencia. Se preguntó de qué querría hablar con ella. ¿Querría convencerla para que le permitiera quedarse a dirigir la casa de huéspedes? Si era así, estaría perdiendo el tiempo. Jessica no tenía intención de hacer tal cosa.

Pero sí quería hablar con él. Quería averiguar todo lo que supiera sobre su tía. Tal vez, Evie también supiera muchas cosas, dependiendo del tiempo que llevara trabajando como cocinera de tía Lucy.

Pensar en aquello hizo que Jessica recordara el hambre que tenía. Se levantó de la cama y fue a la cocina, vestida tan solo con su camisola y unas braguitas. Se miró en el espejo del armario al pasar junto a éste y recordó los impersonales detalles que le había dado al señor Slade sobre su físico. Veintiocho años, alta, delgada y morena.

No era una gran descripción, desde luego. Pero habría sido poco modesto añadir que tenía un rostro que no habría estado fuera de lugar una portada de la revista *Vogue* y un cuerpo por el que uno de sus amantes había asegurado estar dispuesto a matar.

—¿Y qué aspecto tiene usted, señor Slade? —murmuró en alto mientras continuaba hacia la cocina—. Alto y delgado. Los hombres que parecen jóvenes para su edad siempre son delgados. Y seguro que no está calvo. Tendrá una buena mata de pelo con algunas canas. Y será atractivo, ¿verdad, señor Slade? Maduramente atractivo.

Jessica se preguntó de nuevo si realmente habría sido amante de su tía, o simplemente un buen amigo. No había dicho nada que indicara ni lo uno ni lo otro. Lo cierto era que no había aprovechado bien la llamada. ¡No había averiguado absolutamente nada!

Pero sólo faltaban tres días para el domingo. No era mucho. Muy pronto estaría aterrizando en el aeropuerto de Norfolk, a un paso de descubrir todo lo que quería saber.

Un escalofrío recorrió su espalda. Nunca se le había escapado que algo horrible debió sucederle a su madre para acabara como lo hizo. Tal vez hizo algo malvado y vergonzoso y huyó de su casa. O tal vez le hicieran algo malvado y vergonzoso a ella, con el mismo resultado.

Jessica no sabía qué era ese algo. Fuera lo que fuese, pretendía averiguar la verdad. ¡Oh, sí! ¡Tenía intención de averiguarlo todo!

# Capítulo 3

El vuelo de Jessica del domingo por la mañana duró dos horas y media. Dos largas horas y media de mariposas en su estómago. Algunas debidas a su temor a volar; la mayoría debidas al temor a lo desconocido que le aguardaba en Norfolk.

No dejó de mirar por la ventanilla durante todo el trayecto, a pesar de que las nubes impedían la visión del mar que se hallaba debajo. Pero en realidad no miraba nada. Iba pensando, especulando, preocupándose. Sólo cuando empezaron a descender, la visión de la isla le hizo volver a la realidad fisica de su destino.

Era realmente pintoresca, como un punto de intenso color verde en medio del enorme mar azul. ¡Y era realmente pequeña! Jessica sabía por los folletos de turismo que la isla sólo medía cinco kilómetros por ocho. Aquello no le preocupó hasta que vio lo pequeña que era la pista de aterrizaje. Esperaba que el avión pudiera detenerse a tiempo, que no acabara hundiéndose al final del trayecto en el mar.

El avión empezó a ladearse ostensiblemente en aquel momento, y una de sus alas bloqueó la visión de la isla. Sólo se veía agua y más agua. Jessica sintió que su estómago empezaba a revolverse. Odiaba viajar en avión y especialmente los aterrizajes.

Afortunadamente, el avión aterrizó sin problemas, dirigiéndose enseguida a la terminal. Hubo un breve retraso mientras todo era rociado por algún motivo desconocido para Jessica. Luego, una mujer con acento extranjero dio una breve charla a través de los altavoces sobre la isla y sus reglas.

Jessica giró los ojos cuando oyó que el límite de velocidad eran cincuenta kilómetros por hora en toda la isla, menos en la ciudad y junto a las playas, que se reducía a veinticinco. Los conductores eran advertidos de que debían ceder el paso a todo bicho viviente que apareciera por las carreteras.

¡Dios santo!, pensó, divertida. ¡Aquello era lo más distinto a Sydney que podía encontrarse!

Una vez terminadas las formalidades, tomó su bolsa y salió al exterior, alegrándose al comprobar que no hacía tanto calor como temía. Se había puesto un traje pantalón para viajar. La chaqueta era de hilo, y no era lo más fresco que tenía.

Llevaba el pelo sujeto en un apretado moño, como siempre hacía en el trabajo. Se había maquillado expertamente para realzar sus grandes ojos negros y su carnosa boca. Las joyas que llevaba eran

discretas y caras. Una medalla de oro en torno al cuello. Unos pequeños aros de oro en las orejas. Un reloj de oro en la esbelta muñeca.

Tenía un aspecto elegante y sofisticado, y parecía mucho más tranquila de lo que se sentía.

El breve paseo hacia los pequeños edificios de la aduana bastó para que Jessica comprobara la gran humedad reinante. Decidió cambiarse en cuanto llegara a casa de su tía.

Apenas tardó unos minutos en recoger su equipaje y pasar la aduana. Al parecer, aquella era una de las ventajas de viajar a un lugar pequeño. Acababa de entrar en el edificio de la terminal cuando una mujer pequeña y regordeta de pelo gris le tocó el brazo.

—Tú tienes que ser Jessica —dijo, sonriendo.

—Y tú debes de ser Evie —respondió Jessica, devolviéndole la sonrisa. Habría sido imposible no hacerlo. El señor Slade estaba en lo cierto. Evie era la clase de persona que caía bien a primera vista. Tenía el rostro redondeado, con unos brillantes ojos grises y una cálida sonrisa. Llevaba un vestido de flores y debía de tener cerca de sesenta años.

—No te pareces mucho a tu madre —comentó la mujer tras mirar cariñosamente a Jessica.

Desde luego que no se parecía. Su madre era pequeña y tenía los ojos azules.

Pero Jessica no pudo evitar que su corazón diera un vuelco al oír el comentario de Evie.

—¿Conocías a mi madre?

—¡Por supuesto que la conocía, cariño! Hace cuarenta años que vivo en esta isla. Todo el mundo conoce a todo el mundo. Pronto de darás cuenta. También conocía a tus abuelos. Vamos —dijo Evie, agarrándola por un brazo—. Será mejor que salgamos al aire libre.

Jessica se dejó guiar hasta un aparcamiento semi–vacío. Sus pensamientos no dejaban de dar vueltas. Si Evie había conocido a sus abuelos, ¿significaba eso que también habían vivido en la isla? ¿Habrían nacido allí su tía y su madre? ¿Pertenecería a una familia de isleños?

El deseo de bombardear a Evie con preguntas era muy fuerte, pero algo hizo que se contuviera. Probablemente, un rechazo instintivo a reconocer que desconocía su propio pasado.

¿O temía averiguar la verdad ahora que estaba a punto de descubrirla?

—El coche está ahí —dijo Evie.

Era un Mazda. Pequeño, blanco, abollado y polvoriento. Estaba sin cerrar, con las llaves puestas en el contacto.

Jessica no podía creer lo que veía.

—¿No crees que deberías haber cerrado el coche? —preguntó mientras ocupaba el asiento del copiloto, sin intención de criticar pero incapaz de guardar silencio.

Evie rió.

—Nadie cierra el coche con llave en Norfolk, querida. Ya te acostumbrarás.

—Lo dudo —murmuró Jessica, moviendo la cabeza.

—Piénsalo —dijo Evie, poniendo en marcha el motor—. ¿Dónde irían si lo robaran?

Jessica tuvo que admitir que eso era cierto, pero sabía que ella cerraría el coche de todas formas.

—Y ni siquiera es mi coche —añadió Evie mientras salían del aparcamiento—. Era de Lucy, pero se lo dio a Sebastian antes de morir.

Jessica frunció el ceño al oír aquello. De manera que Sebastian Slade sí había recibido algo. No era un gran coche, desde luego, pero tal vez habría recibido otros regalos. Era posible que su tía hubiera entregado una buena cantidad de dinero a su leal y amante compañero antes de morir. Eso explicaría por qué no le había dejado nada en su testamento.

—Esta es la calle principal —dijo Evie—. Hay muchas tiendas libres de impuestos, como ya sabrás. Ir de compras es uno de los pasatiempos principales de los visitantes.

Desde luego, había un montón de tiendas alineadas a ambos lados de la calle. Algunas estaban abiertas, pero estaban casi desiertas, como las aceras. Parecía un lugar tan tranquilo y apagado como Jessica había imaginado.

—Los domingos suelen ser muy relajados —explicó Evie—. El ambiente se animará mucho mañana.

Jessica supuso que su idea de lo que era un ambiente animado difería bastante de la de Evie.

—Sebastian piensa que te parecerá buena idea que yo haga la compra y cocine para ti mientras estás en la isla, como hice para Lucy —continuó Evie—. El se ha ocupado de si mismo y de la casa desde la muerte de Lucy, aunque yo me dejo caer ocasionalmente por la casa para quitar el polvo. Vivo al lado y los hombres casi nunca piensan en quitar el polvo.

—Te lo agradezco, Evie. Sí me parece buena idea. Si estás de acuerdo, te pagaré lo mismo que te pagaba Lucy.

Evie hizo un gesto con la mano para mostrar la indiferencia que sentía respecto al sueldo.

—Lo que te parezca. En realidad no necesito el dinero —dijo—. Mi marido me dejó mucho cuando murió. Simplemente me gusta estar ocupada. Y me encanta cocinar. Y también comer —sonrió y

miró a Jessica—. ¿Qué te gusta comer? ¿Tienes algún plato favorito?

—En realidad no. Me gusta todo. Cocina lo que quieras. Para variar, me encantará que me cuiden. Cocinar no es uno de mis puntos fuertes.

La verdad era que cocinaba bastante bien. No le quedó más remedio que aprender para sobrevivir mientras crecía. Si hubiera esperado a que su madre le preparara la comida, habría muerto de hambre. Pero no le hacía gracia la idea de cocinar para Sebastian Siade. Y también había pensado que le resultaría más fácil obtener información de Evie si ésta aparecía por la casa a menudo.

—Entonces, cerramos el trato —dijo Evie alegremente—. Iré cada mañana a las once y media y prepararé la comida. Luego, volveré hacia las siete y media para preparar la cena. No me encargo del desayuno. ¿Qué te parece?

—Maravilloso —Jessica suspiró satisfecha y se apoyó cómodamente contra el respaldo para mirar a su alrededor.

Ya habían dejado atrás la ancha calle de las tiendas y circulaban por una estrecha carretera, con grandes granjas a ambos lados. Algunas vacas pastaban letárgicamente junto a las vallas. El Mazda se cruzó con una camioneta que iba en la otra dirección, y después con un par de coches. Jessica notó que Evie y los conductores de los otros vehículos se saludaban con la mano al cruzarse.

Cuando preguntó cuál era le motivo, Evie le explicó que era una costumbre local, y que incluso los turistas se acostumbraban a hacerlo tras llevar allí unos días. Jessica sonrió al pensar en el contraste con las agresivas costumbres de los conductores de Sydney.

—Ya estamos aquí —anunció Evie, reduciendo la marcha y girando para cruzar una verja abierta con dos postes a los lados y un arco de metal entre estos en el que se leía *Lucy's Place*.

El camino de gravilla ascendía gradualmente, rodeado de pinos a ambos lados. Finalmente, los pinos cesaron y Jessica se encontró ante la casa de madera más bonita que había visto en su vida. Pintada de color crema, con el tejado verde y rodeada por completo por una galería exterior, se hallaba situada sobre la cresta de una colina con una grandeza y dignidad que quitaban el aliento.

Jessica se sintió sorprendida por su elegante belleza y por el efecto que le produjo. Había oído hablar del amor a primera vista, pero siempre lo había relacionado con un hombre, no con una casa.

Un repentino movimiento en la galería le hizo salir de su asombrada admiración. Alguien que estaba sentado se había levantado y se dirigía hacia las escaleras. Un hombre, vestido únicamente con unos pantalones cortos, que sostenía un vaso largo

en la mano. Un hombre joven con el pelo rubio y largo hasta los hombros.

Se detuvo y se apoyó contra uno de los postes en lo alto de las escaleras, observando mientras Evie se acercaba con el coche a la casa.

Jessica frunció el ceño mientras lo miraba a través de la ventanilla. Aquel no podía ser Sebastian Slade. No lograba percibir los detalles de su rostro, que se hallaba oculto en la sombra, pero aquel no era el cuerpo de un hombre de mediana edad. Ni el pelo.

Tal vez fuera algún empleado. El jardinero, tal vez. La casa estaba rodeada de flores y cuidados arbustos. O el hombre que segaba los campos.

—Veo que Sebastian ha logrado volver a tiempo para recibirte —dijo Evie, deteniendo en seco las especulaciones de Jessica sobre la posible identidad del hombre.

Sebastian se irguió cuando el coche se detuvo, llevándose el vaso a los labios a la vez que daba un paso adelante y salía de la sombra de la galería. Jessica se quedó sin aliento cuando la luz del sol cayó sobre sus rizos dorados y sus morenos hombros. El siguió bebiendo mientras bajaba lentamente las escaleras, dando largos tragos y claramente inconsciente de su extraordinaria belleza.

Un par de gotas cayeron de la base del vaso a su pecho, prácticamente carente de vello. Los fascinados ojos de Jessica siguieron su trayecto mientras se deslizaban hasta su ombligo, que aparecía tentadoramente expuesto sobre la cintura de los pantalones cortos y blancos.

Sintió que se le secaba la garganta y tuvo que tragar. Su vista descendió aún más mientras él seguía bajando las escaleras, captando cada centímetro de sus fuertes y musculosas piernas. Finalmente, volvió a alzarla para observar su rostro, que el vaso ya había dejado de ocultar.

Era tan inquietantemente atractivo como el resto de su cuerpo, con una fuerte y recta nariz, una mandíbula elegantemente esculpida, ojos azules y una boca demasiado sexy. Mientras se acercaba, la fascinación de Jessica se convirtió gradualmente en contenido enfado.

¡De manera que hacía unos años que había dejado atrás los treinta!, pensó. Aunque pareciera joven para su edad, no podía tener más de treinta y cinco. ¡Y eso como mucho!

Antes de que Sebastian llegara al último escalón, Jessica salió del coche y se irguió, mirando desdeñosamente su sonriente rostro. Nadie tenía que decirle la clase de hombre que era. No había nacido ayer.

La sonrisa de Sebastian se desvaneció poco a poco cuando vio

los fríos ojos negros de Jessica y luego deslizó la mirada de arriba abajo por su cuerpo.

¿Se había sorprendido del evidente desprecio que sentía por él? ¿Habría imaginado que también podría engañarla a ella?

Jessica estuvo a punto de reír. Sebastian Slade era todo lo que había sospechado cuando oyó hablar de él por primera vez. Y tal vez más.

A pesar de ello, decidió ocultar sus sentimientos, suavizando la expresión de su rostro a la vez que daba un paso hacia él con la mano extendida. No había necesidad de mostrarse grosera. Ahora ya sabía con quién trataba. ¿Por qué hacer su estancia en la isla más incómoda de lo que ya iba a ser?

Soportaría la indudable hipocresía de aquel hombre durante el próximo mes y luego lo echaría sin dejarle nada para recordar. Aunque sí le diría lo que pensaba de él ese último día. ¡Y disfrutaría haciéndolo!

El dudó en tomarle la mano, mirándola unos segundos antes de alzar la vista hacia su rostro. Su expresión le recordó a Jessica a la de su tía Lucy aquel día. ¿Qué había tan sorprendente en su aspecto? De acuerdo, no se parecía a su madre, pero sí a su padre, que era alto y moreno.

Empezaba a sentirse molesta por aquella intensa mirada cuando Evie se unió a ellos, riendo.

—Deberías verte la cara, Sebastian —dijo a la vez que le quitaba el vaso vacío de la mano—. Sí, la sobrina de Lucy es una mujer verdaderamente guapa, ¿verdad? No es exactamente lo que esperabas, ¿no?

—No —reconoció él, y una suave sonrisa curvó su sensual boca.

Jessica se encontró contemplando aquella boca y preguntándose cáusticamente si habría depositado traicioneros besos en los labios de su tía. Habría sido inocente por su parte pensar que una mujer de cincuenta y tantos años no habría aceptado un amante veinte años más joven y con aquel aspecto. Sucedía a menudo, y los motivos de ambas partes eran bien conocidos.

—Bienvenida a Norfolk Island —dijo él, estrechándole finalmente la mano—. Y bienvenida a la casa de Lucy. ¿Qué te parece?

«Me gustaría mucho más si me soltaras la mano», pensó Jessica, molesta. «Y si te pusieras algo más de ropa» Desgraciadamente, aquel hombre era increíblemente atractivo. En una escala del cero al diez, habría que darle un veinte.

—Es preciosa —contestó sincera pero rígidamente.

—¿Crees que cambiarás de opinión respecto a vivir aquí?

—Lo dudo mucho —replicó Jessica, a pesar de sentir que algo

había llegado a lo más profundo de su corazón. A cualquiera le habría gustado vivir en una casa tan preciosa. Pero una casa no era un hogar, y la vida de Norfolk no era para ella.

¿Fue alivio o decepción lo que captó en los ojos de Sebastian? De hecho, le pareció frustración. Su cerebro se puso a funcionar. ¿Tendría planes ocultos para ella aquel hombre? ¿Necesitaba más de un mes para alcanzar su meta?

¿Y cuál podía ser su meta?, se preguntó. ¿Saltar sobre su próxima víctima, tal vez? ¿Seducir a la heredera de su querida amante?

Jessica se estremeció al pensarlo.

—Cambiará de opinión —dijo Evie confiadamente, y subió las escaleras del porche—. Su maleta está en la parte trasera del coche, Sebastian —añadió, mirando por encima del hombro—. Pon tus músculos en acción y métela dentro. Yo voy a preparar algo de comer.

Para alivio de Jessica, Sebastian le soltó la mano y se apartó de ella.

—No lo haré —dijo ásperamente cuando él volvió con la maleta.

—¿Qué no harás?

—Quedarme a vivir aquí. No lograrás que cambie de opinión.

—¿Qué te hace pensar que pretendo hacerte cambiar de opinión?

La frialdad de su voz sorprendió a Jessica, al igual que el desprecio que percibió en su expresión. Desde luego, esa no sería la forma de actuar de un hombre que tuviera intención de seducirla.

—Le prometí a Lucy que haría todo lo posible para que disfrutaras durante tu mes de estancia aquí —continuó él con la misma frialdad—. Y que te enseñaría todo lo que la isla tiene que ofrecer. Pero ya me he dado cuenta de que no eres la clase de chica que disfruta con cosas sencillas o una forma de vida sencilla, de manera que no trataré de persuadirte de lo contrario.

—Eres muy amable —replicó Jessica en el mismo tono helado.

—Dime, Jessica, ¿cuáles son tus motivos para venir aquí? ¿Tienes algún interés en averiguar algo sobre tus raíces y tu herencia? ¿O has venido sólo por el dinero?

Jessica empezó a temblar de rabia contenida.

—¡No te atrevas a juzgarme! ¡No eres mas que un… *gigolo*!

Sebastian dejó caer la maleta, literalmente. Cayó rodando por las escaleras, pero no hizo el más mínimo intento de recogerla. Se limitó a permanecer donde estaba, mirando a Jessica con los ojos abiertos de par en par y el rostro enrojecido.

—¿*Gigolo*? —repitió, asombrado.

Jessica estaba tan asombrada como él. ¿Cómo se le había

ocurrido decir aquella estupidez? Por cierta que fuera, había sido una acusación grosera y fuera de lugar. A pesar de todo, no pensaba echarse atrás. ¿Por qué iba a hacerlo si él la había acusado virtualmente de estar allí sólo por el dinero?

—¿Pretendes decir que no eras el amante de mi tía? —preguntó desdeñosamente—. ¿Que no te has quedado por aquí para ver qué podías obtener?

—¡Dios santo! ¡Menuda pieza estás hecha!

—No trates de darle la vuelta a las cosas —espetó ella—. Eres tú el que aparece descrito en el testamento de mi tía como su leal y amante compañero, aunque debes de tener al menos veinte años menos de los que ella tenía. Eres tú el que se las ha apañado para seguir viviendo aquí sin pagar. ¡Y estoy segura de que siempre ha sido así! Y eres tú el que lo heredará todo si yo no accedo a los deseos de mi tía. ¿Pretendes decirme que no le hiciste el amor? ¿Que no lograste su afecto a través del sexo? ¿Qué no te dio su coche, y Dios sabe qué más, por los servicios prestados?

Jessica se calló al ver la helada mirada de desprecio que había en los ojos azules de Sebastian.

—Voy a olvidar que has dicho eso, porque de lo contrario, es posible que me sienta tentado a romper la palabra que le di a la mujer más encantadora que he conocido. Puede que seas su sobrina, pero veo que no has heredado ni uno de sus genes. ¡No es de extrañar que hayas salido a tus patéticos padres!

Jessica se puso roja.

—¡Tú ni siquiera conociste a mis padres! ¡Y tampoco me conoces a mí!

Sebastian abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Apartó la vista de ella y se pasó las manos por el pelo antes de volver a mirarla a la vez que daba un suspiro.

—Será mejor que cortemos esto ahora mismo —dijo con firmeza —. No tengo intención de pasar el próximo mes discutiendo contigo. Y tampoco pienso defender la relación que tuve con tu tía más que para decir que nunca busque otra cosa que su amistad.

—¿Pretendes decirme que no fuiste su amante? —preguntó Jessica con expresión retadora.

Los labios de Sebastian se curvaron en una sonrisa de desprecio.

—¿Me creerías si te dijera que no?

—Inténtalo.

El permaneció callado un momento, mirándola insultantemente.

—No pienso hacerlo —dijo por fin.

Jessica se puso rígida.

—Si no lo niegas, tendré que suponer que lo fuiste.

—Cree lo que quieras —replicó Sebastian con fría indiferencia.

—Lo haré —dijo ella con aspereza—. Y en cuanto a tu acusación de que estoy aquí sólo por el dinero… no pienso hacerme la santa diciendo que el dinero no me importa. Pero no hasta el extremo que tú pretendías hacer ver. Sin embargo, yo tampoco veo necesidad de defenderme a mí misma. No sé si lo sabrás, pero hasta que Lucy se presentó en el hotel en que trabajo, yo ni siquiera sabía que tenía una tía.

—Estoy enterado —dijo él, sorprendiéndola.

—Pero… pero yo creía que no supiste que Lucy tenía una sobrina hasta que apareció el testamento.

—No sabía tu nombre completo ni tus señas hasta que apareció el testamento. Pero sabía que Lucy había descubierto que tenía una sobrina llamada Jessica que trabajaba en un hotel en Sydney, y que te dejó todos sus bienes en su testamento. Lucy sólo se refería a ti utilizando tu nombre propio. Supuse que averiguaría los demás detalles cuando se leyera el testamento, pero cuando Lucy murió, no logré encontrarlo. Se había caído tras un mueble.

—Sí, me lo dijo el notario.

—Lo cierto es que Luy me dio muy pocos detalles sobre ti. No parecía muy dispuesta a hablar sobre vuestro único encuentro. Yo estaba a punto de ponerme a llamar a todos los hoteles de Sydney cuando por fin encontré el testamento.

—¿Estás diciéndome que no sabes por qué tía Lucy se fue del hotel aquel día sin haber hablado realmente conmigo? —preguntó Jessica, dolida—. Al principio me miró como si fuera un fantasma. Tuve que salir de mi despacho unos minutos y, cuando volví, se había ido. Ni siquiera me dijo su apellido, y ese fue el motivo de que no pudiera localizarla.

—Eso explica algunas cosas que yo tampoco entendía, pero no… me temo que no puedo decirte por qué se fue Lucy de aquella manera. Sólo Dios lo sabe. Puede que le costara enfrentarse al sentimiento de culpabilidad que tenía por no haber buscado antes a su hermana para saber cómo se encontraba. Creo que la noticia de que Joanne había muerto fue terrible para ella.

Jessica movió la cabeza y bajó la vista.

—No comprendo nada.

Una mano sorprendentemente cálida en su brazo le hizo alzar la cabeza. Se sintió asombrada al ver la momentánea pasión que brilló en los preciosos ojos azules de Sebastian y la confusión que ésta provocó en su propio corazón. No estaba acostumbrada a la compasión, ni se sentía cómoda con ella. Y, sobre todo, no era lo que habría esperado de aquel hombre.

—Por supuesto que no comprendes nada —dijo Sebastian con sorprendente amabilidad—. Ya es difícil comprender lo que sucede

con nuestras propias vidas como para comprender las de los demás. Pero tienes todo un mes para averiguar algunas respuestas a tus preguntas. Yo te ayudaré todo lo que pueda. Y no es que tenga todas las respuestas. Pero de momento, ¿por qué no entramos? Aquí fuera hace calor y Evie estará preguntándose dónde estamos.

Jessica se apartó automáticamente cuando él fue a agarrarle el brazo, sintiéndose confundida por su repentina solicitud hacia ella.

Sebastian frunció el ceño con gesto de frustración.

—No es necesario que reacciones así. Sólo pretendía ser amistoso.

—¿Por qué? —preguntó Jessica—. Hace unos minutos has dicho que estaba hecha «una buena pieza».

—Eso fue hace unos minutos. Puede que haya cambiado de opinión desde entonces.

«Y puede que los cerdos vuelen», pensó Jessica cínicamente, alzando una ceja.

—Veo que sigues sin confiar en mí —dijo él secamente—. Pero creo que comprendo tu punto de vista. Incluso me atrevería a decir que hay otras personas en la isla que piensan lo mismo que tú. Pero nunca me he preocupado de lo que puedan pensar. Ya hace unos años que dejé de preocuparme por lo que piensen los demás.

—Afortunado tú —replicó Jessica con aspereza—. Ojalá pudiéramos tener todos el mismo privilegio. Desafortunadamente, casi todos nosotros tenemos que vivir en el mundo real y en un trabajo real, lo que significa que debemos preocuparnos por lo que los demás piensen de nosotros.

—Pero tú ya no tienes por qué hacerlo, Jessica —dijo él con una voz suave—. No tienes que vivir en el mundo real y trabajar en él si no quieres. Y tampoco tienes por qué preocuparte de lo que piense la gente. Puedes hacer lo que quieras de hoy en adelante.

Era un pensamiento muy seductor, provocativamente expresado por un hombre igualmente seductor. Jessica lo miró, tratando de mostrar una indiferencia que estaba lejos de sentir.

Técnicamente tenía razón, desde luego. Si invertía su herencia adecuadamente, no tendría que volver a trabajar ni someterse a un jefe. Y tampoco tendría que preocuparse de lo que pensaran los demás, sobre todo durante el siguiente mes. En aquella isla, en aquella casa aislada, podía hacer exactamente lo que le apeteciera, y no habría nadie cerca para condenarla o juzgarla.

¿Pero por qué se lo hacía ver Sebastian?, se preguntó, confundida. ¿Sería parte de su técnica de seducción corromper a su víctima con pensamientos de una forma de vida totalmente egoísta y hedonista?

Tendría que mejorar mucho para conseguirlo, pensó,

amargamente divertida. Ya había sido seducida anteriormente por mentirosos muy atractivos y no tenía intención de volver a tropezar en la misma piedra, por muy especial que fuera aquel mentiroso en particular.

—Déjame decirte algo, Sebastian —dijo con frialdad—. Resulta que me gusta el mundo real, por no mencionar mi trabajo. Pero gracias por explicarme que no tengo por qué preocuparme respecto a lo que piensen los demás. Espero que eso te incluya a ti.

Sebastian la miró fijamente, y a Jessica le hubiera gustado saber qué estaba pensando.

—Tocado —dijo él finalmente, sonriendo apenas—. Y ahora, creo que será mejor que baje a recoger la maleta —se volvió y bajo con indolente elegancia las escaleras hasta donde había caído. Al agacharse para recogerla, los pantalones cortos que llevaba se ciñeron tentadoramente contra sus nalgas.

Jessica trató de no mirar, pero no lo logró. Nunca le había fascinado tanto el cuerpo de un hombre. No había duda de que era un cuerpo magnífico.

Sebastian se irguió y se volvió. Sus ojos se encontraron con los de Jessica mientras subía la escalera. No era sólo su cuerpo, concedió ella de mala gana. Aquellos ojos eran como imanes azules, atrayéndola, tentándola. Y su boca estaba hecha específicamente para el pecado.

Esperaba que su rostro no revelara nada de lo que estaba pensando.

Para protegerse, le lanzó una mirada de profunda indiferencia antes de volverse para entrar en la preciosa casa de tía Lucy.

# Capítulo 4

La casa era incluso más bonita por dentro que por fuera. Según explicó Sebastian, tenía más de cien años, pero había sido muy bien cuidada y restaurada para mantener su encanto original.

Gran parte de la madera utilizada en su construcción era de los pinos de la isla, desde los suelos a las planchas de la pared y los bancos y los armarios de la cocina. Sin embargo, el mobiliario no estaba hecho con la madera local.

Al parecer, la mayoría de las piezas habían sido traídas de Nueva Zelanda y Australia, e incluso Inglaterra, y estaban hechas de una gran variedad de maderas.

Los baños estaban recubiertos de mármol negro de Devon, traído en barcos de vela el siglo anterior. Las habitaciones eran una delicia, con camas de madera labrada y exquisito mobiliario.

Era una casa cálida y maravillosa, con un estilo y un ambiente que Jessica sólo podía envidiar.

Se sintió culpable al pensar que podía vender la propiedad de su tía a alguien que no tuviera intención de cuidarla como ella lo había hecho. Sería un crimen alterar la casa. Todo encajaba en ella como un rompecabezas. No faltaba ni sobraba nada.

—Qué lugar tan perfecto —murmuró mientras caminaba por uno de los cuartos de estar, deslizando una mano afectuosa sobre el tapete de la repisa de la chimenea.

—Era el orgullo y la alegría de Lucy —dijo Sebastian.

Jessica volvió la mirada de mala gana hacia el umbral de la puerta, donde él estaba, con la maleta a sus pies.

Había evitado mirarlo durante el paseo por la casa. En el interior, parecía incluso más desnudo que fuera. Y más sexy… si eso era posible.

Jessica se había alterado bastante cuando sus hombros se rozaron en una ocasión y había sentido un cosquilleo decididamente sexual recorriendo su cuerpo. Después de eso, mantuvo las distancias. Sebastian pareció hacer lo mismo, cosa que le agradeció. Le habría avergonzado mucho que descubriera lo vulnerable que se sentía ante él.

—Es una lástima tener que venderla —dijo.

—¿Por qué tienes que venderla? ¿Por qué no te quedas a vivir aquí?

—No es tan fácil, Sebastian —contestó ella rígidamente—. Tengo una vida en Sydney, y una carrera.

—¿Consideras una carrera trabajar para alguien? Podrías hacer una auténtica carrera ocupándote de este lugar como lo hizo Lucy. Siempre le fue muy bien, y sin embargo sólo abría la casa para los huéspedes en verano.

—A mí no se me daría bien algo así.

—Vamos. La jefa de relaciones públicas de un gran hotel de la ciudad podría ocuparse de un lugar como éste con los ojos cerrados. No me mires tan sorprendida. Lucy sí me dijo a qué te dedicabas en Sydney, aunque no dónde. Parecía sentirse muy orgullosa de ti.

—Ya veo. Pero no es un problema de capacidad, Sebastian. El asunto es que me gusta lo que hago. Me gusta ser jefa de relaciones públicas. No me gustan las tareas domésticas.

—Tampoco le gustaban a Lucy. Cuando tenía huéspedes, venían tres mujeres a ayudarla; una lavaba y planchaba, otra limpiaba y Evie cocinaba. Lucy se dedicaba a hacer de anfitriona, aunque también preparaba el desayuno por las mañanas.

—¿A qué se dedicaba el resto del día?

—Entretenía a los huéspedes. Su amistoso y relajado trato era uno de los motivos por los que siempre volvía la misma gente año tras año. Lucy era una persona muy tranquila y resultaba agradable estar con ella. Y además estaba el jardín, por supuesto. Pasaba mucho rato dedicada a él. Le encantaban las flores. ¿A ti te gustan las flores, Jessica?

—¿A qué mujer no le gustan las flores? Pero no puedo decir que sea una gran jardinera. Nunca he tenido jardín.

—Aquí sí lo tendrías.

—No he dicho que quiera tenerlo.

—Tampoco has dicho que no quieras.

Jessica suspiró, exasperada.

—No trates de hacerme cambiar de opinión, Sebastian. No quiero ocuparme de una casa de huéspedes. No voy a quedarme. Voy a pasar aquí un mes y sólo un mes.

Sebastian no dijo nada. Absolutamente nada. Pero su boca se tensó un poco y Jessica creyó percibir cierto desdén en sus ojos. Tratando de ignorarlo, preguntó:

—¿Qué más te contó Lucy de mí?

—No mucho —Sebastian se encogió de hombros—. Dijo que parecías muy… eficiente. Nada más. Debes comprender que Lucy averiguó tan poco sobre ti en vuestro breve encuentro como tú sobre ella.

Estaba mintiendo. Tía Lucy le había dicho algo más, algo que le había hecho mirarla con los ojos abiertos de par en par hacia un rato, cuando se vieron por primera vez. Pero estaba claro que no iba a decírselo. Se sentía bastante frustrada con él. Y totalmente

frustrada consigo misma.

—¿Has decidido en qué habitación quieres dormir?—preguntó él bruscamente.

«En la tuya», pensó Jessica antes de poder evitarlo.

—No —contestó, respirando profundamente para calmarse—. Pero no en la de Lucy. No me sentiría cómoda durmiendo en su habitación.

—Lo que te deja cuatro para elegir, ya que no tengo intención de cederte la mía.

—Es dificil elegir —dijo Jessica—. Por lo que recuerdo, todas son preciosas.

—La vista es mejor en la parte sur —aconsejó Sebastian—, y por la tarde hay más brisa.

—¿Cuál es el lado sur?

—Este lado. Mi lado. Voy a dejar tu maleta en la habitación contigua a la mía, ¿de acuerdo?

—Oh, er… de acuerdo.

—Bien —Sebastian se agachó para levantar la maleta y el movimiento realzó los definidos músculos de su pecho y brazos.

—Sé que probablemente le prometiste a mi tía que me convencerías para que me quedara, Sebastian —dijo Jessica de repente, sintiéndose invadida por una especie de pánico al pensar en pasar un mes en la habitación contigua a la suya—. Pero lo cierto es que… no podría soportar vivir en Norfolk Island.

—¿Cómo lo sabes? Todavía no lo has intentado.

—No necesito subir a la cima del Everest para saber que hace frío arriba —se defendió Jessica.

—¿Qué quieres decir?

—La vida aquí es demasiado lenta para mí. Y demasiado tranquila. Me aburriría enseguida.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

—No sabes nada, Jessica —dijo él, dando su suspiro—. Yo tampoco sabía nada cuando vine por primera vez. Pero no pienso aburrirte contándote mi experiencia. Veo que Evie está bastante equivocada. No cambiarás de opinión. Sin embargo, puede que sea mejor así. No encajas en la isla más de lo que ella encaja contigo —su mirada volvió a enfriarse mientras añadía—: No. Encajas mucho mejor con tu carrera en Sydney. Incluso me atrevería a decir que tener que quedarte aquí un mes entero te supone un gran inconveniente.

—Y es cierto —dijo, secamente—. Es posible que me haya arriesgado a perder mi trabajo dejándolo todo para venir aquí.

—Discúlpame si no lo lamento por ti. Estoy seguro de que tu

herencia te compensará con creces cualquier inconveniente. ¿Y qué más da si pierdes el trabajo? Sobrevivirás hasta que encuentres otro.

—Aún piensas que lo único que me preocupa es el dinero, ¿verdad?

—No tengo motivos para pensar otra cosa.

—¡No he venido sólo por el dinero!

—Lo que tu digas —la expresión de Sebastian era distante, como si le diera lo mismo.

—¡La comida estará lista en diez minutos! —dijo Evie desde el fondo de la casa—. La serviré en la galería trasera.

—Muy bien, Evie —dijo Sebastian por el pasillo, antes de volverse de nuevo hacia Jessica—. Será mejor que vayamos a tu cuarto. Supongo que querrás cambiarte y ducharte antes de comer. Yo tengo que hacerlo. Supongo que huelo a pescado. Antes, me quité la camiseta porque apestaba, pero sospecho que aún huelo. No he podido evitar fijarme en que te apartas de mí cada vez que me acerco.

Jessica sintió cierto alivio al ver que eso era lo que pensaba. Lo último que quería era que creyera que le gustaba.

Pero lo cierto era que le gustaba, y no comprendía por qué, tal y como la estaba tratando. ¡Cómo si fuera una bruja fría y ambiciosa! No había duda de que él era un hombre increíblemente atractivo, rubio y tostado por el sol, pero ella nunca se había sentido atraída por aquel tipo de hombre, ni siquiera en su juventud. Siempre le habían gustado los morenos y apasionados, los que no podían dejar de mirarla y caían sobre ella en cuanto se quedaban a solas.

Los amantes de Jessica siempre la habían llevado a la cama antes de que le diera tiempo a pensar, y siendo una tonta y solitaria enamoradiza como era, nunca pensó en decir no, ni siquiera después de comprobar que no habían sonado las campanas ni habían estallado los fuegos artificiales.

Hacía tiempo que había aceptado el hecho de que, a pesar de que se enamoraba de hombres apasionados, éstos no eran los amantes más expertos del mundo. Buscaban impacientemente su propio placer, con rapidez y egoísmo.

Miró a Sebastian mientras cruzaba la habitación y se preguntó qué clase de amante sería él. Lo que le llevó a preguntarse si tendría una novia en algún lugar de la isla.

No le gustó aquella idea. No le gustó nada.

—Utilizaré el servicio del otro extremo de la casa —dijo Sebastian—, si es por eso por lo que estas frunciendo el ceño.

Jessica siguió frunciendo el ceño hasta que recordó que ninguna de las habitaciones tenía servicio. Cada lado de la casa tenía un servicio y un baño separado.

—Me parece buena idea —dijo con frialdad—. Tal vez convenga que utilices siempre ese servicio mientras yo esté aquí. Así no correremos el riesgo de tropezarnos accidentalmente.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres.

—Lo que quiero es que me digas la verdad, Sebastian —dijo Jessica mientras lo seguía al interior de la habitación que había elegido para ella.

Él dejó la maleta a los pies de la cama y se volvió.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo.

—¿Sobre todo?

—Ya sabes a qué me refiero; no te hagas el tonto.

—¿Y si pensara que no estás preparada para enterarte de… todo? —dijo él con irritante calma.

—¿Qué te da derecho a decidir eso? —replicó Jessica, frustrada —. Parece que tienes la costumbre de dedicarte a juzgar. Antes me has acusado de no tener más interés que el dinero, pero estás muy equivocado. Podría haber sobrevivido perfectamente sin el dinero de tía Lucy. Pero dudo que sobreviva sin conocer los hechos que rodean la huida de mi madre de su familia, y su mutua pretensión de que no existían. ¡Así que deja de decirme lo que siento! No sabes nada de mí. Y probablemente nunca lo sabrás.

Sebastian alzó exageradamente las cejas. Jessica no sabía si estaba impresionado o sorprendido.

—Y también quiero saber dónde encajas en todo eso —continuó —. Aunque te niegues a decirme si tú y mi tía erais amantes, quiero saber quién diablos eres, como llegaste a vivir aquí y por qué tía Lucy te incluyó en su testamento de forma tan peculiar.

Sebastian sonrió irónicamente.

—Son muchas preguntas, Jess. Me llevaría todo el día y toda la noche contestarlas.

El hecho de que la llamara Jess casi distrajo a Jessica de su propósito. Por unos segundos, disfrutó pensando en la posibilidad de que significara que empezaba a creerla. O incluso a gustarle.

Pero apartó aquel pensamiento de su mente con la misma velocidad con que había surgido.

—Dispongo de todo el día y toda la noche —dijo con firmeza—. Y por lo que parece, tú también.

—Trabajo por las tardes.

—¿Tú… trabajas? —el rostro y la voz de Jessica debieron mostrar su sorpresa.

—Sí. ¿Acaso creías que me paso el día vagueando, sin hacer otra cosa que ir a pescar?

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Jessica. Probablemente sus

ideas respecto a lo que era trabajar fueran muy distintas.

—Escribo.

—Escribes —repitió Jessica, como si se hubiera vuelto tonta. Pero lo cierto era que Sebastian no parecía en absoluto un escritor —. ¿Qué escribes?

—Estoy trabajando en una novela.

—¿Quieres decir que eres novelista? ¿Ganas dinero escribiendo libros?

—Eso espero. Un editor ha aceptado mi novela basándose en las doscientas primeras páginas y en un resumen. He escrito otras cuatrocientas y me quedan unas cincuenta para acabar. Tengo que entregarla a fin de mes, así que supongo que comprenderás que no puedo permitirme el lujo de pasar una tarde sin trabajar.

—¿De qué trata tu novela?

Sebastian dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Sólo abres la boca para hacer preguntas, Jessica. Podría quedarme aquí para siempre si empezara a contestarlas ahora. Será mejor que te duches y te pongas algo más fresco. Te hablaré sobre mi libro mientras comemos. Luego, durante la cena y después, trataré de contestar a todas tus preguntas.

—¿No te guardarás nada? —preguntó Jessica—. ¿Lo prometes?

—Prometo ponerme a tu entera disposición hasta que estés totalmente satisfecha. ¿Te parece bien?

Jessica no creía que Sebastian hubiera tratado de darle un doble sentido a sus palabras, pero no pudo evitar que despertaran inquietantes imágenes en su mente. Imágenes de ella misma en la cama, con él a su lado haciéndole el amor una y otra vez, hasta dejarla exhausta y verdaderamente saciada.

Tragó y trató de encontrar su voz.

—Me… me parece justo.

Sebastian le dedicó una sonrisa inconscientemente sensual que hizo que las piernas de Jessica se debilitaran.

—Nos vemos dentro de un rato —dijo—. Le diré a Evie que espere un poco antes de servir, pero no tardes.

# Capítulo 5

Jessica se las arregló para encontrar el camino a la galería diez minutos después. Sebastian ya estaba allí, ligeramente más vestido, con unos pantalones cortos multicolores y una camiseta del color de sus ojos. Su húmedo pelo caía en suaves ondas sobre sus hombros.

Apoyado contra el respaldo de la silla y con los pies sobre la barandilla tenía un aspecto deliciosamente fresco, masculinamente atractivo e irritantemente relajado.

—Magnífica vista, ¿verdad? —dijo, sin apartar la vista del horizonte mientras Jessica ocupaba una silla al otro lado de la mesa.

La elección de ropa hecha por Jessica era reveladora. Se dijo que no se había vestido para atraerlo, que había elegido aquel atuendo simplemente porque no había que plancharlo, y no porque fuera la ropa más femenina que había llevado consigo.

Pero no le quedaba más remedio que reconocer la verdad. La falda blanca flotaba en sensuales pliegues en torno a la mitad de sus muslos y la camisa a juego caía floja de sus hombros a sus caderas, mostrando a través de su delgada tela tentadores destellos del sujetador de encaje que llevaba debajo. Habia soltado deliberadamente los dos botones superiores de la camisa, formando un sugerente escote en forma de uve.

Jessica sintió frustración al reconocer su propia estupidez, y alivio al ver que el objeto de aquella atracción sexual no deseada se mostraba indiferente a su aspecto. A pesar de todo, agradecía no haber tenido tiempo para cambiarse el peinado. Soltarse el pelo habría sido un mensaje demasiado evidente.

Dando un breve suspiro, cruzó las piernas, notando al hacerlo que el barniz de las uñas de sus pies estaba un poco estropeado. Avergonzada, ya que era una perfeccionista en lo que se refería a su cuidado personal, descruzó las piernas y las metió bajo la silla para ocultar sus pies.

Sólo entonces se fijó en la vista que Sebastian acababa de comentar.

¡Dios santo, era magnífica! Pequeñas y verdes colinas al frente, enmarcadas por los pinos de Norfolk Island. El océano Pacífico en la distancia, una inmensa extensión de agua verde azulada rota por dos pequeñas islas que parecían desiertas. Algunas nubes algodonosas dispersas en el intenso azul del cielo.

—No se ve ningún barco en el horizonte —comentó,

sorprendida. En Sydney era imposible mirar al mar y no ver algún barco.

—No hay ninguna afición a navegar por aquí —dijo Sebastian—. El único barco que verás aparte de los de pesca es el de suministros. Su aparición suele ser todo un acontecimiento. Todo el mundo acude al muelle a ver cómo lo descargan.

Jessica trató de que su expresión no revelara lo que pensaba.

Sebastian rió.

—Supongo que esa actividad te resulta tan divertida como ver crecer la hierba, ¿no?

¿Qué sentido tenía mentirle?

—Algo así —admitió, mirándolo—. Pero puede que esté equivocada. Si llega algún barco mientras estoy aquí, llévame a verlo.

—De acuerdo. Lo haré. Ah, aquí está Evie con la comida.

—No es nada especial —dijo Evie mientras dejaba la bandeja en la mesa y ponía un plato para cada uno—. Sólo algunos sandwiches, seguidos de pastel de plátano y té. O café, si preferís —añadió, mirando a Jessica.

—El té está bien —dijo ella, sonriendo. Sólo le gustaba tomar café por la mañana y después de cenar—. Esto tiene un aspecto delicioso —tomó un sandwich de carne fría y ensalada y le dio un bocado—. ¿Tú no vas a comer, Evie?

—Ya lo he hecho en la cocina. He visto que estás a punto de quedarte sin provisiones, Sebastian. Tendré que hacer una buena compra esta tarde, si quiero preparar una cena decente.

—Hay suficiente pescado en la nevera —dijo él.

—No podemos comer pescado todas las noches —replicó Evie—. Y necesito verduras frescas.

—¿Tienes suficiente dinero para comprar lo que necesitas, Evie? —preguntó Jessica—. Te pagaré mañana cuando vaya al banco. No he traído suficiente suelto conmigo.

—Yo puedo darle algo de dinero —se ofreció Sebastian.

—Desde luego que no —dijo Jessica con firmeza—. El testamento decía que debías vivir aquí sin gastos, y eso es exactamente lo que vas a hacer.

—No empecéis a discutir, por favor —protestó Evie—. Eso sería lo último que habría querido Lucy. Yo me encargaré de comprar la comida y Jessica me lo devolverá cuando le venga bien. Y ahora, comed mientras voy a por la tarta de plátano y el té.

—Enérgica mujer —dijo Sebastian cuando Evie desapareció.

—Es muy agradable —la defendió Jessica.

—Estaba hablando de ti.

—Oh —Jessica volvió la cabeza y sus ojos se encontraron.

Sebastian la estaba mirando. Mirándola de verdad, bebiéndola, deslizando la vista hacia abajo, desde su boca, repentinamente seca, hasta el escote de su camisa y el abultamiento de sus senos. Jessica sintió de repente sus pezones como duros guijarros, presionando contra el encaje de su sujetador. Su corazón latió poderosamente tras sus costillas.

«Menos mal que no me ruborizo con facilidad», pensó con creciente irritación.

Instintivamente, alzó la barbilla en gesto desafiante. Sebastian ni siquiera la estaba mirando con deseo en los ojos. En todo caso, parecía estar reconociendo una atracción física a la que era totalmente inmune.

«No como tú», se dijo Jessica, molesta consigo misma. «Sólo tiene que mirarte para hacer que te derritas».

Apartó la mirada rápidamente y se ocupó en comer, de manera que cuando Evie llegó con el té y el pastel ya había terminado el sandwich y recuperado la compostura.

—Así me gusta —dijo Evie alegremente—. Que comas con apetito. Creo que voy a salir a comprar ahora. Con que metáis las cosas en el lavaplatos cuando terminéis, me basta. Volveré sobre las cinco. Oh, y no quiero enterarme de que habéis estado discutiendo mientras estoy ausente.

El ambiente pareció espesarse entre ellos con la partida de Evie, aunque tal vez sólo fuera la imaginación de Jessica. Y también era posible que se debiera a que resultaba difícil hablar entre bocado y bocado de tarta de plátano. El trozo que le había servido Evie era enorme. El pastel estaba delicioso, pero resultaba un poco pesado. Hicieron falta dos tazas de té para poder terminarlo.

—¿Tienes problemas con el pastel? —preguntó Sebastian, rompiendo el incómodo silencio.

—Un poco. No tengo tanta hambre como creía. Mi estómago debe seguir en Sydney —Jessica había tenido que adelantar dos horas y media el reloj antes de salir del avión.

—Pronto te adaptarás. Bueno, ¿quieres empezar con las preguntas? Puedo concederte media hora antes de ponerme a trabajar.

—No es mucho tiempo.

—Entonces no lo malgastes —dijo Sebastian secamente.

Jessica arqueó las cejas, sorprendida al oírlo.

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

—No lo estoy.

«Oh, sí lo estás», pensó ella. «Está claro. Pero no sé por qué».

—Adelante con las preguntas, Jessica —insistió él.

—Muy bien —replicó ella lacónicamente—. ¿Por qué no me

hablas de ti para empezar? Hazme una breve autobiografía.

Sebastian rió, incrédulo.

—Lo siento, pero no tengo costumbre de contarle a alguien totalmente desconocido la historia de mi vida.

—¡Pero yo no soy una perfecta desconocida!

—Por supuesto que lo eres. Sé tan poco de ti como tú de mí.

—Pero… pero…

—Deja de balbucear. No encaja contigo. ¿Quieres saber algo sobre mi libro o vas a someterme de nuevo al tercer grado sobre mis relaciones con tu tía?

Jessica abrió la boca y la volvió a cerrar. Miró a Sebastian atentamente, sintiendo que resurgían sus dudas. Sospechaba que podría hacer pregunta tras pregunta sin llegar a obtener una sola respuesta verdadera. Sobre nada. Todo lo que podía hacer era preguntar y observar el lenguaje de su cuerpo.

—¿Cómo llegaste a conocer a tía Lucy? —fue su primera pregunta.

Los hombros de Sebastian se relajaron visiblemente al oírla, demostrando que estaba un poco tenso por lo que fuera a preguntarle.

—Vine aquí hace tres años a pasar unas vacaciones y me quedé.

—¿Viniste aquí de vacaciones? ¿A esta casa?

—Sí. ¿Qué te sorprende tanto?

—¿Viniste solo?

—Sí.

—¿Pero por qué?

—¿Por qué vine solo?

—No, por qué elegiste Norfolk Island si venías solo. No es la clase de sitio al que iría un joven atractivo para pasar sus vacaciones.

—En primer lugar, no era tan joven. Tenía treinta y cinco años.

Jessica se sorprendió. Treinta y cinco tres años atrás. Eso significaba que en la actualidad tenía treinta y ocho. No parecía tener un día más de treinta, a pesar de las pequeñas arrugas que había en torno a sus ojos, en las que no se había fijado antes.

—Quería huir de mi agitada vida —continuó—. Llevaba trabajando muy duro muchos años y estaba quemado.

—¿Trabajando duro en qué?

—Como agente en un banco norteamericano en Sydney. Si sabes algo sobre ese trabajo y sobre los bancos norteamericanos, sabrás lo estresante que puede ser. Además, tenía problemas personales.

—¿Qué clase de problemas personales? —preguntó Jessica.

Sebastian la miró con un gesto que indicaba claramente que no le apetecía responder a aquella pregunta.

—Problemas de dinero —dijo con brusquedad—. Entre otras cosas.

—Pero aún tenías dinero para unas buenas vacaciones —replicó ella—. Este lugar no debe de ser especialmente barato.

Sebastian pareció momentáneamente sorprendido antes de sonreír.

—Me las arreglé.

—¿Para cuánto tiempo viniste de vacaciones?

—Tres semanas.

—¿Y cuando pasaron las tres semanas tía Lucy te invitó a quedarte gratis?

—No exactamente. Un par de días después de mi llegada caí enfermo con un virus. Al parecer, eso sucede a menudo cuando los adictos al trabajo dejan de trabajar repentinamente. Su sistema inmunológico baja la guardia y caen enfermos. Estuve en la cama una semana, y pasé el resto del tiempo recuperándome. Apenas tenía energía para hacer algo más que leer. Lucy se apiadó de mí y me ofreció otras tres semanas de vacaciones gratis.

—Y tú aceptaste de inmediato, claro.

—Naturalmente. ¿No habrías hecho tú lo mismo?

—Supongo que sí. ¿Qué pasó al final de esas tres semanas? ¿Te invitó Lucy a quedarte indefinidamente y sin pagar?

—No, por supuesto que no. Pero para entonces yo ya me había enamorado de Norfolk Island y quería quedarme, de manera que ofrecí mis servicios a tu tía a cambio de cama y comida.

Jessica arqueó las cejas y Sebastian frunció el ceño.

—Tienes una mente muy sucia, ¿lo sabes?

—Sólo trato de imaginar qué clase de servicios podía ofrecerle a mi tía un agente de banco de la gran ciudad. ¿Asesor financiero tal vez?

—No. Pintor, señorita Suspicacia.

Jessica alzó aún más las cejas.

—¿Pintor? ¿A qué te refieres? ¿Pintas retratos?

—No, paredes. Tú tía había mencionado que iba a contratar a alguien para que pintara la casa por dentro y por fuera durante el descanso del invierno. Nunca tenía huéspedes desde mediados de mayo hasta mediados de septiembre. Ya que estábamos a finales de abril, le sugerí que me contratara a cambio de la pensión completa —Sebastian rió suavemente al recordar—. Le dije que había pintado antes. Cosa que era cierta, al menos técnicamente. Una vez pinté una bicicleta cuando era niño. Supuse que no hacía falta ser un genio para pintar una casa y que podría aprender. Admito que al principio fui un poco lento, pero, francamente, creo que hice un trabajo mejor que el que habría hecho un profesional, simplemente

porque amaba el lugar.

—Hiciste un buen trabajo —tuvo que admitir Jessica. Era lo primero en lo que se había fijado al ver la casa.

Sebastian la miró burlonamente.

—Cuidado, señorita Rawlins; eso sonaba casi como un cumplido. Si te descuidas, empezarás a creer que no tenía motivos ulteriores para quedarme aquí.

—Tanto como tú empezarás a creer que he venido aquí por mi salud y no por mi herencia.

En esa ocasión, la risa de Sebastian sonó casi divertida.

—Cierto, pero al menos por Evie, deberíamos acordar ser amables el uno con el otro.

—Estoy siendo amable, créeme.

—Que Dios me asista si decides ponerte desagradable.

Jessica le hizo una mueca.

—¿Y cómo empezaste a escribir tu novela?

—Eso fue idea de Lucy. Dijo que debía hacer algo con mi cerebro para evitar que se atrofiara. Había notado cuánto me gustaba leer y me sugirió que tratara de escribir una novela. Al principio me resistí; dije que era el típico hombre que sólo estaba acostumbrado a usar el lado derecho de su cerebro. ¿O es el izquierdo? —frunció el ceño y se encogió de hombros—. En cualquier caso, el lado no creativo ni comunicativo. Ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé —contestó Jessica irónicamente. La mayoría de los hombres que había conocido habían carecido de creatividad y capacidad de comunicación. ¡Ni siquiera eran buenos mentirosos!

Contempló el sexy rostro de Sebastian y pensó que él sí podría resultar un buen mentiroso. Una mujer estaría demasiado ocupada deseándolo como para fijarse en sus mentiras. ¡La pobre tía Lucy no habría tenido ni la más mínima oportunidad!

—Nadie se sorprendió más que yo cuando descubrí que tenía facilidad para hacerlo —continuó Sebastian—. Además, disfrutaba escribiendo. Ese invierno fue maravilloso. Solía pintar por las mañanas, escribir por las tardes y jugar con Lucy al anochecer.

Jessica apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Sebastian rompiera a reír.

—Sí, me doy cuenta de cómo ha sonado eso —continuó—. Lo siento, pero aún no puedo satisfacer tu curiosidad morbosa. Lucy era adicta a los juegos. Cartas, juegos de tablero, crucigramas. Estoy seguro de que has notado que no hay ni un televisor en toda la casa. Lucy decía que la gente venía aquí para huir de esa clase de cosas. Le gustaba entretenerse y entretener a los demás con pasatiempos más sencillos y antiguos.

Jessica no se había fijado en la falta de televisión. Se quedó silenciosamente espantada. La televisión se había convertido en la principal compañera de su soledad a lo largo de los años. ¡No podía imaginar la vida sin ella!

—Cuando terminé de pintar —continuó Sebastian—, ya había recibido un adelanto del editor por mi libro, de manera que le pedí a Lucy que me permitiera quedarme hasta terminarlo.

—¿Gratis?

—Por supuesto que no. Lucy era generosa, pero no tonta. Se ganaba la vida alquilando sus habitaciones. Aunque reconozco que me hizo un precio especial por ser un huésped continuo.

—Además de su leal y amante compañero —añadió Jessica irónicamente.

—¿Ya empezamos otra vez? —preguntó Sebastian, frunciendo el ceño.

—No, de momento. ¿Eres buen escritor?

—Creo que sí.

—¿Vas a hacer una fortuna con tu libro?

—Probablemente. Es muy bueno.

Jessica tuvo que reír.

—Veo que la modestia no es una de tus virtudes.

—Tampoco parece ser una de las tuyas —dijo Sebastian, bajando la mirada a su escote.

Jessica le hizo otra mueca.

—No te ofendas. No hay nada malo en estar orgulloso de los propios… logros. Es evidente que a ti también te ha ido bien. Supongo que de niña fuiste pobre —al ver la sorpresa de Jessica, Sebastian añadió—: Hay que haberlo sido para darse cuenta.

—¿Tú también fuiste un niño pobre?

—Muy pobre.

Jessica meditó sobre aquello un minuto o dos. Si Sebastian se parecía en algo a ella, la seguridad económica debía significar mucho para él. Tal vez por eso había pensado mal sobre ella con tanta rapidez, porque él mismo ponía el dinero por encima de todo.

Hubo un tiempo en que el afán de Jessica de no volver a ser pobre fue implacable. Ahora se sentía satisfecha con tener un buen trabajo y un buen sueldo.

—¿Qué pasó con todo el dinero que ganaste como agente? —preguntó, sabiendo que con aquel trabajo se ganaba mucho.

—Lo invertí.

—Supongo que mal.

El rió.

—Pude hacerlo mejor.

Lo que significaba que lo había perdido todo. Jessica podía

entender cómo había pasado. Los agentes eran una especie de apostadores que normalmente jugaban sólo con el dinero de los demás. Al parecer, Sebastian había utilizado el suyo y había perdido.

Le sorprendió que no pareciera más hundido. Tal vez lo estuvo, pero vender el libro le había ayudado a salir adelante. Tal vez esa era una de las razones por la que estaba agradecido a tía Lucy; lo había encaminado hacia una nueva fortuna. Y ese debía ser el motivo por el que no le importaba que no le hubiera dejado nada en su testamento. Porque creía que pronto volvería a ser rico.

«Puede que esté siéndo mal pensada», pensó Jessica, arrepentida.

—¿En qué invertiste?

Los ojos azules de Sebastian parecieron repentinamente irritados.

—¿Es necesario que hablemos de dinero? —preguntó—. Si algo he aprendido desde que estoy en Norfolk es que el dinero no da la felicidad. Ni mucho menos. Digamos que invertí en el lugar equivocado en el momento equivocado. No fui el único optimista que se quemó los dedos, pero puedo asegurarte que soy el que mejor se ha adaptado a las consecuencias de su estupidez. No he pensado en esas inversiones equivocadas desde que estoy aquí, y no quiero empezar a hacerlo ahora.

Jessica alzó las cejas. Era difícil creer que un hombre que fue pobre en su infancia pudiera quitarle importancia con tanta facilidad al hecho de estar arruinado, o simular que pudiera ser feliz sin dinero. Tal vez decía aquello porque estaba a punto de volver a ganar dinero con su libro. O era posible que ya se hubiera llenado los bolsillos de dinero con los regalos en efectivo que le habría hecho tía Lucy a lo largo de los años.

Jessica se sintió frustrada por no poder preguntarlo y recibir una respuesta directa. Pero no estaba dispuesta a soltarlo así como así.

—Muy bien —dijo—. Hablaremos de otras cosas. ¿Cómo describirías tu relación con mi tía?

—Creía haber dejado claro ese punto —contestó Sebastian, exasperado—. Eramos amigos. Ella me ayudó a mí y yo la ayudé a ella. Nuestra relación fue un intercambio. Disfrutábamos de nuestra mutua compañía. Nos gustábamos. Era tan sencillo como eso.

Aún no había negado que se hubiera acostado con ella, pensó Jessica, molesta. Y al parecer no pensaba hacerlo. Decidió abordar el tema desde otro ángulo.

—¿Por qué no te dejó nada en su testamento? ¿Por qué me lo ha dejado todo a mí? Ni siquiera me conocía. Sin embargo, tú y ella erais muy… amigos.

—Pero tú seguías siendo su sobrina. Eras de su misma sangre. Era lógico que te lo dejara todo.

—¿No te lo tomaste mal?

—Por qué iba a hacerlo?

—No habría sido tan raro que hubieras esperado recibir algo de ella.

—Y así fue.

Jessica se quedó sorprendida.

—No te referirás al coche, ¿no?

—No, estoy hablando de mi alma.

—¿Tu alma?

—Eso es. Cuando llegué, había perdido por completo mi alma. Ella me la devolvió.

—Pero… pero…

—Puedo comprender tu confusión, Jessica. Y tus sospechas. Pero te sugiero seriamente que dejes de tratar de hacerme encajar en el papel que me has asignado con tu cínica mentalidad urbana. Serás mucho más feliz si lo haces. Y ahora, creo que es hora de que me ponga a trabajar.

—Pero aún no me has hablado de tu libro —dijo Jessica, aunque su mente seguía en lo último que había dicho Sebastian. ¿Lo habría juzgado mal?

—No hay mucho que contar. Es una novela de acción que transcurre en parte en esta isla, durante el siglo pasado, cuando se construyó la cárcel. Cuando vayamos de paseo mañana, te llevaré a verla y te hablaré de los personajes del libro. Entonces todo tendrá más sentido.

«Pero nada más tendrá sentido», pensó Jessica amargamente mientras veía cómo se levantaba y empezaba a recoger los platos. «Ni las acciones de mi tía. Ni las mías. Ni las tuyas».

¿Por qué tenía que sentirse atraída por él, contra todos los dictados del sentido común? ¿Por qué? El mero pensamiento de pasar con él toda la mañana del día siguiente, a solas, haciendo las típicas cosas que hacían los enamorados que pasaban su luna de miel en la isla, ya estaba haciendo que la cabeza empezara a darle vueltas.

Una vez más, sus ojos se sintieron atraídos hacia los rasgos clásicos de su rostro y su perfecto cuerpo, y a la inconsciente sensualidad de sus movimientos. Sus manos se movían con fluida elegancia, con sus flexibles y largos dedos, de uñas inmaculadas y perfectamente cortadas.

Sin embargo, había algo primitivo en él. Algo salvaje e indómito.

Su falta de ropa, supuso Jessica. Y su pelo largo. Observó cómo

éste caía hacia delante cuando Sebastian se inclinó sobre la mesa, y siguió el movimiento de sus manos cuando alzó éstas para apartárselo impacientemente del rostro. Jessica imaginó sus propias manos deslizándose sobre su pelo, atrayendo su boca hacia la de ella, luego hacia sus senos. Más abajo después…

Su estómago se contrajo con una intensa punzada de deseo, y casi gimió en alto.

Debía alejarse de él, apartarlo de su vista.

—Yo me encargaré de recoger —ofreció, poniéndose en pie—. Tú vete a escribir.

Alargó las manos para recoger la pila de platos, pero en su precipitación, sus dedos rozaron los de Sebastian y eso era lo último que quería. Necesitó hacer un gran esfuerzo para no apartar la mano de inmediato. A pesar de todo, aquel breve contacto le produjo un intenso cosquilleo por todo el cuerpo y el vello de su nuca se erizó.

Cuando lo miró a los ojos, asustada, Jessica se sorprendió al captar en ellos una intensa llamarada azul.

Pero no era deseo lo que vio en los ojos de Sebastian, sino resentimiento.

Un amargo y ardiente resentimiento.

Lo ocultó con rapidez. Pero no con la suficiente rapidez.

Dijo un brusco «gracias», se volvió y entró en la casa antes de que Jessica pudiera parpadear.

De manera que sí se sentía dolido por lo del testamento, pensó Jessica, decepcionada.

Casi había llegado a creer su afirmación de que no se consideraba parte de aquello, de que había llegado allí afectado por alguna clase de crisis personal y que se había recuperado gracias a la querida tía Lucy. después de lo cual había decidido quedarse, arruinado, sin desear nada más que la amistad de aquella solitaria y rica viuda.

¿Cuándo iba a aprender de una vez que los hombres mentían en lo referente al sexo y al dinero? Por supuesto que Sebastian había sido amante de tía Lucy. Sólo un tonto creería lo contrario. Y por supuesto que había recibido regalos de ella. Pero no le habían bastado. Lo quería todo. Pero no lo había obtenido. Una sobrina largo tiempo perdida había aparecido en el último minuto para arrebatarle la herencia.

No era extraño que estuviera resentido con ella.

¿Entonces por qué se había molestado en mentirle? ¿Por qué había sido tan amable con ella por teléfono, pero no cuando la había tenido delante? Tal vez planeaba seducirla, pero había descubierto que no le iba a ser tan fácil como con tía Lucy. Nada

más verla había comprobado que con ella no tendría ninguna oportunidad.

Lo que era tan irónico que casi resultaba gracioso.

¡Si supiera la verdad!

Jessica se estremeció, asqueada de sí misma. ¿Cómo podía desear que le hiciera el amor un hombre sospechando que lo único que buscaba era su dinero? Había oído decir que todas las personas tenían su lado oscuro, pero aquella era la primera vez que se enfrentaba al suyo. En el pasado, había hecho el amor para soportar su soledad o para sentirse amada. Lo que sentía por Sebastian no tenía nada que ver con el amor o la soledad, pero sí con la lujuria.

Y daba lo mismo que él no quisiera seducirla, comprendió. Sólo Dios sabía lo que sucedería si se le insinuaba mínimamente.

Pero Jessica no quería sufrir por aquello, y estaba dispuesta a ignorarlo. Tal vez se le pasara en un par de días, en cuanto se acostumbrara al increíble atractivo sexual de Sebastian.

Entretanto, tendría que concentrarse en el motivo principal de su estancia en la isla. Averiguar su pasado. Casi había olvidado por qué estaba allí. Sebastian había hecho que lo olvidara. No había duda de que era una amenaza.

Fue a su habitación y empezó a deshacer la maleta. Esperaba que Evie volviera antes de las cinco. Estaba impaciente por hacerle algunas preguntas sobre su madre. Sebastian podía saber algunas cosas que le hubiera contado Lucy, pero Evie había conocido a la familia de Jessica hacía cuarenta años.

Sería estupendo averiguar por fin qué había pasado durante todos aquellos años.

Esperaba que Evie tuviera la mayoría de las respuestas. Así no tendría que pasar demasiado rato interrogando a Sebastian después de la cena. Cuanto menos tiempo pasara con él, mejor.

# Capítulo 6

Evie llegó poco después de las cuatro y media y Jessica la siguió a la cocina como un cachorrillo hambriento. Y estaba hambrienta, desde luego, hambrienta de compañía y de respuestas a su creciente curiosidad.

Había pasado una solitaria tarde tumbada en la cama, incapaz de dormir o hacer cualquier otra cosa. Su mente estaba demasiado activa como para leer. Si al menos hubiera tenido la televisión para distraerse…

—Me alegra que hayas vuelto —dijo, y empezó a ayudar a Evie a sacar y guardar las compras.

—¿No te ha hecho compañía Sebastian?

—Ha desaparecido en su habitación después del almuerzo para escribir. No lo he visto desde entonces.

Evie movió la cabeza.

—Es un poco obsesivo en lo que se refiere a ese libro, pero podía haberlo dejado a un lado el día de tu llegada.

—No importa —dijo Jessica con ligereza—. He deshecho la maleta y me he tumbado un rato. Esta mañana me levanté a las cuatro. Tenía que estar en el aeropuerto a las cinco.

—¡Dios santo! Entonces esta noche te acostarás pronto, cariño.

Jessica tuvo que hacer un esfuerzo por apartar de su mente otro de aquellos oscuros pensamientos.

—¿Te importa que te haga algunas preguntas sobre mi familia mientras trabajas, Evie? —dijo rápidamente.

—No, por supuesto que no. Me preguntaba cuándo ibas a empezar a hacerlo. Según creo, ni siquiera sabías que tenías familia en Norfolk Island, ¿no?

—Sí. Mamá siempre decía que no tenía familia, que fue abandonada en un portal cuando era pequeña y creció en un orfanato.

Evie agitó de nuevo la cabeza.

—Eso fue malvado por su parte —murmuró—. Muy malvado.

—Supongo que tenía sus motivos para hacerlo —Jessica no pudo evitar defender a su madre—. ¿Cuántos años tenía cuando se escapó de casa?

—Debía de tener diecisiete. No hacía mucho que había vuelto a la isla tras acabar sus estudios en el colegio. Recuerdo que Lucy jugaba con la idea de repetir porque tenía un año menos que sus compañeros de clase.

—¿No hay escuela de enseñanza media en la isla? —preguntó Jessica.

—Ahora sí. Pero en esa época no. Si los niños querían seguir después del grado elemental debían irse a Brisbane o a Sydney. Joanne fue a Sydney y volvió con el afán de buscar una vida más movida que la de Norfolk Island.

Jessica podía entenderlo.

—¿Crees que ése es el motivo de que se fuera? ¿Porque quería vivir en Sydney?

—En realidad no lo sé. Sólo sé que ella y Lucy tuvieron una fuerte discusión por algo y Joanne se fue para no volver nunca. Todos pensamos que se comportó muy mal, porque Lucy iba a casarse la semana siguiente y ella iba a ser su dama de honor. La boda siguió adelante, pero fue bastante triste.

—¿Sabes por qué se pelearon?

Evie se encogió de hombros.

—No con exactitud. Sospecho que fue una especie de rebelión de adolescente, aunque tengo la impresión de que no le hacía demasiada gracia la idea de que Lucy se casara. O puede que no le gustara Bill. Una vez los vi discutir a un lado de la carretera y Joanne empujó fisicamente a Bill. Esa era la clase de cosas que hacía. Tenía demasiado temperamento.

Jessica apenas podía creer lo que estaba oyendo. La mujer que ella había conocido carecía de temperamento. No era una luchadora. Tenía la sensación de estar oyendo hablar de otra persona.

—No hay duda de que discutió con Lucy sobre algo y se dijeron cosas que no debieron decirse. Después, el orgullo les impidió volverse atrás. A veces suceden cosas como ésas en las familias. Fuera cual fuera el motivo, Lucy se negaba a hablar de ella.

—Como mamá se negaba a hablar de tía Lucy. Ojalá supiera por qué pelearon.

—Ahora que Lucy ha muerto, me temo que nunca lo sabremos.

—Puede que se lo dijera a Sebastian.

—No creo. Nunca me ha contado nada al respecto, ni siquiera cuando me dijo que venías. Y si hubiera sabido algo, me lo habría contado.

Jessica no estaba demasiado segura de eso. Había sentido en un par de ocasiones que Sebastian le ocultaba algo.

—¿Cuántos años le sacaba Lucy a mi madre? —preguntó.

—Unos cinco o seis.

—Cinco o seis… —Jessica pensó en aquello unos momentos. Su madre tenía treinta y ocho años cuando murió, ocho años atrás, lo que significaba que habría tenido cuarenta y seis en la actualidad.

Por tanto, tía Lucy tenía cincuenta y dos o cincuenta y tres cuando se conocieron en el hotel. Era más joven de lo que aparentaba. Aunque, lógicamente, su enfermedad debía haberla envejecido.

—¿De qué murió mi abuela, por cierto? —preguntó—. No debía ser muy mayor cuando sucedió.

—No lo era. Fue una tragedia. Una verdadera tragedia. Tuvo que volar a Sydney para someterse a una sencilla operación y sufrió una reacción alérgica a la anestesia.

—¿Y mi abuelo?

Evie suspiró.

—Tras la muerte de tu abuela, se dio a la bebida hasta morir. ¡Como si eso fuera precisamente lo que necesitaban sus hijas!

—¡Así fue como murió mi madre! —dijo Jessica, sobrecogida—. A causa de la bebida.

Evie la miró compasivamente.

—Pobrecita mía. No lo sabía. Lucy dijo que murió de alguna enfermedad. Supuse que también era cáncer.

—No, murió de fallo hepático y renal. Fue alcohólica durante años. Dicen que eso se lleva en la sangre —añadió, frunciendo el ceño, preocupada ante la posibilidad de haber heredado una personalidad adictiva.

—¿Qué se lleva en la sangre? —dijo Sebastian, que entró en aquel momento en la cocina y fue al fregadero a llenar un cazo con agua.

—El alcoholismo —admitió Jessica rígidamente, deseando que se hubiera quedado en su cuarto—. Mi abuelo y mi madre bebieron hasta morir. Hoy en día se piensa que el alcoholismo es una enfermedad hereditaria.

—¡Tonterías! —dijo Sebastian—. Eso es una excusa de las personas débiles. Pero no tienes por qué preocuparte, Jessica. No hay un solo hueso débil en tu cuerpo.

El tono irónico de su voz sugería que aquello no era un cumplido, sino una crítica.

—¿Otro de tus rápidos juicios, Sebastian?

—Una observación basada en la experiencia. Cualquier mujer de tu edad que alcanza el nivel de encargada de relaciones públicas en un hotel de Sydney tiene que estar hecha de acero.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó Evie, enfadada—. Pensaba que ibais a llevaros bien. Pero veo que no dejáis de meteros el uno con el otro. ¡Sólo Dios sabe por qué!

—Sebastian piensa que lo único que me interesa es el dinero de tía Lucy —se defendió Jessica—. Sólo porque no quiero vivir aquí. Sólo porque pienso vender la casa.

—¿Vender? —repitió Evie débilmente—. ¿De verdad va a vender

la casa? —preguntó, dirigiéndose a Sebastian.

—Eso parece —contestó él escuetamente.

—Pero… ¡esta casa ha pertenecido a tu familia más de cien años! —protestó Evie, volviéndose hacia Jessica—. La construyó tu tatarabuelo. Fue uno de los primeros que vino a la isla cuando los convictos se fueron. Esta tierra fue entregada a tu familia por la propia reina Victoria, ¿y tú piensas venderla? —empezó a mover la cabeza y sus hombros se hundieron—. Pobre Lucy. Se revolvería en su tumba si lo supiera.

—Pero… pero… —Jessica hizo un esfuerzo por decir algo. Después de todo, era la primera vez que oía hablar de aquello. No lo sabía. ¿Por qué no se lo habían contado? ¿Por qué había evitado su madre que conociera a su familia y que aprendiera a apreciar su pasado?

De pronto fue demasiado. Sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que hacer un gran esfuerzo por controlar la mezcla de sensaciones que se acumularon en su corazón.

Las manos de Sebastian sobre sus hombros la hicieron salir de su aturdimiento. No había notado que se había acercado a ella.

—No deberías ser tan dura con ella, Evie —dijo Sebastian con suavidad, haciéndola volverse y apoyándola contra su pecho—. No es culpa suya. No sabía nada de esto. Lucy debió contárselo. Creo que Lucy debió contarle un montón de cosas y no dejarnos esa tarea a nosotros. Tranquila, Jess, tranquila, no llores.

Jessica ya no lloraba; había dejado de hacerlo en cuanto él la estrechó entre sus brazos. No pensaba con claridad, únicamente era consciente de las manos de Sebastian, una sujetándole la cabeza y la otra acariciándole la espalda. Tenía el rostro apoyado contra su pecho y podía oír el poderoso latido de su corazón.

Cuando Sebastian fue a apartarse, ella lo sujetó con fuerza por la cintura, disfrutando de la sensación de su duro cuerpo masculino contra el suyo. Su lado oscuro había tomado momentáneamente el control, y el placer que sentía no le permitía pensar.

Pero aquella clase de placer siempre tenía un precio. El precio de la paz. Jessica sabía que tendría que pagar por aquellos momentos de debilidad.

Se vio a sí misma, tumbada y despierta de noche, anhelando ir a la habitación de Sebastian y deslizarse entre sus sábanas, deseando hacerle el amor como nunca se lo había hecho a otro hombre.

La fantasía era tan fuerte, que sus labios se entreabrieron, enviando su cálido y tembloroso aliento contra el pecho de Sebastian, apenas cubierto por una camiseta. El se puso rígido y aquello hizo que Jessica volviera a la realidad de lo que estaba haciendo, abrazando a un hombre que no quería ser abrazado.

Se apartó de él con un ahogado sollozo.

—Lo siento —dijo, esperando que Sebastian interpretara el rubor de su rostro como vergüenza. La estaba mirando, pero no sabía qué estaría pensando—. He perdido el control por… por un momento —balbuceó—. Creo que voy a ir mi habitación a tumbarme un rato. Estoy muy cansada y tengo muchas cosas en que pensar. ¿Me disculpáis?

Sebastian no tuvo más opción que dejarla ir. En cuanto entró en su habitación, Jessica se apoyó contra la puerta y respiró profundamente.

¿Qúe le estaba pasando? No era el tipo de chica que se volvía loca por el sexo. Nunca lo había sido. La forma en que la afectaba Sebastian no era algo que hubiera experimentado habitualmente con los hombres. Hacía un momento, al estar entre sus brazos, se había sentido consumida por una necesidad tan intensa, que resultaba indescriptible.

¡Aquello era una locura! Una locura inquietante.

Dejó caer el rostro entre las manos y lloró desconsoladamente. Nunca se había sentido tan sola en su vida. Ni tan confundida.

Se oyó un suave golpe en la puerta. Jessica se volvió rápidamente, sintiendo que los latidos de su corazón se aceleraban a la vez que se frotaba las lágrimas de las mejillas.

—¿Jessica? —era Sebastian. Su voz sonaba preocupada—. ¿Te encuentras bien?

—Sí… sí —contestó ella con voz ronca.

—Evie se siente mal por lo que acaba de pasar en la cocina. Y yo también. Te ha preparado una tetera y la he traído conmigo. ¿Puedo pasar?

Jessica corrió a sentarse en el borde de la cama.

—Sí —contestó, esperando que pareciera que acababa de erguirse.

Sebastian entró con una pequeña bandeja en la que había dos tazas y la tetera, lo que significaba que pensaba unirse a ella. Jessica se puso tensa ante aquella perspectiva, pero parecía inevitable, de manera que se prometió no volver a perder el control ante él.

Afortunadamente, las habitaciones de la casa de Lucy eran enormes, y cada una tenía un gran escritorio y una silla en un extremo. Sebastian se dirigió a éste para dejar la bandeja.

—Lo tomas con leche y sin azúcar, ¿no? —preguntó, mirándola por encima del hombro mientras servía.

—Tienes buena memoria.

—Desafortunadamente —el comentario de Sebastian fue extrañamente sombrío.

Se volvió hacia ella y sonrió, pero Jessica no pudo devolverle la sonrisa. No dejaba de pensar que lo sabía… que Sebastian sabía lo que podía hacerla sentir, lo que podía hacerla desear. Sus miradas se encontraron, pero, una vez más, fue incapaz de leer sus pensamientos. Esperaba que la expresión de su rostro fuera igualmente impenetrable para él.

—Evie iba a mandarte otro trozo de tarta, pero le he sugerido que no —continuó él—. ¿He hecho bien?

—Esa tarta podría servir de combustible para mandar cohetes al espacio —contestó Jessica y él rió. El sonido de su risa hizo que desapareciera parte de la tensión que ella sentía. No era posible que se riera así si supiera que lo deseaba.

—Es una receta tradicional de Norfolk Island —explicó Sebastian—. La cocina de aquí es una mezcla de la inglesa y la polinesia. Las cosas pueden ser un poco densas en ocasiones y los plátanos son un ingrediente muy común. No importamos frutas ni vegetales, y aunque a veces nos quedamos cortos de otras frutas, siempre hay muchos plátanos.

Jessica frunció el ceño. Sebastian hablaba como si se considerara un nativo de la isla. ¿Pretendería quedarse allí para siempre?

—Dime, Sebastian, cuando termine el mes y hayas acabado el libro, ¿tienes intención de volver a vivir a Sydney?

—¡No, por favor! —contestó él, sinceramente horrorizado.

Jessica se sorprendió. ¿Cómo era posible que un hombre que había vivido y trabajado para un banco en Sydney pudiera adaptarse a una forma de vida tan tranquila como aquella?

—¿Nunca? —preguntó.

—Nunca.

—Te gusta mucho esto, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde vivirás?

—Encontraré algún lugar.

—¿De qué vivirás?

—Tengo suficiente.

Lo que sólo podía significar dos cosas: o Lucy le había dado mucho dinero, o el editor que le había adelantado el dinero por el libro estaba convencido de que iba a ser un éxito.

Otra pregunta pasó por la mente de Jessica y la formuló con total naturalidad.

—¿Tienes alguna amiga en la isla?

Sus ojos se encontraron mientras él le entregaba el té. Jessica sintió que su cercanía volvía a revitalizar aquellas involuntarias respuestas sexuales que tan fácilmente despertaba en ella. Su respiración se aceleró. Estaba a punto de ruborizarse.

Sólo haciendo un gran esfuerzo, logró prevenir aquella humillación.

—¿Quieres decir amiga o amante? —preguntó él con frialdad.

Jessica tragó y trató de aparentar que no le importaba demasiado.

—Supongo que amante.

—Parece preocuparte bastante mi vida sexual. No pretendo ser grosero, pero creo que no es asunto tuyo con quién me acosté en el pasado ni con quién me acuesto ahora.

Jessica no pudo evitar ruborizarse. Evidentemente, Sebastian tenía razón. No era asunto suyo.

—Creo que tenía derecho a preguntarte si habías tenido relaciones intimas con mi tía —dijo, a la defensiva.

—¿Por qué?

—Porque yo… porque… Bueno, si averiguaba que la habías querido sinceramente, pensaba cederte parte del dinero —contestó Jessica, alterando la verdad para salir del callejón sin salida en que se había metido—. Me sentía mal por el hecho de que te hubieras quedado fuera del testamento.

—Es un detalle muy generoso por tu parte, Jessica —dijo con mucha calma—, pero, de todas formas, no lo aceptaría.

—¿Por qué? ¿Por qué no la querías de verdad?

—Porque no tengo necesidad de dinero. Ya te lo he dicho; el dinero no hace felices a las personas.

Jessica parpadeó. Un auténtico cazador de fortunas habría saltado ante aquella oportunidad. Tal vez no estuviera realmente interesado en el dinero. Tal vez lo único que quería era vivir en la isla y escribir libros de aventuras.

—Además —continuó Sebastian—, eso no es lo que Lucy quería. El único motivo por el que sigo aquí, en su casa, es para hacer que se cumpla su último deseo.

—¿Y cuál era el último deseo de mi tía?

—Que vivieras aquí, por supuesto.

Jessica sintió que un intenso resentimiento se acumulaba en su interior. Si eso era lo que su tía quería, debería haberse quedado el día que fue a verla. Debería haberle dado la oportunidad de conocerla. Debería haber respondido a sus preguntas.

—Lo siento —espetó—, pero no puedo acceder al deseo de Lucy.

—Entonces supongo que sigues pensando en volver a Sydney cuando acabe el mes.

—Tengo que hacerlo.

«Sobre todo ahora», añadió Jessica para sí, «sabiendo que tú siempre estarás aquí».

—¿Y venderás la casa?

—No veo otra alternativa.

La mirada de Sebastian se endureció.

—Qué le vamos a hacer. Ahora voy a dejarte para que descanses. Nos veremos a la hora de cenar.

# Capítulo 7

Evie sirvió la cena en el comedor principal, aunque, una vez más, ella prefirió comer en la cocina, diciendo que así se sentía más cómoda.

El plato principal, un pescado desmigado que no necesitaba salsa para realzar su sabor, estaba delicioso. Lo acompañaban unas cremosas patatas y ensalada.

Sebastian se presentó a cenar con unos vaqueros escandalosamente ceñidos y una camiseta blanca igualmente ceñida que no ayudaron en nada a la resolución de Jessica de ignorar sus sentimientos por él. Ella había descartado su traje blanco para ponerse un traje pantalón más comedido, de seda verde pálido.

Sebastian llevaba una cinta elástica roja en torno a la frente, probablemente para evitar que su pelo cayera hacia delante cuando se inclinaba a comer. Jessica no pudo evitar admirar una vez más la ondulación natural de su pelo, por no mencionar su maravilloso color.

El suyo era totalmente negro y liso, y era demasiado espeso. Tenía que gastar regularmente una fortuna en peluquería para que cayera sobre sus hombros como le gustaba.

—Me estás mirando —dijo Sebastian tranquilamente. Luego alzó su vaso y dio un sorbo a su vino sin apartar los ojos de Jessica.

El orgullo exigía que ella no apartara la mirada o se ruborizara.

Logró hacer bien lo primero, y esperaba que la tenue luz del comedor enmascarara lo segundo.

—Estaba admirando tu pelo —confesó con franqueza—. La mayoría de las mujeres darían un ojo por él.

—¿En serio? —dijo Sebastian, arrastrando la voz—. Yo estaba admirando tu vestido. ¿Cuántos has traído?

—No admiras nada mío, Sebastian. Crees que soy una bruja testaruda, interesada e insensible. ¿Por qué no lo admites?

El rió y su risa fue un sonido áspero y cáustico.

—¿Tan transparente soy?

—Has dejado muy claro lo que piensas de mí.

—Como tú de mí —replicó el con suavidad—. Lo que es una pena, desde luego. Estoy seguro de que Lucy esperaba que nos gustáramos mutuamente.

—¿Y por qué esperaba eso?

—Para que así yo pudiera persuadirte con más facilidad de que te quedaras, por supuesto. Por eso puso esa condición en su

testamento. Sabía que no podía haber mejor abogado para una causa que un converso, ¿Sigues decidida a vender? ¿Ni siquiera vas a pensar en la posibilidad de un arreglo?

—¿Qué clase de arreglo?

—Conservar la casa para las vacaciones y venir ocasionalmente. Puede que con el tiempo llegue a gustarte tanto que no quieras irte. Si quieres, yo puedo cuidar el lugar mientras no estás. Antes me has ofrecido dinero. Ofréceme un trabajo cuidando la casa y lo aceptaré.

No comprendía, por supuesto, pensó Jessica. Era su presencia en la casa lo que la mantendría alejada, no otra cosa.

—Lo siento, Sebastian —dijo—, pero me parece una idea muy poco práctica mantener una casa de este tamaño sólo para las vacaciones. Preferiría alquilársela a alguien para que la utilizara como casa de huéspedes. O pagar a alguien para que lo hiciera por mí. ¿Te interesaría eso?

Así podría manejarlo desde la distancia, y al extremo de un teléfono.

—No, no me interesaría —dijo él, secamente—. Eso no era lo que Lucy quería. Quería que tú vivieras aquí y amaras el lugar tanto como ella.

—Es una idea muy romántica.

—Lucy era una romántica. No como algunas mujeres que he conocido —Sebastian miró significativamente a Jessica al decir aquello.

—Si tía Lucy deseaba tanto que me quedara a vivir en esta casa, no debería haberse ido aquel día de Sydney. Debería haberme permitido conocerla. Y tendría que haberme explicado lo que sucedió entre ella y mi madre. No creo que pudiera ser feliz alguna vez viviendo en esta casa sin saber lo que pasó, y ya nunca lo sabré, ¿verdad?

Sebastian dio un sorbo a su vino con gesto pensativo.

—¿Le has preguntado a Evie?

—Sí, y ella no sabe cuál fue la causa de la ruptura entre mi madre y Lucy.

—Si Evie no lo sabe, no creo que haya nadie en la isla que lo sepa —murmuró él.

—Eso es lo que me temía. A menos que tía Lucy te lo hubiera contado a ti, por supuesto —dijo Jessica, mirándolo a los ojos—. ¿Lo hizo, Sebastian?

El no dijo nada, limitándose a llevar de nuevo el vaso a sus labios y a dar un largo sorbo. Había algo ligeramente inquietante en aquel gesto, como si ya estuviera cansada de ella y de sus preguntas y quisiera perderla de vista.

Jessica se sintió herida y rechazada.

—Sé que te encantaría no oírme hablar de todo esto —espetó—. Pero no tengo intención de callarme. Lo que no comprendo es por qué todos estáis convencidos de que tía Lucy fue la más inocente en aquella separación. Puede que fuera mi madre la más injustamente dañada. ¡Puede que tía Lucy me dejara la herencia a causa de sus sentimientos de culpabilidad!

—Supongo que es una posibilidad —dijo sin convicción—. Aunque si hubieras conocido a Lucy personalmente, sabrías que no había ni un gramo de maldad en ella. ¿No es cierto, Evie? —preguntó al ver que Evie entraba en el comedor.

—¿Qué es cierto? —preguntó la mujer.

—Que Lucy no habría sido capaz de hacerle daño ni a un mosquito.

—Oh, no. Era muy dulce y tenía un gran corazón. Que yo sepa, nunca dijo una mentira en su vida, ni habló mal de nadie. Siempre pensaba bien de los demás. La única vez que la vi realmente enfadada fue una ocasión en la que se topó con la prueba evidente de una mentira —Evie siguió hablando mientras recogía los platos—. Había una chica a la que Lucy solía emplear para hacer la colada. Se llamaba Marie. Un día, una huésped echó en falta una blusa de seda azul. Aseguró que la había sacado para que la lavaran y la plancharan, pero Marie afirmó no haberla visto. Tres meses después, cuando ya hacía tiempo que la huésped se había ido, Lucy y yo fuimos a tomar té una mañana al club social y allí estaba Marie, con la camisa azul de seda. ¡Dios Santo! ¡Deberías haber visto cómo se puso Lucy! Nunca la había visto tan enfadada. Se aseguró de que toda la isla supiera que la chica era una ladrona, hasta el punto de que Marie tuvo que irse para poder encontrar un trabajo.

—Puede que eso fuera lo que hizo mi madre —murmuró Jessica—. Tal vez robó algo y Lucy la echó al enterarse.

—No creo que fuera eso —dijo Sebastian.

—No —confirmó Evie—. Joanne era parte de su familia, y la familia significaba mucho para Lucy.

—Sin embargo, ella no tuvo familia propia —dijo Jessica.

—Al parecer, no pudo, la pobre —les informó Evie—. Fue una gran frustración para ella. A Bill, su marido, no parecía importarle demasiado. Además, no habría sido un buen padre. Le gustaba estar fuera de casa, con otros hombres, jugando al golf y pescando. Fue la pesca lo que lo mató finalmente. Cayó por la borda durante un temporal. Lucy estuvo inconsolable durante mucho tiempo. No me importa decir que fui yo la que logró que saliera por fin adelante. Le di la idea de hacer de este lugar una casa de huéspedes y me

ofrecí a ayudarla con la cocina. Se animó en cuanto empezó a haber gente en la casa. Siempre tuvo un gran don de gentes.

«Excepto para tratar a su hermana y a su sobrina», pensó Jessica amargamente.

—Tienes razón, Evie —asintió Sebastian—. Creo que la mayor virtud de Lucy era su capacidad para escuchar a los demás.

Jessica no dijo nada, pero por dentro empezaba a cansarse de sentirse culpable por no querer acceder al último deseo de su tía. Fuera lo que fuese lo que había hecho su madre, su hermana debía haber ido a buscarla a ella antes. ¡Había esperado casi treinta años!

—¿Vais a tomar postre los dos? —preguntó Evie.

Jessica pensó en la tarta de plátano y en su tipo.

—Er…

—Por supuesto —interrumpió Sebastian, lanzándole una penetrante mirada—. ¿Te preocupa engordar? —dijo burlonamente en cuanto se quedaron a solas—. ¿Dejará de quererte tu amante si pierdes las medidas perfectas?

—No tengo amante —replicó ella—. De momento.

—Pobre Jess. ¿Es ese el motivo de que estés tan irascible?

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó—. ¿Por qué no dejas de meterte conmigo? ¿Qué te he hecho?

—Naciste —fue la escueta y amarga respuesta.

—Y si no hubiera nacido, tú lo habrías heredado todo, ¿no?

—En absoluto. Si no hubieras nacido, creo que aún tendría posibilidades de acabar mi libro a tiempo.

—Yo no pienso impedírtelo. No te he pedido que me lleves mañana a visitar la isla. Puedo tomar un mapa y hacerlo sola. No necesito que hagas nada por mí.

—Ya me he dado cuenta, querida Jess, pero no querrás que rompa una promesa hecha en el lecho de muerte, ¿no?

Evie llegó en aquel momento con el postre, una bandeja con un bizcocho al jerez, gelatina y crema.

—Os he oído desde el pasillo, discutiendo como niños pequeños —dijo mientras les servía—. No pienso seguir viniendo a cocinar para ninguno de los dos si no empezáis a comportaros. Tú vas a dejar que Sebastian te lleve mañana a visitar la isla, mi niña —dijo, mirando severamente a Jessica—. Y tú vas a ser amable y agradable con ella, ¿verdad Sebastian? —se cruzó de brazos y lo miró.

—Haces que me sienta avergonzado —dijo él irónicamente.

—Eso espero —Evie se llevó las manos a las caderas—. Ahora, sonríele, muchacho, y utiliza parte de tu encanto para convencerla de que se quede. Eso era lo que Lucy quería, ¿no? ¿Por qué si no arregló las cosas para que te quedaras durante la estancia de Jessica?

—Eso me pregunto yo, ¿por qué? —murmuró Sebastian.

Evie miró al techo, exasperada, y salió de la habitación.

Jessica fue a decir algo, pero sus palabras murieron cuando Sebastian la miró con sus increíbles ojos azules y alzó su vaso para hacer un brindis, sonriendo sensualmente.

—Por mi recién encontrado encanto y tu poco probable cambio de opinión —se burló con suavidad.

Jessica se sintió orgullosa de sí misma al lograr esbozar una fría sonrisa y replicar:

—Tienes tantas probabilidades como un muñeco de nieve en el infierno, Sebastian —dijo, alzando su vaso—, pero te deseo la mejor suerte del mundo.

Jessica se despertó a las tres. El agotamiento le había hecho meterse en la cama en cuanto terminaron de cenar, y se había quedado dormida enseguida. Pero ahora estaba completamente despierta.

Permaneció tumbada en su gran cama con dosel, observando cómo se movían las cortinas de encaje junto a las puertas corredizas. Sebastian le había sugerido que las dejara abiertas para que entrara el fresco de la noche.

Sebastian…

Estaba allí, en la habitación contigua. Sólo a una pared de distancia. Menos de cuatro metros.

Tan cerca y sin embargo tan lejos.

Jessica gimió suavemente. ¿Por qué lo deseaba tanto? Era una auténtica desgracia, sobre todo cuando era evidente que a él no le gustaba ella, y mucho menos la deseaba.

¿Podía ser ese en parte el motivo? ¿Se sentía retada por su indiferencia? Debía admitir que no estaba acostumbrada a que los hombres se mostraran indiferentes hacia ella.

Sin embargo, Sebastian parecía inmune a su aspecto. ¿O sería inmune a las mujeres ambiciosas? No había duda de que despreciaba su ambición y su falta de interés por dejar Sydney y trasladarse a vivir allí.

¡Pero eso era muy injusto! ¿Por qué iba a abandonar una vida y un trabajo que tanto le había costado conseguir sólo porque una tía a la que no conocía quería que lo hiciera? ¿Y dónde había estado su tía cuando de verdad la necesitó, cuando su madre la necesitó?

No. En su opinión, tía Lucy tenía muchas cosas a las que responder. Si ella no tuvo ninguna culpa, ¿por qué no le había contado a nadie lo que sucedió con su hermana? ¿Por qué había guardado silencio?

—Probablemente porque ella fue la culpable —murmuró Jessica en alto—. ¡Me ha dejado todo por su sentimiento de culpabilidad!

El crujido de una tabla del suelo en el exterior de su puerta hizo que su corazón se detuviera un instante. Oyó los suaves pasos de alguien caminando en silencio por el pasillo. A continuación, oyó el sonido de una puerta que se abría y luego se cerraba.

Jessica dejó escapar el aliento contenido. Al parecer, Sebastian también estaba teniendo problemas para dormir. ¿O no se habría ido a la cama todavía? Había una suave luz en la galería y Jessica había creído que era de la luna, pero se dio cuenta de que procedía de su habitación. Tal vez se había quedado despierto, escribiendo.

Más ruidos de filtraron por la puerta. Sebastian moviéndose por algún sitio, tal vez por el cuarto de estar que se hallaba al final del pasillo. ¿Qué estaría haciendo? ¿Buscar algún libro en la biblioteca? ¿Servirse algo de beber?

Imaginarlo despierto y merodeando por la casa empezó a inquietarla más y más. ¿Qué hacía? ¿Qué llevaría puesto? ¿Por qué no volvía a la cama de una vez?

El tiempo pasaba. Primero dieron las tres y media y luego las cuatro. Finalmente, Sebastian volvió a su habitación y apagó la luz. Jessica oyó el sonido del colchón cuando se metió en la cama. Enseguida, la casa quedó en completo silencio.

Jessica no pudo volver a dormir. Permaneció tumbada, pensando cosas que la inquietaron aún más. Se dio cuenta de que empezaba a obsesionarse con aquel hombre.

¡El día siguiente iba a ser una pesadilla!

# Capítulo 8

—Es precioso, ¿no te parece? —dijo Sebastian tras detener el Mazda y apagar el motor. Estaban a menos de un minuto de la casa de Lucy, a medio camino en la empinada colina que Jessica había visto desde la galería trasera.

Sin embargo, lo que no había podido ver desde allí era la magnífica vista de la costa que había debajo, ni los impresionantes edificios de estilo Georgiano que se hallaban en la base de la colina.

—El capitán Cook describió toda la isla como un paraíso cuando la vio por primera vez —informó Sebastian—, pero ésta es mi parte favorita. Eso de ahí abajo es Kingston, donde los ingleses se asentaron por primera vez y construyeron una cárcel a principios de siglo. La cárcel está en ruinas en la actualidad, pero no los edificios del gobierno, que aún siguen en uso. Merece la pena verlos, tanto por fuera como por dentro.

—Pero no esta mañana —dijo Jessica, temiendo que aquello les llevara horas. Y no quería pasar horas con Sebastian. Ya había tenido suficiente con el rato del desayuno.

Afortunadamente, Sebastian se había puesto una camiseta para salir. Al menos así podía mirarlo sin desear tocarlo. Pero seguía siendo dificil estar sentada junto a él en el reducido espacio del coche sin ser intensamente consciente de cada uno de los poros de su precioso cuerpo.

—¿Por qué no esta mañana? —preguntó Sebastian.

—En primer lugar, porque tengo que ir al banco antes de la comida —contestó Jessica, buscando cualquier excusa para abreviar su tortura—. Además, necesito comprar un par de cosas personales. No tenemos por qué verlo todo esta mañana, ¿no? Ahora que conozco el camino, puedo venir yo sola en el coche en cualquier momento. No está lejos.

—No es lo mismo que vengas sola —dijo Sebastian—. Necesitas un guía. Supongo que siempre podemos volver esta tarde.

—Oh, no. Dijiste que dedicabas las tardes a escribir. No quiero que puedas acusarme de impedírtelo —concluyó Jessica, dedicándole una falsa y brillante sonrisa.

La risa de Sebastian la sorprendió.

—Entonces sólo te daré una rápida vuelta por los lugares de más interés —dijo—. Después de todo, no podemos arriesgarnos a que acabes empapándote del ambiente del lugar. Podría acabar gustándote, ¿y entonces qué harías?

Jessica decidió no responder a su sarcástica pregunta, porque él no esperaba que lo hiciera. Pero sí le lanzó una expresiva mirada antes de volverse hacia la ventanilla mientras él ponía el coche en marcha.

Tras haber circulado muy a menudo por Sydney en taxis, Jessica tuvo la sensación de que más que avanzar se arrastraban por el camino. Cuando Sebastian redujo aún más la marcha en la base de la colina, suspiró sin ocultar su exasperación. A esa velocidad, el paseo turístico les llevaría horas.

—Creía que se podía circular a cincuenta por la isla —señaló ásperamente—. ¿Pretendes hacer que me enfade a propósito?

—¡Nada más lejos de mi intención! Desafortunadamente, el límite de velocidad en la ciudad y aquí en Kingston es de veinticinco. ¿No te lo dijeron cuando llegaste? Los conductores también tienen que ceder el paso a cualquier animal —añadió, deteniendo el coche bruscamente. Una de las vacas que pastaba a un lado había entrado repentinamente en la carretera, seguida de una bandada de gansos—. ¿O estás tan desesperada por librarte de mi compañía que prefieres que ignore las normas y los atropelle?

Jessica decidió que ya era suficiente. La situación se le estaba escapando de las manos. Tenía dos opciones. Podía devolver sarcasmo por sarcasmo, con lo cual, los días que quedaban por delante acabarían siendo realmente desagradables, o podía tratar de mitigar el creciente antagonismo que había entre ellos, haciendo que la situación resultara al menos tolerable.

El sentido común y su propio sentido de la supervivencia le decían que la mejor solución era la última.

—¿De dónde has sacado la idea de que estoy desesperada por librarme de ti? —preguntó en tono ligero mientras esperaban a que los gansos despejaran la carretera.

—Oh, vamos. No simulemos.

—En beneficio de la educación y la amabilidad, Sebastian, simulemos —dijo ella con firmeza—. Comprendo tu decepción al saber que los deseos de tía Lucy no van a cumplirse exactamente como ella deseaba. Sé que soy todo lo que deploras en una mujer. Pero te aseguro que…

—Eso no es cierto —interrumpió Sebastian con brusquedad, avanzando lentamente con el coche—. Al menos, lo último que has dicho no es totalmente cierto.

—Oh, vamos —dijo Jessica, haciendo eco del anterior sarcasmo de Sebastián—. No simulemos.

Sebastian rió sinceramente.

—Muy bien. Lo confieso. En el fondo, no me gusta el tipo de mujer que a veces pareces ser. Pero en interés de la educación y la

amabilidad, y para evitar el posible castigo de Evie, estoy dispuesto a simular si tú también lo estás.

—¡Hecho! —dijo Jessica, sintiendo una punzada de placer cuando él le sonrió. Por algún motivo, sintió que su secreta conspiración de simular ser amigos había provocado el comienzo de una verdadera amistad. Por primera vez desde que se habían conocido parecían coincidir en algo, y la sensación resultaba muy agradable.

Miró a Sebastian y le dedicó una sincera sonrisa.

Desafortunadamente, su sonrisa tuvo el efecto opuesto al que esperaba. La sonrisa de Sebastian se desvaneció al instante, y en sus ojos brilló de nuevo la vieja hostilidad.

—Pero no simules demasiado, Jessica —dijo secamente—. No queremos darle a Evie falsas esperanzas, ¿verdad?

—¿Falsas esperanzas?

—Es una de esas almas románticas que desprecias. Sonríeme muchas veces así y empezará a pensar que te has enamorado de mí, y sólo Dios sabe las complicaciones que podría traer eso.

Jessica sintió que su corazón se enfriaba. ¡Aquel tipo era un auténtico sinvergüenza! Deseó poder odiar su cuerpo tanto como odiaba su desagradable lengua. ¡Y él la llamaba cínica!

—No te preocupes —replicó—. No creo que Evie llegue a confundir tanto las cosas como para creer que me he enamorado de ti, Sebastian. Me gusta tan poco la clase de hombre que eres como a ti la clase de mujer que soy yo. A mi me atraen los hombres inteligentes, suaves y sofisticados, tanto en su aspecto como en su forma de vida. Me gustan con ambición en sus corazones, con fuego en el vientre y pasión en sus ojos. ¡Por mí!

Jessica alzó la nariz y la barbilla con gesto desdeñoso.

—No me interesan los fracasados sin ambición, que parecen no haber visitado una peluquería en años, que piensan que trabajar para vivir es escribir un poco entre chapuza y chapuza. Y, sobre todo, no me gustan los hombres que me miran como si fuera algo desagradable que acabara de salir de debajo de una piedra.

Tras aquella descarga, se produjo un intenso silencio en el coche mientras éste cruzaba lentamente un pequeño puente de piedra y luego pasaba bajo una arcada. Las ruinas de la cárcel aparecieron a la izquierda, con sus enormes paredes de piedra, tras las que sólo Dios sabría qué había.

No mucho, comprendió Jessica tras mirar a través de un arco. Parecía que el interior estaba totalmente vacío.

—¿Has terminado? —preguntó Sebastian friamente mientras giraba el coche a la izquierda, hacia la prisión.

—Sí.

—Bien, entonces cállate y escucha.

Jessica supuso que iba a destrozarla con su mordacidad. En lugar de ello, Sebastian empezó a hacer un monótono comentario sobre la historia de la cárcel y los edificios que la rodeaban.

Jessica no escuchó nada. Todo lo que oía era su discurso interior. «¿Qué te ha poseído para decirle todo eso, idiota? Ahora sí que te odiará. Desde luego, nunca te mirará como quieres que te mire, con pasión en sus ojos».

—¿Me estás escuchando? —preguntó Sebastian de repente, y Jessica dio un brinco en su asiento, revelando por su expresión que no se estaba enterando de nada.

Sebastian maldijo en alto y aceleró un poco por la estrecha carretera.

—Ese es el viejo molino —dijo secamente, señalando a su derecha—. Y esa es la bahía Emily.

La carretera corría a lo largo de la bahía, con un espeso bosque de pinos al fondo. Jessica perdió de vista el agua un rato, hasta que el coche emergió al otro lado, en una zona rocosa y desnuda con una vista espectacular.

Sebastian aparcó de cara a la bahía, al parecer, para que su pasajera se impregnara unos minutos de la vista. O tal vez para recuperar el control de su genio. Jessica decidió no preguntar a cuál de las dos cosas se debía la parada. Miró silenciosamente por el parabrisas del coche, buscando algo que decir.

Su idea de la playa ideal era Bondi, cercana a Sydney, con altas olas para practicar surf y gente paseando tranquilamente junto a la orilla. Incluso le gustaban los cuerpos amontonados tomando el sol en los días de verano.

De manera que cuando miró la pequeña cala que tenía frente así, con sus tranquilas y azuladas aguas, su arena y un único nadador en la distancia, pudo apreciar su tranquila belleza, pero no el sentimiento de soledad y paz que evocaba. Cuando la miró, sólo pensó en la soledad, no en la paz. En el aburrimiento, no en la relajación.

Pero sabía que si lo decía provocaría el sarcasmo de Sebastian.

—Es muy hermosa —dijo finalmente.

Sintió que Sebastian la miraba, pero se negó a volverse para comprobar su escepticismo.

—¿Te gusta nadar? —preguntó él—. Suelo venir aquí casi todas las noches durante la semana antes de cenar. Normalmente está desierta para entonces. Si te apetece, puedes venir conmigo.

Aquella idea la aterrorizó y la fascinó al mismo tiempo. Nadar todas la tardes en aquella solitaria cala con un Sebastian semi–desnudo. Aquella posibilidad evocó eróticos pensamientos en su

mente y un intenso anhelo en su cuerpo.

—No hace falta que simules tanto, Sebastian —dijo rígidamente.

—Evie lo sugerirá —replicó él—. Sólo estaba adelantándome. Es un lugar lo suficientemente grande. No tienes por qué nadar cerca de mí.

—Entonces, de acuerdo —asintió Jessica, pensando a la vez que estaba loca—. Y ahora, ¿qué te parece si vamos al banco y a hacer mis compras?

—¿No quieres ver más cosas?

—Hoy no. No tenemos por qué hacerlo todo en un día. Voy a pasar aquí el mes entero.

—Podrías pasar aquí años, Jess, y dudo que pudiéramos hacerlo todo.

Jessica sospechó que aquellas palabras tenían doble sentido, pero decidió no hacer interpretaciones.

—No sabía que Norfolk Island ofreciera tal variedad de cosas.

La boca de Sebastian se curvó levemente.

—Estoy seguro de que no lo sabías. Puede que te sorprenda.

—Estoy deseándolo.

El la miró y rió.

—No me queda más remedio que admirar tu capacidad de simulación, Jess. Espero ser capaz de mantenerme a tu altura. Y, cambiando de tema, ¿cuáles son esos objetos personales que tan desesperadamente necesitas comprar? —preguntó mientras ponía el coche en marcha.

—Esmalte de uñas y quitaesmalte —admitió Jessica. Sebastian se fijó en sus uñas, perfectamente esmaltadas y cuidadas, y luego la miró con gesto interrogador.

—Para las uñas de mis pies —añadió ella—. El esmalte se ha quebrado y no he traído esmalte rojo. Siempre utilizo el rojo.

—Esmalte de uñas quebrado —dijo Sebastian, arrastrando la voz —. Una auténtica emergencia, desde luego.

—No me gusta llevarlas así —replicó Jessica—. ¿Te parece mal?

—Supongo que no. Entonces, vamos de tiendas. Puede que aproveche para comprarme un cepillo de pelo decente. Tengo uno, pero casi se ha quedado sin cerdas.

—Pero qué dirá Evie si apareces a comer bien peinado —se burló Jessica—. Puede que piense que te has enamorado de mí y tratas de impresionarme.

—No me importa lo que piense Evie. Tú sabes la verdad, Jess, y eso es todo lo que importa.

—¿La verdad?

—Que no existe la más mínima probabilidad de que me enamore de ti. No me gustan las mujeres duras y ambiciosas. Me gustan

suaves, sentimentales y atentas. Y, sobre todo, me gusta gustarles. Soy raro en eso —añadió Sebastian, sonriéndole falsamente—. Pero puedes simular, si quieres.

—¿Simular qué?

—Que te gusto. Incluso podrías tratar de mostrarte suave, sentimental y atenta, para variar. Y yo podría corresponderte simulando pasión cuando te miro. A Evie le encantaría.

De pronto, Jessica sintió deseos de llorar. ¿No se daba cuenta Sebastian de que ella no era fría ni dura? Si lo fuera, no podría herirla como lo hacía con su crueldad.

—No soy buena simulando —dijo con voz espesa—. Así que calla y conduce. Estoy empezando a cansarme de esta conversación y de este paseo.

—De acuerdo. No quiero aburrirte.

Sebastian aceleró mientras subían la colina y Jessica se fijó en que iban a más de cincuenta. Pero no se le ocurrió protestar.

Hicieron las compras rápidamente y en silencio. La comida transcurrió rápidamente y en silencio. Pero la tarde no paso deprisa ni fue silenciosa.

—Lo odio —murmuró Jessica mientras caminaba de un lado a otro de su habitación—. Lo odio, lo odio, lo odio.

—¡Por Dios santo, ¿quieres parar de una vez?! —exclamó Sebastian a través de la pared de su habitación—. No puedo concentrarme contigo caminando como un león enjaulado y sin dejar de murmurar. Vete a dar un paseo en coche o a hacer algo y vuelve a tiempo para que vayamos a nadar.

Jessica salió a la galería y se encaminó a su habitación a grandes zancadas. Se detuvo en la puerta, con las manos en las caderas, mirándolo. El problema era que estaba mirando su espalda. Sebastian estaba sentado frente al escritorio, escribiendo en el teclado de un pequeño ordenador.

—No sé site has fijado —espetó Jessica—, pero ha empezado a llover.

—¿Y? —Sebastian hizo girar su silla para mirarla.

—No quiero conducir bajo la lluvia. Tampoco quiero ir a nadar bajo la lluvia.

—¿Por qué no? El agua está deliciosamente templada cuando llueve.

—Para serte sincera, Sebastian, no me gusta mucho nadar.

—¿Por qué no?

—No lo sé hacer bien.

—Con la práctica se perfecciona. Además, no tienes otra cosa que hacer, excepto pintarte las uñas.

—Gracias por recordármelo. Eso no me llevará más de diez

minutos.

—Si te apetece puedes arreglar el jardín.

—¿Bajo la lluvia y con las uñas recién pintadas?

—No lloverá mucho rato. Ahora mismo ya está parando. En cuanto a las uñas, déjalo para lo último.

Jessica suspiró.

—Este va a ser un largo mes.

—Eso me temo —dijo Sebastian, volviéndose de nuevo hacia la pantalla de su ordenador—. Vete a hacer algo, Jess. Cualquier cosa. Pero hazla en silencio.

Jessica le miró la espalda un momento, luego se dio la vuelta y se alejó de la habitación a grandes zancadas. Finalmente, limpió de malas hierbas el jardín, enfadada al principio, maldiciendo entre dientes cada vez que arrancaba una. Pero poco a poco, empezó a disfrutar del sentimiento de satisfacción que producía ver cómo se iba aclarando cada lecho de flores. No podía hacer todo el jardín en una tarde, de manera que se propuso una serie de metas concretas, decidiendo hacer un poco cada día hasta terminar.

Cuando terminó lo que se había propuesto para ese día, entró en la casa, agotada, pero sintiéndose mucho más feliz que antes de empezar. Se duchó y luego se tumbó un rato antes de hacerse las uñas.

Pero no llegó a pintárselas, pues se quedó rápidamente dormida y no despertó hasta dos horas después.

—¿Dónde está Sebastian? —preguntó cuando entró en la cocina, donde Evie preparaba la cena. El reloj de la pared marcaba las cinco y media. El delicioso olor que llegaba del horno indicaba que se estaba asando algo.

—Se ha ido a nadar. Me dijo que no te despertara.

—Oh —Jessica no supo si lo que sintió fue alivio o decepción.

—Estoy sorprendida de que no os hayáis caído bien. Dos personas atractivas y agradables como vosotros… Pensaba que os llevaríais bien de inmediato. Y suponía que Sebastian se alegraría de contar con tu compañía, en lugar de evitarte. Se ha sentido muy solo desde que Lucy murió.

A Jessica nunca se le habría ocurrido pensar en Sebastian sintiéndose solo o echando de menos a su tía. Pero sí se le había ocurrido hacerlo a Evie, que lo conocía mucho mejor que ella y había sido testigo de la naturaleza de su relación con tía Lucy.

Jessica podría haberse dado de bofetadas. Le había hecho a Evie toda clase de preguntas sobre su tía y su madre y no le había preguntado lo que más curiosidad le hacía sentir.

—Dime, Evie —empezó, un poco nerviosa—. ¿Fueron amantes Lucy y Sebastian?

Evie le lanzó una sorprendida mirada.

—¿Has estado escuchando algún cotilleo?

—No. Sólo me lo preguntaba. ¿Ha habido cotilleos sobre ellos?

—¿En un lugar tan pequeño como éste? Sí, por supuesto. Montones.

—¿Y? ¿Lo fueron?

Evie se encogió de hombros.

—En realidad, no lo sé. Si lo fueron, lo ocultaron muy bien. Pero yo creo que no fueron amantes.

—¿No te lo habría contado Lucy?

—Oh, no. Lucy y yo éramos amigas, pero ella no tenía por costumbre hablar de cosas personales. Nunca cotilleaba. Pero siempre hay cotilleos cuando un hombre atractivo vive en la casa de una viuda atractiva. Y te aseguro que Lucy era una mujer muy atractiva cuando Sebastian llegó a Norfolk. Entonces parecía bastante más joven de lo que era. Fue el cáncer lo que la envejeció.

—Lo supongo —dijo Jessica despacio, profundamente decepcionada. Había esperado que Evie le aclarara el asunto de una vez por todas—. ¿Qué piensas de Sebastian, Evie? ¿Te gusta?

—Sí —contestó Evie con firmeza—. Aunque al principio no me gustó. Pero ha cambiado mucho en los últimos tres años. Para mejor, por supuesto. Se portó muy bien con Lucy cuando se puso enferma. Fue muy cariñoso con ella. A veces se quedaba sentado junto a ella toda la noche cuando tenía dolores. Todo lo bueno que pueda decirte sobre él es poco. Sólo siento que no haya decidido mostrarte su lado bueno. Es probable que esté disgustado por que hayas decidido vender la casa —concluyó, mirando a Jessica con gesto de reproche.

Jessica no supo qué pensar.

El sonido de un coche acercándose por el sendero interrumpió sus elucubraciones.

—Ese debe de ser Sebastian —dijo Evie—. Siempre puedes preguntarle tú misma sobre la naturaleza de su relación con Lucy. Aunque tal vez sea mejor que no lo hagas. Parece que no le has caído muy bien, ¿no?

Jessica tuvo que reír.

—No, parece que no.

—Sorprendente. Eres una joven tan atractiva…

—Será mejor que vaya a cambiarme antes de cenar —dijo Jessica precipitadamente cuando oyó que se cerraba la puerta del coche. El pensamiento de Sebastian uniéndose a ellas vestido tan solo con un húmedo bañador resultaba extremadamente inquietante.

Volvió a ponerse el traje blanco para la cena, y en esa ocasión,

no porque Jessica tratara de atraer a Sebastián sino porque no quería oírle hacer más comentarios sobre la variedad de su vestuario. Dudó sobre si soltarse el pelo y finalmente decidió hacerse un moño.

Sebastian se presentó con sus ceñidos vaqueros y una camiseta de color azul marino que realzaba el tono de sus ojos. La cinta con la que se sujetaba el pelo también era azul.

Estaba maravilloso. Jessica no podía quitarle los ojos de encima. Sin embargo, él no parecía sentirse igualmente impresionado por el aspecto de ella.

—Después de todo, veo que has logrado arreglártelas para no venir a nadar conmigo —dijo con aspereza—. Prefiero que me digas la verdad a que simules quedarte dormida cada tarde.

—De acuerdo —contestó Jessica, suspirando débilmente al darse cuenta de que Sebastian tenía intención de seguir alimentando su antagonismo. Permaneció en silencio y empezó a juguetear distraídamente con sus cubiertos.

—¿Qué te sucede esta noche? —espeté él bruscamente—. ¿Estás enferma, o algo parecido?

Jessica alzó la barbilla y apretó la mandíbula.

—En absoluto.

Desde aquel momento, fue una auténtica lucha evitar que la conversación se convirtiera en una pelea abierta, aunque para controlar su genio, Jessica tuvo que beber casi todo el clarete que Evie sirvió con el asado. Pensó en la posibilidad de disculparse con Sebastian por todas las cosas desagradables que le había dicho, pero al final abandonó la idea. ¿Qué sentido tenía hacerlo? En cuanto acabara el mes, se iría de allí y no volvería nunca. Sebastian sólo sería un mal recuerdo del pasado.

—Al menos, parece que la siesta ha hecho que se te pase el mal humor que tenías antes —dijo él mientras tomaban el postre.

—Puede que no te hayas dado cuenta, Sebastian —dijo secamente—, pero todo esto no ha sido nada fácil para mí.

—¿En serio? No me ha parecido verte sufrir en ningún momento.

Una amarga risa escapó de entre los labios de Jessica antes de que pudiera evitarlo. Nunca había conocido tal tormento. Incluso tenerlo al otro lado de la mesa era una tortura. Lo deseaba tanto…

Evie entró en aquel momento con el café y unos bombones, y Jessica agradeció la distracción.

—Y ahora me voy, amigos —dijo Evie—. He recogido todo, excepto lo que hay en la mesa. Meted los platos en el lavaplatos y yo me encargaré de ponerlo mañana. Hay un programa en la tele que quiero ver y empieza a las nueve. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Evie —dijeron Jessica y Sebastian a coro.

—Me alegra que no esté totalmente prohibido ver la televisión en la isla —dijo Jessica en tono irónico en cuanto se quedaron a solas—. Al menos podré ir a casa de Evie por las tardes si mi síndrome de abstinencia empeora.

—Yo mismo debo de estar sufriendo algún síndrome de abstinencia —murmuró Sebastian oscuramente—. Ojalá me bastaran unas horas de televisión para curarlo, pero lo dudo. Unos días más y tendrán que ingresarme.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —preguntó Jessica, impaciente.

El arqueó una ceja sardónicamente mientras terminaba el resto de su vino.

—¿Quieres decir que no lo sabes? ¿De verdad que no lo sabes?

—¡No, no lo sé!

—Entonces supongo que no me queda más remedio que decírtelo.

—Puede que sea buena idea.

Sebastian rió amargamente.

—Lo dudo. Pero lo cierto es que no puedo dormir ni escribir.

Jessica parpadeó.

—¿Me estás culpando a mí?

—No te estoy culpando a ti. Pero tú eres la responsable.

—¿Te importaría explicar ese comentario?

—Sí, pero ya que he llegado hasta aquí, será mejor que continúe. La terrible verdad es que desde que te vi ayer por primera vez me sentí terriblemente atraído por ti.

—¿A… atraído por mí? —repitió Jessica, aturdida.

—Lo cierto es que la palabra «atraído» no es la más adecuada —dijo Sebastian—. Fue más bien un caso de lujuria a primera vista. Algo bastante embarazoso, la verdad. Tienes que haber notado que me quedé boquiabierto como un adolescente. Evie se dio cuenta, desde luego.

¡Asi que ese era el motivo por el que la había mirado de aquella manera!, pensó Jessica. Pero…

Al hacerse consciente de la realidad de la situación, se quedó momentáneamente sin aliento. Sebastian la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Tal vez incluso más. A fin de cuentas, era un hombre. Trató de hablar, pero no pudo. No sabía qué decir.

—Comprendo tu sorpresa al oír mi confesión —dijo Sebastian, arrastrando la voz—. Yo mismo estoy sorprendido de haberla hecho. Pero no se me da bien disimular. También te habrás dado cuenta de que me he estado portando contigo de forma realmente desagradable sin ningún motivo. Quiero pedirte disculpas por ello.

La única excusa que tengo es que llevo demasiado tiempo de celibato. Y ahora, ríete si quieres. En realidad es bastante gracioso, ¿no?

Jessica no rió. ¡No le parecía en absoluto divertido! Lo único que pudo hacer fue mirar al hombre al que había deseado más que a ningún otro que hubiera conocido.

—Por favor, Jessica, no hagas que me sienta peor de lo que ya me siento —gruñó Sebastian—. Estoy seguro de que estás bastante acostumbrada a que los miembros del sexo opuesto se vuelvan locos por tu belleza. Por no mencionar tu cuerpo. Así que deja de hacerte la virgen ofendida. No tengo paciencia para aguantarlo esta noche. Los dos sabemos que no lo eres.

Si no hubiera estado tan conmocionada por su confesión, Jessica se habría enfadado por aquel último comentario.

Tras su confesión, Sebastian permaneció en silencio, jugueteando con su vaso vacío, dándole vueltas y más vueltas. Jessica también siguió callada, anonadada por lo que acababa de oír y por los pensamientos que ello evocaba.

Ahora nada se interponía entre ella y lo que secretamente deseaba. Sebastian no la rechazaría. Aceptaría cualquier insinuación por su parte con los brazos abiertos.

Pero sólo sería sexo. Y sexo en su forma más básica. No sólo no la amaba, sino que ni siquiera le gustaba como persona. Lo único que quería era…

—¿Qué pasaría si te pidiera que aliviaras mi frustración? —sugirió él en tono suavemente burlón.

—¿Fustración?

—Sí, frustración. ¿Tienes idea de lo que es desear tanto a alguien que casi duele fisicamente? ¿Has deseado alguna vez a alguien hasta ese extremo?

—Sí —respondió Jessica. «A ti», pensó con amargura.

—Entonces ya sabes lo que es. Ten compasión de mí. Ven a la cama conmigo esta noche. Soy un buen amante. No te decepcionaré.

Jessica no podía hablar. Su corazón latía locamente. Sólo tenía que decir sí y Sebastian sería suyo. Lo único que se interponía entre ella y el posible éxtasis era su orgullo y su autoestima.

Pero el orgullo y la autoestima eran algo importante para Jessica. Sospechaba que el motivo de que su madre acabara siendo una alcohólica fue la carencia de ambas cosas en algún momento de su vida. A Jessica nunca le había atraído la idea del sexo fortuito y egoísta. Eso era para los hombres.

Ella había sido virgen hasta los veintiuno, e incluso después, siempre se creyó enamorada de los hombres con los que se había

acostado.

—Pero yo no… no te quiero —balbuceó.

Sebastian sonrió irónicamente.

—No te estoy pidiendo que me quieras, Jess. Sólo quiero que me dejes hacerte el amor. Me cuesta creer que una mujer tan sofisticada e inteligente como tú piense que el sexo y el amor tengan que ir siempre unidos. ¿Nunca te has acostado con un hombre al que no amaras?

—¡No! —denegó ella ardientemente.

El asombro de Sebastian al oírla fue evidente.

—¿No?

Jessica se ruborizó.

—Yo… al menos… no conscientemente. Por lo menos creía que estaba enamorada.

—Hm. Interesante. ¿Y acabaron haciéndote daño al final esos hombres a los que creías amar?

—Podría decirse que sí —dijo Jessica rígidamente.

Sebastian asintió despacio.

—El amor puede ser cruel. Exige demasiado, espera demasiado. Es inevitable acabar sintiéndose decepcionado. Sin embargo, el sexo nunca decepciona, si eso es todo lo que uno quiere.

—Eso es cuestión de opiniones —replicó Jessica, arrepintiéndose de inmediato.

Sebastian la miró atentamente.

—¿Te ha decepcionado el sexo, Jess? —preguntó con amable curiosidad.

—A veces —murmuró ella, bajando la mirada.

—¿A veces, o siempre? —insistió él.

Jessica lo miró a los ojos, enfadada.

—¿Te importa dejar el tema?

—Sí, sí me importa. Creo que es una verdadera pena que una mujer tan bella como tú no tenga una vida sexual satisfactoria. Y también es un misterio para mí. No tienes idea de cuánta sensualidad proyectas, Jess. Está en tus ojos y en tu cuerpo todo el tiempo. Por eso he estado tan inquieto desde que llegaste, recibiendo los silenciosos mensajes de tu inconsciente e intensa sexualidad. La verdad es que me asombra averiguar que no estás satisfecha en ese terreno. Sólo se me ocurre que debes haber sido muy desafortunada eligiendo a tus amantes.

—¿Y crees que tú serías mejor? ¿Un hombre al que no amo?

—Desde luego, me encantaría intentarlo —dijo Sebastian, sonriendo malévolamente.

Jessica miró su boca, sus manos, su cuerpo. Y lo deseó todo. Sobre ella y dentro de ella. Sabía que si dejaba pasar aquella

oportunidad lo lamentaría el resto de su vida.

Pero era tan dificil pronunciar las palabras, expresar su aceptación…

«¡Habla!», dijo su parte oscura. «¡Es tuyo! ¡Tómalo!»

—De acuerdo —dijo por fin—. ¡Inténtalo!

Sebastian dejó de sonreír de repente y permaneció muy quieto unos momentos.

—No lo dices en serio —dijo en tono escéptico.

—Por supuesto que lo digo en serio —contestó ella, sintiendo que una intensa oleada de calor recorría su cuerpo.

Una extraña satisfacción se impuso a sus sentimientos negativos. Tuvo una sensación de triunfo. De excitación.

Alzó la barbilla.

—No lo dudes —insistió con voz firme.

# Capítulo 9

Jessica estaba de pie en la galería trasera, con las manos firmemente agarradas a la barandilla, tratando de controlar los sentimientos que la embargaban.

Se sentía totalmente aturdida y escandalizada por lo que acababa de aceptar en el comedor. Pero aquella oscura vocecita que no dejaba de sonar en un su interior insistía en que siguiera adelante.

«No puedes cambiar de opinión ahora. No quieres cambiar. Quieres que Sebastian te lleve a la cama. ¡Lo deseas más de lo que has deseado nada en tu vida!»

Jessica tragó para deshacer el nudo que le atenazaba la garganta y alzó la mirada hacia el cielo, en el que lucía una enorme luna llena.

Tuvo que reconocer que hacía una noche para amantes. Una noche para el romance.

Pero Sebastian no buscaba ningún romance. Ni amor. Quería lo mismo que la mayoría de los hombres habían querido de ella a lo largo de los años. Pero en esta ocasión, la diferencia era que ella quería lo mismo.

Sexo.

Jessica se estremeció al pensar en todo lo que implicaba aquella palabra. La desnudez. La intimidad. El acto en sí. Era extraordinario pensar que pronto yacería bajo un Sebastian totalmente desnudo y que sus cuerpos se fundirían.

Hacía menos de cuarenta y ocho horas que se habían conocido, pero parecía que había pasado toda una vida. Y lo mismo sucedía con los quince minutos que habían pasado desde que había accedido a que Sebastian hiciera con su cuerpo lo que quisiera.

«Oh, Dios mío», pensó, desesperada. «¿Qué he hecho?»

—¿Qué haces aquí fuera?

Jessica se volvió y vio a Sebastian en el umbral de la puerta de su habitación, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Has… has terminado? —preguntó temblorosamente. Sebastian se había ofrecido a recoger la mesa mientras ella iba al baño. Después, no se había animado a ir a su habitación a ponerse algo más cómodo, como él había sugerido. Nada habría podido hacer que se sintiera más cómoda en aquellos momentos.

—Sí —contestó él, mirándola con cautela.

—Gracias —Jessica se cruzó de brazos, sintiéndose

repentinamente tímida ante él. ¿O era vergüenza lo que sentía? ¿La consideraría una mujer fácil por haber accedido a tener relaciones sexuales con él sin que se amaran?

Probablemente, reconoció con tristeza. Por desgracia, aquel doble rasero seguía aplicándose, sin importar lo mucho que trataran de cambiarlo las mujeres. Si un hombre hacia aquello, se le consideraba un macho. Si lo hacía una mujer se la consideraba una fulana.

—Quiero que sepas que no suelo hacer cosas como ésta —dijo, a la defensiva, sin descruzarse de brazos.

Sebastian se acercó a ella y le hizo descruzarlos con suave firmeza antes de colocarlos en torno a su cuello.

—Se nota —dijo, rodeándola con sus brazos por la cintura y atrayéndola hacia sí—. Eso hace que te desee aún más.

La besó con suavidad en la nariz, luego en la mejilla, después en la comisura de los labios. Jessica los tenía entreabiertos y temblorosos cuando él los cubrió con los suyos. No hubo barrera para su lengua cuando la deslizó en el interior de su boca.

Jessica se aferró con fuerza al cuello de Sebastian al sentir que las rodillas se le convertían repentinamente en gelatina y que la cabeza empezaba a darle vueltas. Ella sujetó con firmeza y ella sintió que sus senos presionaban dolorosamente contra su pecho.

Pero su atención estaba centrada principalmente en la lengua que acariciaba la suya y en lo que la estaba haciendo sentir, en lo que la estaba haciendo desear. A él, dentro de ella, no su lengua. A él, encima de ella. A él y sólo a él, para siempre.

Dejó escapar un gemido de torturada negativa ante aquella loca idea.

«Esto no es amor», se recordó brutalmente. «Es lujuria. Sebastian es un hombre experimentado y lo ha dejado muy claro antes. Estás disfrutando de sexo sin amor, como han hecho durante siglos los hombres con las mujeres lascivas».

Jessica se estremeció. ¿Acaso era ella una mujer lasciva? Desde luego, así era como se sentía contra el cuerpo evidentemente excitado de Sebastian.

Su mente se vio invadida por intensas imágenes, sorprendentemente explícitas y eróticas. Sebastian, desnudándola allí, donde estaban, tocándola por todas partes, poseyéndola en la galería, bajo la luz de la luna, y sus gemidos de éxtasis sonando con vergonzosa fuerza en la quietud de la noche.

—Jess… Jess… —gimió él contra sus inflamados labios.

—¿Mmmm? —fue todo lo que pudo articular Jessica. Seguía en otro mundo, un mundo en el que no había vergüenza, sólo los más oscuros e intensos placeres.

—No deberías haberte frotado así contra mí —murmuró él—. Pero no importa. Puede que haya sido lo mejor. Pero tendré que dejarte un par de minutos.

Jessica necesitó casi medio minuto tras la marcha de Sebastian para comprender sus palabras. Cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, dejó escapar un gemido de vergüenza y se volvió para sujetarse a la barandilla con ambas manos.

Ni siquiera se había dado cuenta de que se estaba frotando contra él. Pero así debía haber sido. Incluso ahora, mientras su fantasía desaparecía, sentía el intenso latir de su corazón en el pecho. Quería que Sebastian regresara enseguida, que volviera a tomar su boca y la envolviera con la calidez de su cuerpo.

Como si su mente lo hubiera conjurado, Sebastian apareció de repente, rodeándola por detrás con los brazos.

—He sido tan rápido como he podido —murmuró contra el cuello de Jessica, deslizando los frescos labios por su ardiente piel. Sus brazos también estaban frescos, y unas gotas que cayeron de su pelo revelaron que acababa de ducharse—. No quería malgastar toda esa encantadora y loca pasión.

Jessica sólo oyó la palabra «loca».

«Debo estarlo», pensó, aturdida. «Bastante loca. Sólo tiene que tocarme para que me convierta en una mujer diferente. Una desconocida con respuestas y deseos totalmente ajenos a mí. Nunca había sentido tal abandono y excitación. Me ha embrujado por completo».

—Cuéntame lo que estabas pensando hace un momento —murmuró él seductoramente—. Cuando te estaba besando.

Jessica negó con la cabeza y se quedó sin aliento cuando Sebastian abrió y cerró los labios sobre su cuello, lamiéndola con excitante suavidad.

—Para —jadeó, moviéndose contra él.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba desnudo, totalmente desnudo.

—Sólo si me lo cuentas —insistió él—. No me escandalizaré.

Jessica volvió a negar, sin poder apartar la imagen del cuerpo desnudo de Sebastian presionado contra el suyo.

—¿Me estabas deseando, ¿verdad? —susurró él junto a su oído.

—Sí —confesó ella, estremeciéndose.

Sebastian subió lentamente una de sus manos hasta el cuello de Jessica, acariciándoselo y haciéndole echar la cabeza sobre su hombro. Ella cerró los ojos cuando la mano bajó hasta su escote, deteniéndose allí a acariciar sus senos.

—¿Cómo me estabas deseando, Jess? —preguntó él con voz suave y soñadora—. ¿Dónde me estabas deseando?

—Aquí —gimió ella, sintiéndose impelida a responder—. Aquí —repitió con voz ronca mientras los dedos de Sebastian comenzaban a juguetear con el borde de su sujetador.

—¿Aquí y ahora?

—Sí…

—Cuéntame más. Cuéntame qué hacía.

—Tú… me desvestías. Y me acariciabas.

—¿Dónde? —Sebastian había deslizado la mano en el interior del sostén, y uno de sus dedos empezó a acariciar con infinita suavidad el endurecido pezón de Jessica.

—En… en todas partes.

—¿Y entonces qué pasaba? —preguntó él con voz sorprendentemente calmada en comparación con el tembloroso susurro que surgía de labios de Jessica—. ¿Te hacía el amor? ¿Aquí, contra la barandilla? ¿Como estamos ahora?

—Oh —Jessica sintió que su rostro y su cuerpo se incendiaban—. Sí —gimió. ¡Dios Santo! ¿Por qué no dejaba de hacerle hablar sobre ello? Se estaba excitando enloquecedoramente. ¡Sentía que iba a explotar!

—¿Cuántas veces?

—Yo… no lo sé —gimió Jessica.

—¿Te ha pasado alguna vez antes? —preguntó Sebastian.

Ella tuvo que reír.

La mano de Sebastian se detuvo sobre su seno.

—¿Quieres decir que nunca te ha dejado satisfecha un hombre?

—Sólo… después.

—¿Y antes?

—¿Antes? —el tono de voz de Jessica reveló su perplejidad.

Sebastian sacó la mano de su sujetador y empezó a desabrocharle lentamente la camisa mientras la mantenía presionada contra la barandilla, de espaldas a él. Extrañamente, Jessica se sintió invadida por el pánico, lo que fue tan confuso como decepcionante. No había sentido pánico en su fantasía. Sólo complaciente abandono.

Pero, al parecer, una fantasía era sólo eso. Una fantasía. La realidad no iba a ser tan cooperativa.

—No, no puedo —dijo, alzando las manos para apoyarlas sobre las de Sebastian—. No puedo. Aquí no.

—Confía en mí —dijo él, sujetándole ambas manos con una de las suyas mientras la acariciaba con la otra. Sus dedos se movieron con gran ternura sobre su pecho, haciendo que sus senos se inflamaran. Pronto, el pánico fue lo último que hubo en la mente de Jessica. Sólo pudo pensar en aquella mano grande y fuerte y en los lugares por los que pasaba. Ascendió hasta su garganta y luego a su

rostro, trazando con los dedos sus cejas, sus pestañas, su nariz y, finalmente, su boca.

Gimió cuando los dedos acariciaron con suavidad sus labios. Cuando los entreabrió, Sebastian le introdujo un dedo en la boca y ella empezó a chuparlo, incapaz de pensar en nada que no fuera la excitación que sentía.

Sus brazos cayeron flojamente a ambos lados cuando Sebastian le soltó las manos. No protestó cuando la apartó un poco y terminó de desabrocharle la camisa. Pronto se quedó sin ésta y sin el sujetador.

Las manos de Sebastian sobre sus senos le hicieron recuperar cierta conciencia de lo que estaba sucediendo, pero para entonces se sentía tan excitada que no le importó.

Tal vez, si hubiera sido brusco con ella habría salido de aquel estado, pero Sebastian la estaba acariciando con infinita ternura. Sus manos abarcaron sus senos como si fueran un tesoro y le susurró su admiración por su belleza. Jugueteó exquisitamente con sus pezones, haciendo girar sus pulgares sobre ellos.

Había una magia especial en las manos de Sebastian mientras adoraban sus formas femeninas, no como le había sucedido con sus otros amantes, que siempre se habían mostrado impacientes por satisfacerse a sí mismos.

Jessica no pudo evitar un suave gemido de decepción cuando dejó de acariciarla.

Pero aquella decepción desapareció en cuanto Sebastian empezó a bajarle lentamente la falda y la braguitas por las caderas.

—Oh —jadeó cuando el la rodeó firmemente por la cintura con un brazo y la alzó para que las braguitas cayeran de sus tobillos al suelo. La mantuvo en alto, inclinando su espalda, y la de ella, mientras deslizaba su mano libre por el estómago de Jessica. Ella se tensó al sentir que deslizaba los dedos hacia los húmedos rizos de entre sus piernas, temerosa de estallar si la tocaba allí. Nunca se había sentido tan excitada en su vida.

Y no quería llegar. Todavía no.

Pero él parecía saber exactamente dónde tocarla y dónde no, cómo mantenerla excitada sin hacerla estallar. Jessica cerró los ojos y apoyó la cabeza contra su hombro, dejándose llevar. Sebastian jugueteó con ella, manteniéndola sobre el filo de una navaja durante largo rato antes de cambiar bruscamente de táctica y tocarla directamente en el inflamado capullo de exquisita sensibilidad.

—¡No! —gritó Jessica—. No, yo…

Demasiado tarde. Su carne empezó a contraerse salvajemente. Sebastian la bajó lentamente, sujetándola por las caderas mientras

ella se agarraba a la barandilla. Sabía lo que iba a hacerle… ¡y cuánto deseaba que lo hiciera! Lo deseaba incluso más que antes. Separó las piernas, anhelante y echó hacia delante el torso, de manera que sus glúteos sobresalieran en busca de él.

Un profundo gemido escapó de su garganta al sentir como penetraba Sebastian su cuerpo aún palpitante. Gimió de nuevo cuando su carne apresó la de él con una fuerza tan fantástica como desconocida para ella. Empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás con repentina y ciega urgencia.

—¡Oh! —jadeó cuando, sorprendentemente, llegó a un clímax aún más eléctrico y satisfactorio que el primero. Porque supo que él podría sentirlo y extraer placer de él. Quería que sintiera placer dentro de ella, quería que se uniera a ella.

Su espalda se arqueó voluptuosamente y su trasero se alzó para presionar con fuerza contra Sebastian, buscando que la penetrara por completo.

—¡Oh, Jess! —murmuró él.

Deslizó las manos por las caderas de Jessica, con menos suavidad que antes, llevándolas hasta sus senos, hasta su garganta y su pelo, para deslizarlas de nuevo hacia abajo por su espalda. Entonces volvió a sujetarla y empezó a moverse atrás y adelante, penetrándola más y más cada vez. Jessica se unió instintivamente a sus movimientos, hasta olvidarlo todo excepto las sensaciones que la embargaban. Olvidó el tiempo y el lugar. Permaneció con los ojos cerrados, navegando en un mar erótico en el que el placer no terminaba.

Por fin, oyó que Sebastian gritaba, sintió cómo se estremecía dentro de ella. Susurró su nombre con una satisfacción tan profunda como sorprendente. Sus piernas se volvieron de gelatina cuando él se retiró, y tal vez habría caído si Sebastian no hubiera agarrado su agotado cuerpo entre sus brazos.

—Sebastian —susurró de nuevo, apoyando la cabeza contra su pecho a la vez que lo rodeaba con los brazos por el cuello. Nunca se había sentido tan satisfecha, ni tan amada.

Ya estaba casi medio dormida cuando Sebastian la tumbó sobre su cama y la cubrió con una sábana. Pero Jessica no quería que aquel sentimiento de unión y plenitud terminara todavía.

—No me dejes —susurró cuando las manos de Sebastian empezaron a deslizarse de debajo de ella.

El se tumbó en la cama junto a ella.

—Bésame —murmuró Jessica, volviendo a buscarlo con los brazos.

El la besó.

—Abrázame.

El la abrazó y ella dio un gran suspiro de satisfacción. Sebastian siguió abrazándola y besándola hasta que Jessica cayó en un profundo sueño.

Su último pensamiento consciente fue una punzada de decepción al temer que toda aquella amorosa atención no fuera más que una ilusión. Sebastian no la amaba. Sólo la deseaba. Cualquier mujer atractiva le habría servido. Como él había dicho, llevaba demasiado tiempo de celibato…

Sin embargo, Jessica no soñó sobre la lujuria, sino sobre el amor. Y no era cualquier hombre el que la amaba. Era Sebastian. En su sueño, estaban casados y tenían un bebé, muchos bebés. Había bebés por todas partes. Bebés sonriendo. Bebés haciendo gorgoritos. Bebés. Bebés. Bebés.

# Capítulo 10

Jessica se sentó sobresaltada en la cama, con la palabra «bebés» escapando de entre sus labios. Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la oscuridad reinante y en ver el otro lado de la cama vacía.

Un movimiento en la penumbra atrajo la atención de su mirada hacia la silueta de un hombre que se hallaba en el umbral de la puerta.

—¿Eres tú, Sebastian? —preguntó, asustada.

La figura se acercó.

—¿Quién voy a ser si no? —preguntó él, metiéndose en la cama. Jessica percibió por un momento el destello de un cuerpo tan desnudo como el suyo—. ¿Qué sucede? ¿Te ha despertado un mal sueño?

—En cierto modo —Jessica volvió a tumbarse y se cubrió los senos con la sábana, avergonzada.

¡Y hablaban de la mañana después! Y aún era media noche.

Gimió al pensar en todo lo que había permitido que le hiciera y en cómo había disfrutado. Luego gimió al recordar su sueño.

—¿Qué sucede? —preguntó Sebastian, apoyándose en un codo para mirarla.

Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, Jessica pudo verlo con claridad. Su pelo ya no estaba sujeto por la cinta azul. Caía sensualmente sobre su sensual rostro, haciéndole recordar lo que representaba.

Nada más que los placeres de la carne. No había futuro con Sebastian. Ni esperanza de amor, ni compromiso, ni matrimonio. ¡Tener un bebé con él sería un desastre! Tal vez fuera el mejor amante del mundo, pero eso no lo convertía en un buen padre. Tenía treinta y ocho años. Si hubiera querido casarse y tener familia, ya lo habría hecho para entonces.

—Sebastian… —empezó a decir, y su voz traicionó el temor que sentía.

El frunció el ceño y alargó una mano para acariciarle con suavidad la mejilla.

—¿Qué sucede, Jess?

—¿Has… quiero decir… no me he dado cuenta… pero me has protegido?

Sebastian apartó la mano de su mejilla y su mirada se volvió fría. Se tumbó sobre la almohada con los brazos tras la cabeza.

—Por supuesto —dijo en tono aburrido—. ¿Acaso crees que estoy loco? Pero es probable que fuera a mí mismo a quien más estaba protegiendo.

La implicación de sus palabras hizo saltar a Jessica.

—Vamos, Sebastian. Puede que hayas sido célibe últimamente, pero tía Lucy no estuvo siempre enferma. ¿Y quién dice que tú fueras su primer amante? Fue mucho tiempo una viuda rica y atractiva.

Sebastian se movió tan rápidamente que Jessica se encontró tumbada en la cama con las muñecas fuertemente sujetas contra la cama antes de poder pestañear.

—Vuelve a hablar así de Lucy otra vez y te… y te… —dijo Sebastian, enfadado, con la boca a escasos milímetros de la de ella.

Su apasionada defensa del carácter de su tía despertó un oscuro resentimiento en Jessica. Además de una intensa punzada de celos. Tal vez sí había amado a su tía Lucy, pero ella sólo despertaba su lascivia.

Al menos sentía eso, pensó salvajemente. Al menos podía afectar a sus sentidos… al parecer, contra su voluntad. No le gustaba como persona pero la deseaba: la deseaba de una forma que desconocía el orgullo. Era un pensamiento embriagador tener tal poder sobre un hombre.

Jessica lo saboreó y luego actuó a partir de él. Sin dudarlo.

Sacó la lengua lentamente y hizo con ella un erótico círculo en torno a sus labios.

—¿O tú qué? —susurró tentadoramente, alzando la cabeza para atrapar el labio inferior de Sebastian entre los dientes y mordisquearlo sin ninguna suavidad.

El echó atrás la cabeza, soltándola para poder pasarse el dorso de la mano por la boca. Cuando vio sangre en su piel, la miró con una fiereza que hizo temblar a Jessica con una mezcla de miedo y excitación.

—Pequeña bruja —gruñó—. Te voy a hacer pagar por esto.

—Promesas, promesas —replicó Jessica, consciente de lo provocativa que estaba siendo, pero sin poder detenerse. Todo lo que quería era que él volviera a desearla. Habría hecho cualquier cosa por lograr aquel objetivo. Cualquier cosa—. Dime lo que te gusta —dijo con voz ronca, deslizando la lengua sobre sus labios entreabiertos—. Dímelo, Sebastian, y lo haré…

El la miró un largo momento y luego saltó bruscamente de la cama y salió de la habitación, cerrando la puerta violentamente.

Jessica permaneció tumbada, totalmente aturdida. No iba a volver a hacerle el amor. Así era como iba a vengarse.

Aquel pensamiento provocó una intensa desesperación en su

corazón y en su cuerpo. No podía soportar la idea de no volver a sentir lo que había experimentado con él en la galería. Con un gemido ahogado, salió de la cama y fue en su busca, dispuesta a hacer lo que fuera para que volviera con ella a la cama. Su desnudez no significó nada para ella mientras salía de la habitación, llamándolo.

Encontró a Sebastian en el cuarto de estar que daba al pasillo, bebiendo un vaso de lo que parecía whisky. No había encendido la luz, pero los grandes ventanales dejaban penetrar la suficiente luz de luna como para verlo.

Jessica tuvo que tragar al encontrarse de pronto frente a una vista frontal de su magnífico cuerpo.

—Así que aquí estás —dijo desde el umbral, y él le lanzó una mirada feroz.

—¿Has venido a regodearte?

—¿A regodearme?

Sebastian rió y volvió a rellenar su vaso.

—Me has tendido una trampa y he caído en ella como un tonto, Jess. ¿Juegas a menudo a estos juegos eróticos? ¿Te excita hacer creer a cada nuevo amante que nunca te has sentido sexualmente satisfecha? Debería haber supuesto que una chica de veintiocho años de ciudad con tu aspecto lo habría experimentado todo a estas alturas.

Se interrumpió el tiempo justo para vaciar el vaso de un solo trago.

—¿Qué más te excita? —preguntó mientras se volvía para llenarlo por tercera vez—. Déjame beber un poco más de esto y estaré listo para cualquier cosa. Sólo tengo que quitarme de la cabeza la idea de que lo que ha habido entre nosotros esta noche ha sido algo especial. ¡Debo de estar volviéndome loco! Puede que lleve demasiado tiempo en Norfolk Island. Necesito una dosis de Sydney y sus promiscuas mujeres para volver a ponerme a tono. Es gracioso que haya llegado a pensar que yo podía significar algo para ti cuando en realidad sólo he sido una más de tus aventuras de una noche.

—¡No! —negó Jessica ardientemente, con lágrimas en los ojos—. Eso no es cierto. Nada de lo que has dicho es cierto. No suelo tener aventuras de una noche, y sí eres especial para mí, Sebastian. Nunca había experimentado nada parecido a lo que me ha sucedido contigo esta noche. ¡Nunca! No sé qué me acaba de pasar… Pareces haber liberado algo en mi interior, algo un poco salvaje y… y lascivo. Pero es sólo para ti, Sebastian. Sólo para ti…

Las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro hasta su boca. Jessica nunca se había sentido tan desolada como en aquellos

momentos ante el desprecio de Sebastian. De pronto, valoró más su buena opinión sobre ella que su maravillosa forma de hacerle el amor.

—Créeme, por favor, Sebastian —continuó, sollozando—. No soy lo que piensas. No lo soy —dejó caer el rostro entre las manos y lloró a raudales. Al sentir las manos de Sebastian curvándose sobre sus hombros se apretó contra él, sintiendo un intenso alivio y una gran alegría—. Me crees —gimió, abrazándolo—. Me crees…

Sin embargo, Sebastian no dijo nada. Al darse cuenta, Jessica alzó el rostro hacia él.

—Me crees, ¿no, Sebastian?

La expresión de Sebastian era inquietantemente implacable.

Jessica se apartó de él.

—No me crees —dijo, aturdida.

—¿Acaso importa? —dijo él con amargura—. Esta noche ha sido un error. Tú y yo… somos un error. No funcionará. Créeme cuando te digo que lo que ha pasado esta noche no volverá a pasar.

—¡No lo dices de verdad!

—Trato de hacerlo —dijo Sebastian, deslizando una dura pero indecisa mirada por el cuerpo desnudo de Jessica.

Ella vio su vulnerabilidad y se aprovechó de ella, rodeándolo por el cuello con los brazos y apretándose contra él.

—No pienso soltarte —dijo con su natural testarudez y su recién encontrada sexualidad.

Sebastian la sostuvo con rigidez entre sus brazos, pero Jessica pudo sentir el efecto que estaba provocando en él.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Jess? —preguntó Sebastian—. Dímelo. Y no mientas. Necesito saber la verdad.

—Yo… quiero que seas mi amante mientras estoy aquí —dijo ella sinceramente. Pedir más habría sido una fantasía.

—¿Y cuando termine el mes? ¿Entonces qué?

—¿Qué quieres decir?

—¿Podrás alejarte de mí sin mirar atrás? ¿No volverás a pensar en mí o a desearme nunca más?

—Yo… yo…

—¡Júrame que no te enamorarás de mí! —exigió él ferozmente, sujetándola con fuerza por los hombros—. Que todo lo que quieres de mí es sexo.

Jessica trató de decirlo. Abrió la boca para hacerlo, pero en el fondo de su corazón supo que habría sido una terrible mentira. Ya estaba medio enamorada de él.

—No —balbuceó, sintiendo que agonizaba por lo que estaba a punto de admitir—. Yo… no puedo jurar eso.

Un gran suspiro escapó de los pulmones de Sebastian a la vez

que aflojaba la presión de sus manos sobre los hombros de Jessica.

—Entonces, está bien —dijo, y antes de que ella pudiera parpadear, la estrechó entre su brazos y la besó—. Ya he tenido mi dosis de brujas duras —continuó—. Si voy a tener una mujer en mi cama durante el próximo mes, quiero que sea una mujer de verdad, con el corazón y los sentimientos de una mujer de verdad. Por un momento he creído que ibas a jurar lo que te he pedido, ¿y dónde me habría dejado eso?

Sebastian rió con una mezcla de placer y burla.

—Con todo un mes de tormento —añadió—. Pero ahora puedo hacerte el amor como deseo hacerlo, sin reservas. Preciosa Jess —murmuró, besando la boca aún sorprendida de Jessica—. Encantadora Jess —volvió a besarla—. Exquisita Jess.

Jessica permaneció callada mientras la tomaba en brazos y la llevaba de vuelta a la cama.

—Dime qué te gusta —susurró Sebastian—. Dímelo y te lo haré.

¡Oh, Dios!, pensó ella, y, deslizando sus temblorosas manos por el pelo de Sebastian, lo empujo primero hacia su boca, luego hacia sus senos.

Sebastian hizo lo prometido, chupando sus erectos pezones como un niño hambriento, ávido y exigente. Olas de un intenso placer se derramaron por el cuerpo de Jessica en todas direcciones. Gimió cuando él se deslizó para besar y lamer su estómago y luego más abajo. Ella abrió las piernas, ofreciéndose a sus labios con tal confianza que apenas podía reconocerse a sí misma.

Y él no traicionó aquella confianza, haciéndola conocer un éxtasis que nunca antes había experimentado. Qué tontos habían sido sus otros amantes. Que tontos ignorantes…

—No más —susurró finalmente, con voz desmayada.

Sebastian se limitó a reír con suavidad y a estrecharla de nuevo entre sus brazos, demostrándole que aún no sabía cuándo terminaba el placer. Sonrió triunfante cuando su poderosa posesión volvió a provocar aquel placer en Jessica, sonrió y le dijo que era la mujer más sensual, más hermosa y más maravillosa del mundo.

Jessica nunca se había sentido tan feliz. Ni tan cansada. Suspirando, cerró los ojos y se quedó dormida en una fracción de segundo. Si soñó, sus sueños no la inquietaron en esa ocasión. Mucho después de amanecer seguía dormida, y podría haber dormido hasta el mediodía si no hubiera llegado Evie a preparar la comida.

# Capítulo 11

—¡Hola! ¿Dónde está todo el mundo? ¿Hay alguien en casa?

Jessica se despertó al instante, reconociendo la voz a la vez que se daba cuenta de lo tarde que era. No sabía con exactitud qué hora era, pero el sol ya estaba muy alto.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¡Evie!

La mano de Sebastian sobre su hombro le impidió saltar de la cama.

—Más vale que se entere, Jess. No va a haber forma de ocultárselo.

Jessica lo miró como si estuviera loco, le apartó la mano del hombro y salió de la cama.

—No se te ocurra decir una palabra —siseó, sintiendo que el corazón le latía aceleradamente—. ¡Si lo haces, te mato!

Sebastian rió.

—Si lo haces, será el primer asesinato acreditado en Norfolk Island.

—No bromees, Sebastian —dijo Jessica, sintiendo que el estómago se le encogía al imaginar lo que podría pensar Evie si la veía así con Sebastian—. ¡Oh, Dios mío! Acabo de recordar mi ropa. ¿Me verá Evie si salgo por aquí y voy a mi habitación por la galería trasera? —susurró, desesperada.

—No, si eres rápida. Lo más probable es que primero vaya a la cocina a preparar café. La ventana de la cocina da a la parte delantera.

—Gracias a Dios —dijo Jessica, suspirando aliviada.

—¿No vas a besarme antes de irte? —preguntó Sebastian, sonriendo divertido ante su agitación.

—No seas tonto. Bueno, de acuerdo —pero cuando Jessica se inclinó hacia Sebastian para besarlo, esté la agarró y la colocó sobre sí. Ella trató de reprimir los gritos mientras él le hacía cosquillas sin piedad, pero temió estar haciendo demasiado ruido en su lucha por liberarse—. Luego me ocuparé de ti —amenazó cuando por fin logró levantarse y acercarse a la puerta de la habitación.

—Promesas, promesas —dijo Sebastian irónicamente, haciendo eco de las palabras pronunciadas por ella la noche pasada.

Jessica no se detuvo a contestar. Miró a un lado y a otro de la galería antes de correr tan silenciosamente como pudo hasta la esquina.

La visión de sus ropas tiradas en el suelo hizo que los recuerdos

de lo sucedido junto a la barandilla llenaran su mente. Las recogió rápidamente, con la respiración agitada, temiendo oír en cualquier momento la sorprendida voz de Evie a sus espaldas. Pero logró llegar hasta su habitación sin sufrir ningún encuentro humillante.

Su cama inmaculada y perfectamente hecha pareció mirarla con gesto de reproche. ¿Volvería a usarla alguna vez durante el próximo mes?, se preguntó.

«No si puedo evitarlo», fue su malvada respuesta interior.

No, no malvada, negó. Maravillosa. ¡Era maravilloso que le hicieran el amor adecuadamente! No pensaba estropear aquello con ningún sentimiento de culpa o vergüenza. No sabía lo que le depararía el futuro con Sebastian, pero tenía intención de disfrutar de cada momento que pasara con él.

«¡Deja que el mañana se preocupe del mañana!», decidió, con una temeridad nueva en ella. Normalmente tenía una forma muy pragmática y prosaica de ver la vida. Siempre se había dedicado a planificar su futuro de forma esencialmente práctica. Pero estaba dispuesta a olvidarlo todo durante aquel mes. Todo, excepto a Sebastian.

Se duchó con una tonta sonrisa en el rostro. Y seguía sonriendo de la misma forma cuando entró en la cocina veinte minutos después.

—¡Pero si es la señorita dormilona! —dijo Evie animadamente mientras cortaba vegetales junto al fregadero—. Sebastian me ha dicho que te ha dejado dormir. Me ha contado que te mantuvo despierta jugando hasta tarde, y que estabas agotada. No sabía que te gustaran los juegos de mesa. Lucy también era bastante adicta a ellos. ¿Cuál es tu favorito?

—Oh, me gustan todos —dijo Jessica, tratando desesperadamente de no ruborizarse, y pensando que cuando se quedara a solas con Sebastian, lo mataría… entre otras cosas.

—Eso está bien. Así, Sebastian y tú tendréis algo que hacer por las tardes mientras estés aquí. Debes sentirte aburrida sin la tele. Lo cierto es que parece que dormir hasta tarde te ha sentado muy bien —continuó Evie—. Tienes un brillo especial en la cara esta mañana. El color azul brillante te sienta muy bien, ¿no?

—¿Qué? —dijo Jessica, distraída por sus pensamientos sobre las noches que se avecinaban. ¡Sospechaba que no iba a aburrirse demasiado!—. Oh, sí, el azul. Supongo que sí, pero creo que el azul le sienta bien a casi todo el mundo, ¿no crees?

Lo cierto era que se había puesto los pantalones cortos azules y la camiseta a juego pensando exclusivamente en la temperatura. Hacía más calor que el día anterior, y el sol brillaba intensamente en el cielo. No se había maquillado y llevaba el pelo sujeto en una

cola de caballo. Ya no parecía la misma mujer sofisticada que había aterrizado en Norfolk el domingo, pero se sentía mucho más viva y relajada.

—Si te apetece un té, acabo de prepararlo —ofreció Evie—. Aún debe de estar caliente. No te importa servírtelo tú misma, ¿no?

—En absoluto —dijo Jessica, poniéndose a canturrear por lo bajo mientras se servía.

—Sírvele también una taza a Sebastian, por favor —dijo Evie—. Dice que tiene un poco de resaca esta mañana y que todavía no ha podido comer nada. Y no me extraña —añadió irónicamente—. He notado que la botella de whisky está a medias. Me ha dicho que tenía un poco de insomnio. Pero la bebida no pareció darle muy buen resultado. Deberías haber visto su cama. Estaba tan revuelta como si hubiera habido una batalla en ella.

Jessica pensó que el comentario de Evie no tenía segundas intenciones.

—El insomnio es algo terrible —comentó ligeramente mientras servía el té.

—Desde luego —asintió Evie—. Ya que el estómago de Sebastian no parece estar muy bien, he decidido preparar ensalada y un filete a la plancha para comer. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Voy a llevarle este té. ¿Está en su habitación?

—Supongo que sí. Ha ido al otro baño a ducharse y afeitarse mientras tú te duchabas. Pero supongo que ya habrá vuelto a su habitación y estará tratando de escribir.

Pero Sebastian no estaba escribiendo. Estaba fuera de la habitación, en la galería, vestido exclusivamente con unos pantalones cortos.

Jessica tragó mientras se acercaba a él, diciéndose que pronto se acostumbraría a verlo siempre medio desnudo. Sin duda, la intensidad de los sentimientos que provocaba en ella se suavizarían tras una o dos semanas de hacer el amor.

—Aquí está el té que querías —dijo, sonriendo mientras le entregaba la taza. Se alegró de haber llevado también la suya. Eso le daba una excusa para quedarse.

Sebastian la miró de forma extrañamente pensativa mientras se llevaba la taza a los labios.

—¿Qué? —preguntó Jessica.

—¿Qué qué?

—Tonto. ¿En qué estás pensando?

—En que hoy voy a portarme mal y me voy a saltar mis horas de escribir.

—¿Oh? —Jessica se alegró de oír aquello, pero trató de no demostrarlo—. ¿Qué ha pasado con la resaca?

—Ahí sigue, planeando por encima de mi cabeza. Pero podré soportarla mientras no tenga que trabajar con la mente. Aunque creo que tampoco podría hacerlo sin resaca. Mi creatividad parece ligeramente estancada. De hecho, esta mañana me siento bastante elemental y primario.

—Las resacas son cosas elementales.

—No estaba pensando en resacas —dijo Sebastian irónicamente, deslizando una lenta mirada sobre ella—. Podrías haberte puesto un sujetador, Jess. ¿Qué tratas de hacerme?

Jessica tuvo que reír.

—¿Y tú? ¿Qué tratas de hacerme a mí?

—¿De qué estás hablando?

—¿Tienes idea de lo que me afecta verte caminando semi–desnudo casi todo el tiempo? ¿Sabes cómo me ha afectado eso desde que te vi por primera vez?

Sebastian alzó las cejas mientras su expresión cambiaba de la sorpresa al agrado.

—No. ¿Cómo te afecta?

—Haces que tenga pensamientos indecentes —dijo Jessica, deslizando la mirada por el pecho de Sebastian hasta el ombligo y más abajo.

El gruñó.

—No me mires así, mujer. Haces que me ponga a pensar con cosas distintas a la cabeza, y en estos momentos no me siento capaz de hacer el amor. Dame una hora o dos.

—Pobre Sebastian —Jessica deslizó un dedo por el pecho desnudo de Sebastian.

—Puede que me eche un rato después del almuerzo. ¿Te gustaría darme un masaje en la frente? ¿Y en cualquier otro sitio que te apetezca?

—Sólo si también me dejas cepillarte el pelo.

Sebastian pareció sorprendido.

—¿Cepillarme el pelo? ¿Por qué? ¿Tan revuelto está? —preguntó, alzando instintivamente una mano para pasársela por el cabello.

—No —contestó Jessica—. Pero me apetece la idea de cepillártelo.

—Puedes hacer lo que quieras —dijo él, encogiéndose de hombros.

«Me gustaría hacerte muchas cosas», pensó Jessica mientras daba un sorbo a su té. «Me gustaría besar y acariciar todo tu cuerpo, llevarte al abismo de placer al que tú me llevaste anoche…»

—Evie está preparando un filete a la plancha y ensalada para comer —dijo.

Sebastian gruñó.

—No puedo pensar en comida.

—No pienses en ella. Limítate a comerla.

Él le lanzó otra de aquellas pensativas miradas.

—Te gusta dar órdenes, ¿no?

—No, pero soy insoportablemente sensata «casi todo el tiempo», pensó Jessica—. Además, alguien tiene que dar las órdenes, o de lo contrario nunca se haría nada.

—¿Y por qué habría que hacer algo? —preguntó Sebastian, ligeramente irritado.

—No me vengas con esas, Sebastian. Imaginas que eres un espíritu totalmente libre viviendo en esta isla, pero te obligas a la disciplina de escribir tu libro casi todos los días porque, si no, no llegarías a terminarlo nunca.

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

—Porque es lo que he elegido hacer. Nadie me ordena hacerlo.

—Qué afortunado. Trata de recordar cuando eras pobre y verás que no tenías esa opción. Tenias que trabajar para vivir, y, normalmente, cualquier trabajo implica a alguien dando y recibiendo órdenes.

—Tienes una boca muy hábil, Jess. La verdad es que preferiría que la usaras para algo distinto a hacerme sentir como un tonto.

Jess se ruborizó ante la implicación de las palabras de Sebastian. El la miró, divertido.

—No me digas que nunca has hecho eso tampoco. Sería forzar demasiado mi credulidad.

Jessica apartó la mirada del escéptico rostro de Sebastian.

—Cree lo que quieras —dijo, sintiendo una dolorosa contracción en torno al pecho.

—Hey, no te enfades conmigo. Te creo. En serio. Lo único que sucede es que me cuesta acostumbrarme a que seas tan diferente a como pensé al principio que eras —Sebastian alargó una mano y acarició la mejilla de Jessica con ternura—. Y no es que me importe. Me gusta la Jessica que estoy descubriendo. Con unos labios tan sexys, y sin embargo tan inocentes…

En aquellos momentos, Jessica no sentía ninguna inocencia en sus labios. Anhelaba hacer con ellos todo lo que las palabras de Sebastian habían evocado en su mente. Cuando lo miró a los ojos, vio que había reconocido su disposición a hacer lo que fuera por él.

—¿Has cambiado ya de opinión? —murmuró Sebastian, deslizando la mano hasta la barbilla de Jessica.

—¿Sobre qué? —preguntó ella, aunque sabía a qué se refería.

—Sobre vender la casa. Yo me encargaré de cuidarla gratis… si

eso hace que sigas viniendo.

Jessica dudó.

—No… no he cambiado de opinión —dijo cuidadosamente—. Prefiero que no hablemos de eso ahora. Si lo hacemos, volveremos a discutir, y no quiero discutir esta mañana.

Sebastian bufó y luego hizo un movimiento con el brazo, abarcando la panorámica que se veía desde la casa.

—¿Cómo puedes preferir la ciudad a esto?

Jessica miró el valle, y a pesar de percibir su belleza y esplendor, para ella era sólo una vista. Si la viera todas las mañanas, se cansaría de ella.

—Es precioso —dijo—. Y sé apreciarlo. Es relajante y pacífico.

—Eso quiere decir que te parece un lugar bonito para ir de visita pero no para vivir en él —se burló Sebastian.

—No pienso dejar que me provoques esta mañana. Soy demasiado feliz.

El frunció el ceño un momento y luego sonrió. Fue una sonrisa muy sexy.

—¿Entonces qué me vas a dejar hacer?

—Nada de lo que no seas capaz, te lo aseguro —contestó Jessica, mirándolo con ojos traviesos mientras se llevaba la taza a los labios.

Sebastian le quitó la taza de las manos, la colocó junto a la suya sobre la barandilla y luego la estrechó entre sus brazos.

—Creo que esto debería esperar a que Evie se fuera después de la comida —dijo Jessica con firmeza—. Aunque a ti no te importe que lo averigüe, a mi sí.

Sebastian se limitó a besarla, y su beso fue tan inflexible como su actitud hacia mantener en secreto su aventura.

—Creía que habías dicho que no serías capaz —se burló suavemente Jessica cuando, finalmente, Sebastian apartó sus labios de los de ella. No había nada ni remotamente incapaz en lo que la presionaba con indisimulada urgencia contra el estómago.

Sebastian deslizó una mano tras su cabeza y volvió a besarla con más intensidad.

—Ahora ya lo sabes —murmuró contra sus labios.

—¿Qué sé? —susurró Jessica temblorosamente.

—Que soy un mentiroso.

Por un segundo. Jessica no supo qué pensar. Había algo intimidatorio en la forma en que Sebastian la estaba mirando. Pero entonces rió, le hizo darse la vuelta y la alejó de sí dándole una palmada en el trasero.

—Aléjate de mí, Satanás.

Aún ligeramente desorientada, Jessica se detuvo y lo miró por encima del hombro. Sebastian le sonreía con tanta dulzura que su

momentánea preocupación anterior parecía totalmente fuera de lugar. ¿Qué motivo podía tener para mentirle? No le había declarado su incondicional amor, ni le había propuesto matrimonio. Sólo estaban teniendo una aventura.

De manera que debía dejar de esperar más y hacer lo que se había prometido la otra noche. Aprovechar cada instante al máximo y dejar el futuro en manos del destino.

Se volvió con una expresión maliciosa en los ojos y caminó hacia Sebastian, disfrutando de su expresión de sorpresa cuando se arrimó a él, abriendo los brazos como para abrazarlo. Cuando se retiró, riendo, con las tazas vacías en sus manos, el entrecerró los ojos.

—Te voy a hacer pagar por esto —dijo en tono de advertencia.

—Ooh. Estoy aterrorizada.

—Deberías estarlo.

—Antes de que empiece mi castigo, ¿te importaría volver a llevarme de compras? Esta tarde tengo que hacerme sin falta las uñas de los pies.

—Déjame adivinar. ¿Compraste esmalte de color equivocado?

—No, olvidé comprar las bolitas de algodón. Hay que separar los dedos con las bolitas para que el esmalte no se extienda.

—¿Cómo no se me había ocurrido pensarlo? —se burló Sebastian.

—Porque no eres mujer. Y como ya he dicho, hoy no pienso picar en el cebo, Sebastian. Ahora, si no te importa ponerte una camisa, podríamos resolver esta pequeña emergencia antes de que Evie sirva la comida.

—Ya estás dando órdenes otra vez.

—Puedes castigarme por ello después —replicó Jessica, alejándose corriendo hacia la cocina antes de que Sebastian pudiera acusarla de que quería que le diera unos azotes.

—Sebastian va a llevarme de compras, Evie. No tardaremos.

—Más os vale. La comida estará lista en media hora. Luego tengo que irme corriendo, y no volveré hasta la cinco y media. ¿Qué piensas hacer esta tarde? Estoy segura de que Sebastian volverá trabajar en su novela en cuanto tenga el estómago lleno.

Jessica se encogió de hombros desenfadadamente.

—Oh, no sé. Estoy segura de que encontraré algo en que ocupar mi mente…

# Capítulo 12

—Parecéis muy animados esta noche —dijo Evie mientras servía la cena.

Jessica se llevó un trozo de carne a la boca, tratando de ocultar su sentimiento de culpabilidad. Aunque «culpabilidad» no era una palabra adecuada. No creía haber hecho nada malo pasando toda la tarde en la cama con Sebastian. Habían sido unas horas maravillosas, llenas de ternura y placer, pasión y diversión.

¡Sí, diversión!

Jessica sonrió al pensar en Sebastian pintándole las uñas después de que ella le cepillara el pelo y le diera un masaje deliciosamente sensual para librarlo de los últimos vestigios de la resaca. El había hecho un excelente trabajo con sus uñas tras un poco de práctica. Y para ella también había sido una experiencia sorprendentemente sensual el que un hombre le pintara las uñas.

Tal vez tuviera algo que ver con el hecho de tenerlo sentado entre las piernas mientras ella permanecía tumbada y totalmente desnuda. O la forma en que sus dedos acariciaban la sensible planta de sus pies. Cuando Sebastian terminó su tarea, a Jessica le costó un gran esfuerzo mantenerse quieta cinco minutos mientras se secaba el esmalte. Lo deseaba tanto que se dejó seducir fácilmente para acomodarse a él de formas más imaginativas que las habituales.

Nunca había imaginado que sus pechos pudieran ser utilizados de aquella manera. Y tampoco podría volver a hablar nunca de la inocencia de su boca.

—Jess y yo nos hemos hecho grandes amigos. ¿verdad? —dijo Sebastian traviesamente—. Finalmente decidí olvidar mi libro y hacer lo correcto con nuestra invitada.

—¿A dónde la has llevado? —preguntó Evie—. Teníais mucho donde elegir, ya que ayer sólo visitasteis Kingston y la Bahía Emily.

—A lugares en los que no había estado nunca.

Jessica deseó estrangularlo.

—Por supuesto que no ha estado antes en esos lugares —dijo Evie impacientemente—. Nunca había venido a Norfolk Island, ¿verdad, Jessica?

—No —fue todo lo que pudo decir Jessica, agachando su ruborizado rostro mientras tomaba un trozo de pan. ¡Le habría gustado metérselo entero en la boca a Sebastian!

—¿La has llevado a la bahía Anson? —preguntó Evie.

—Todavía no.

—¿Y a la cima del monte Pitt?

—No.

—¿Y a la bahía Cascade?

—No.

—¿Entonces, a dónde la has llevado?

—He querido volver a Kingston —mintió Jessica, tratando desesperadamente de que Evie no sacara la conclusión correcta—. Y he hecho más compras. Esas tiendas libres de impuestos son muy tentadoras.

—Te prometo que mañana le haré dar un paseo más detallado Evie —los maliciosos ojos de Sebastian estaban cargados de promesas cuando miró a Jessica.

Ella supo que sus mejillas se habían puesto intensamente coloradas, y, en esa ocasión, Evie se dio cuenta. Sus ojos fueron de Jessica a Sebastian antes de que una sonrisa iluminara su rostro.

—Me alegra mucho ver que os estáis llevando mejor que ayer —dijo en tono deliberadamente insinuante—. Estoy segura de que tu tía Lucy se habría alegrado mucho.

Jessica se mordió el labio al darse cuenta de que casi había olvidado por completo a su tía Lucy, por no mencionar todas las preguntas para las que tanto había anhelado encontrar respuestas el día anterior.

—Hablando de tía Lucy, hay algo que quería preguntaros a los dos —dijo—. Supongo que dejó algunos papeles, fotos y efectos personales en algún lugar. Me ha extrañado no ver ni una foto en toda la casa. ¿Están guardadas? Me gustaría verlas. Puede que encuentre alguna pista… ya sabéis…

—Hay una pequeña caja en el fondo de su armario —dijo Sebastian bruscamente—. Tiró un montón de cosas cuando supo que estaba a punto de morir, pero puede que encuentres algo en lo que dejó, aunque lo dudo.

—¿Por qué?

—Yo mismo examiné la caja mientras buscaba su testamento. No encontré en ella nada relacionado con la marcha de tu madre. Pero sí hay algunas fotos que probablemente querrás ver. No pensé en dártelas. Lo siento. Ha sido un descuido imperdonable por mi parte.

—Debería habértelas pedido antes. No sé en qué estaba pensando.

—No tiene importancia —dijo Evie amablemente—. Puedes mirarlas en cuanto termines tu té.

—Me parece buena idea —Jessica ya estaba deseando hacerlo, esperando encontrar algo que rellenara en parte el rompecabezas.

—Pero no te crees demasiadas esperanzas —dijo Sebastian en cuanto Evie salió de la habitación.

—Puede que vea algo que tú no viste —contestó Jessica—. Una mujer tiene una perspectiva diferente a la de un hombre.

—Cierto. Pero no empieces a imaginarte cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Sebastian se encogió de hombros.

—Quién sabe. Las mujeres tenéis una capacidad especial para el melodrama. Veis problemas donde no los hay. Aunque haya una respuesta sencilla a un problema, buscáis otra. Y preferís mentiros a vosotras mismas o a los otros antes que aceptar una respuesta que no os agrada.

—Yo no soy así. Soy clara y directa. Y no miento.

—¿Quieres poner esa afirmación a prueba?

—De acuerdo.

—¿Cuántos amantes has tenido antes de mí?

—Tres.

Sebastian se mostró sorprendido, pero también satisfecho.

—Por lo que he podido darme cuenta, tres idiotas. Hiciste bien librándote de ellos.

—Estoy totalmente de acuerdo. Prefiero tenerte a ti en mi cama.

—Espero que recuerdes eso cuando el mes acabe.

—Espero que tú también lo recuerdes.

—¿Crees que voy a ir tras de ti? No lo haré, y lo sabes. Pero te deseo, Jess, y no sólo por un miserable mes. Y te advierto que cuando quiero algo puedo ser muy cabezota.

—Yo también, así que, te sugiero que reconsideres tu idea de no ir a Sydney. Al menos, podrías ir de vez en cuando.

La mirada de Sebastian se oscureció.

—¡Eres una mujer realmente testaruda!

—Eso dicen.

—Te advierto que haré trampas.

—Esto no es un juego, Sebastian. No me gusta jugar con mi vida.

—No. Tienes razón. No es un juego. Es algo mortalmente serio. Recuérdalo.

Jessica lo miró y vio a un Sebastian que no había visto antes. Un Sebastian implacablemente decidido.

Jessica tembló con una mezcla de excitación sexual y temor. Porque supo que Sebastian tenía intención de utilizar su recién descubierta sensualidad contra ella.

La idea resultaba excitante. Negarlo habría sido mentir. Sebastian era demasiado hábil en el arte de amar. Y tenía mucha más experiencia que ella. No había duda de que podía llevarla a lugares en los que no había estado nunca. Lugares oscuros, fascinantes.

Pero era posible que no debiera dejarse llevar a alguno de

aquellos lugares. Podría resultar peligroso dejarse excitar hasta el punto de perder el control.

—Tú… nunca me harías daño, ¿verdad, Sebastian? —preguntó con voz ligeramente temblorosa.

Sebastian abrió los ojos de par en par, sorprendido.

—¡Por supuesto que no! ¿De qué creías que estaba hablando?

—No estoy segura. ¿De qué estabas hablando?

—Sólo quería decir que voy a ser tan bueno contigo en todos los aspectos que no podrás soportar dejarme.

Si no tenía cuidado, acabaría haciendo lo que él quisiera. Ciegamente. Sin pensar.

Se vio a sí misma sin vender la casa, sin irse de Norfolk Island al finalizar el mes. Tal vez incluso dejaría su trabajo en Sydney para vivir con él. Sin embargo, sabía que no funcionaría. Sebastian no la amaba. Además, ella no quería quedarse a vivir allí para siempre.

—Di algo, Jess —dijo Sebastian, mirándola.

—¿Qué te gustaría que dijera?

—Dime que me deseas tanto como yo a ti.

—Ya sabes que sí —contestó ella con voz ronca.

—No me mentirías, ¿verdad?

—No.

Sebastian sonrió al oírla, y su sonrisa conmovió el corazón de Jessica como no lo había hecho antes la de ningún otro hombre.

Entonces supo que sus sentimientos eran algo más que deseo. Estaba enamorada de él.

# Capítulo 13

—Tenías razón —dijo Jessica, suspirando a la vez que alzaba la vista de la caja—. No hay nada. Ni una mención de mi madre. Ni siquiera una vieja fotografía de ella.

Jessica estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama de Sebastian mientras éste se hallaba sentado frente a su mesa. Había estado escribiendo mientras ella revisaba el contenido de la caja.

—Traté de decírtelo, Jess —dijo con suavidad—. Pero ver es creer.

Jessica frunció el ceño.

—Tía Lucy debió quemar muchas cosas. Aquí no hay demasiado. Lo único que me gustaría guardar son estas fotos de mis abuelos y de Lucy cuando era pequeña. Oh, y supongo que no puedo tirar la de la boda. Desde luego, su marido era un hombre muy atractivo. Podría haber sido actor de cine. No me extraña que se colara por él.

—Atractivo es todo lo que era —dijo Sebastian bruscamente—. Era un miserable.

—No digo que no lo fuera. Sólo digo que era guapo. ¿Sabes algo sobre su pasado, o sobre su familia?

—No. Y creo que Lucy tampoco sabía gran cosa. Llegó a la isla siendo joven, consiguió trabajo en un barco de pesca y se casó con Lucy a los pocos meses. Puede que mi opinión resulte un tanto cínica, pero en vista de lo que Lucy descubrió sobre él tras su muerte, me atrevería a decir que se casó con ella para asegurarse de que nunca lo echaran de isla, y no por amor. Casarse con un isleño es la forma más rápida y segura de conseguir un permiso de estancia permanente. También puedes conseguirlo comprando un negocio y trabajando en él cinco años, pero sospecho que a un hombre como Bill Hardcourt le gustaban las cosas rápidas.

—¿Quién le contó a tía Lucy que su marido la engañaba? —preguntó Jessica.

—El médico que diagnosticó su cáncer. Al parecer, conocía a Lucy desde siempre. Le dijo que siempre se había sentido culpable de que ella creyera que era estéril, cuando en realidad sospechaba que su marido se había hecho la vasectomía. Al parecer, poco después de la muerte de Bill, el doctor oyó decir que una noche que Bill había estado bebiendo más de la cuenta había ido diciendo por ahí que se había hecho un arreglo para poder tener aventuras sin consecuencias. También dijo que había conseguido muchas. El doctor recordaba que en la época en que Lucy se comprometió con

Bill, tenía una joven paciente que se negaba a dar el nombre del padre de su bebé porque era un hombre comprometido y no quería causarle problemas. Consecuentemente, fue a Sydney a abortar y nunca volvió. Ya que Bill había muerto cuando el médico averiguó todo esto, nunca le dijo nada a Lucy, hasta ese día en que decidió explayarse.

Sebastian frunció el ceño con desagrado.

—Personalmente, creo que debería haber mantenido la boca cerrada. Tranquilizó su conciencia a base de destruir la paz mental de Lucy.

—Tienes razón, Sebastian. No debió decírselo. Debió de ser terrible para tía Lucy descubrir que el hombre al que había amado todos aquellos años no fue más que un miserable mentiroso.

—Creo que, en el fondo, Lucy debía sospechar la verdad, pero se negó a aceptarla hasta que se encontró frente a la evidencia.

—Sí, viviendo en una pequeña comunidad como ésta, debió oír rumores sobre su marido.

—Evie dijo que todo el mundo sabía que Bill era un mujeriego. Incluso se dice que no cayó por la borda por accidente. El dueño del barco en el que estaba pescando tenía una mujer muy guapa.

—¡Se lo tenía merecido!

—Estoy de acuerdo —dijo Sebastian tensamente—. No hay nada peor que los maridos infieles. Y las esposas —añadió con amargura.

Al escuchar aquello, Jessica se puso repentinamente alerta.

—¡Eso es, Sebastian! ¡Eso es!

—¿Qué?

—Esa joven. La que se quedó embarazada poco antes de que Lucy se casara con ese tipo. Mi madre debió descubrirlo y se lo dijo a Lucy, pero Lucy no la creyó. Sin duda, Bill debió contarle un montón de mentiras para defenderse. Probablemente dijo que mi madre era una mentirosa. Puede que incluso le hiciera elegir a Lucy entre él y su hermana —Jessica estaba muy excitada pensando que había encontrado la solución al enigma—. ¿Qué te parece? —preguntó ansiosamente—. ¿Piensas que tengo razón?

Sebastian se mostró irritantemente poco entusiasmado.

—Podría ser.

—Crees que estoy siendo melodramática, ¿verdad?

—No. Estoy seguro de que a cualquier otra mujer se le habría ocurrido una historia más tórrida.

Jessica suspiró, satisfecha.

—Ahora me siento mucho mejor. Por fin sé lo que pasó. Evie me dijo que un día vio a mi madre y a ese desagradable Bill discutiendo a un lado de la carretera. Mi madre llegó a empujarlo. Fue muy valiente por su parte hacerlo, ¿no? Bill era un hombre grande y

fuerte.

—Sí, tu madre fue muy valiente.

—Que lástima que Lucy no la creyera.

—Es difícil pensar mal de alguien a quien amas y en quien confías sinceramente.

—Supongo —dijo Jessica, mirando a Sebastian especulativamente—. No estarás tratando de decirme algo, ¿verdad? No serás un asesino en serie, o un ladrón internacional de joyas, o un malversador de fondos.

—No exactamente.

—Pero hay algo, ¿verdad? ¿Qué es lo que no me has contado, Sebastian?

—¿Por dónde quieres que empiece? —dijo él de mala gana.

—Por donde te apetezca. Quiero saberlo todo sobre ti.

—¿Todo?

—Si, todo.

La mirada de Sebastian se tomó fría.

—En ese caso, supongo que querrás saber algo sobre mi matrimonio.

Jessica se quedó sin aliento. Aquello era algo en lo que no se le había ocurrido pensar. ¡Sebastian casado! ¡Oh, Dios! Aquello era mucho peor que la posibilidad de que se hubiera acostado con tía Lucy. ¡Muchísimo peor!

—Y sobre mi divorcio —añadió él, y Jessica estuvo a punto de romper a llorar de alegría.

Pero entonces pensó en otra posible consecuencia y frunció el ceño.

—¡No me digas que tienes hijos!

Sebastian rió, pero el sonido de su risa no fue especialmente agradable.

—Agradezco a Dios a diario que Sandra se negara a tenerlos. Se suponía que estaba esperando a que yo llegara a tener una buena posición económica antes de dar el gran paso de estropear su figura por tener familia.

De pronto, Jessica percibió el verdadero dolor de Sebastian y se sintió conmovida. Deseó acariciarlo y consolarlo. Bajó de la cama y fue a sentarse en su regazo, rodeándole el cuello con los brazos.

—Te hizo mucho daño, ¿verdad? —dijo con suavidad.

—Supongo que sí.

—¿Era muy hermosa?

—Por fuera. Su físico me ocultó su fea alma.

—¿Qué hizo, Sebastian? Cuéntamelo.

—No me gusta hablar de ello.

—Pero debes hacerlo.

Sebastian suspiró y la estrechó entre sus brazos.

—Sí, tienes razón. Debo hacerlo. Lucy siempre decía que no me libraría de ello definitivamente hasta que no me lo sacara de la cabeza hablando.

—¿Hablaste con Lucy sobre ella?

—No en detalle. Sabía que estuve casado. Y que mi matrimonio no tuvo un final feliz. Eso es todo.

Jessica no pudo evitar alegrarse de que Sebastian hubiera decidido confiarse a ella y sólo a ella.

—¿Te fue infiel tu esposa? —preguntó con dulzura.

—Continuamente.

Jessica apenas pudo creerlo. Si ella hubiera estado casada con Sebastian, nunca se le habría ocurrido mirar a otro hombre.

—¿Pero por qué no la dejaste? ¿Por qué lo soportaste?

—Porque no sabía que me engañaba. Ya conoces el adagio. El amor es ciego. Sólo lo averigüé cuando ella cometió el error de elegir a un tipo que trabajaba en el mismo banco que yo. Lo conoció en un bar y le dio un nombre falso para cubrir las pistas. Por supuesto, no tenía idea de que aquel donjuán tenía oculta una cámara de vídeo en su apartamento. Al tipo se le ocurrió llevar algunas instantáneas del vídeo al trabajo para enseñárselas a los amigos. Cuando un colega mío reconoció a la morena que aparecía explícitamente desnuda sobre una mesa, tuvo la decencia de explicarme la situación. Se lo agradecí mucho.

—¡Oh, Sebastian! ¡Debió de ser terrible para ti! ¿Qué hiciste?

—¿Que qué hice? Cambié de trabajo y me divorcié de mi mujer.

—No me lo estás contando todo. Dame más detalles.

—De acuerdo. Le di unos cuantos puñetazos al donjuán, me despidieron, fui a casa, recogí mis cosas, tomé un taxi hasta la agencia de publicidad en la que trabajaba Sandra, le enseñé la foto y le pregunté por qué.

Jessica también quiso saber por qué.

—¿Sabes lo que dijo? —continuó Sebastian en tono mordaz—. Dijo que todo era por mi culpa, que la había descuidado. Se aburría pasando tantas tardes en casa sola mientras yo trabajaba hasta altas horas de la noche. Debería mencionar que trabajaba tanto sólo para complacer sus caprichos. A Sandra le gustaban las cosas buenas de la vida. Cuando le pregunté cáusticamente cuánto tiempo llevaba aburrida, me confesó que todo empezó una año después de casarnos. Me aseguró que nunca había tenido aventuras largas, que sólo duraban una noche. Por alguna razón, pensaba que eso supondría alguna diferencia. De hecho, me dijo que aún me amaba.

Jessica imaginó lo que debió sufrir Sebastian en aquella situación.

—Esa noche me trasladé a Sydney, me hice el primero de una serie de análisis médicos, conseguí un trabajo mejor, trabajé sin descanso, acumulé mucho dinero, y luego, tras un año de análisis médicos, empecé a seducir a cada mujer que me sonreía. Créeme si te digo que no me costaba mucho llevármelas a la cama.

Jessica lo creyó.

—¿Qué sucedió con todo el dinero que ganaste?

—No quiero hablar de dinero, Jess —replicó él, tenso.

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué decidiste venir a Norfolk Island?

—Una mañana me levanté y no me gustó lo que vi en el espejo.

—¿Qué viste?

—Una ruina de hombre que se odiaba a si mismo y a todo lo que lo rodeaba. Sentí que el aire de aquel lugar me ahogaba. Tuve que ir a algún sitio en el que pudiera respirar. Así que conduje al aeropuerto y elegí el primer vuelo a una isla pequeña en el que había un asiento libre. El avión vino aquí. Fui un hombre afortunado.

—Desde luego, ya no eres una ruina de hombre —dijo Jessica, agarrando el rostro de Sebastian entres sus manos y besándolo con suavidad en las sienes, en la frente, en los párpados. Luego, se echó hacia atrás y él abrió los ojos para mirarla.

—¿Qué? —preguntó instintivamente, sabiendo que Jessica quería preguntarle algo.

—Debo saberlo, Sebastian. No te enfades conmigo. ¿Te acostaste con mi tía Lucy? —preguntó ella, conteniendo el aliento a continuación.

—Nunca —contestó él con firmeza, y ella dejó escapar el aire de sus pulmones—. Ya te lo dije. Nuestra relación fue platónica. Desde que estoy en la isla no me he acostado con ninguna mujer, hasta que has llegado tú.

Sebastian la miró a los ojos con gran intensidad.

—Te quiero, Jess. Estoy seguro de que a estas alturas ya lo sabes.

Jessica sintió tal alegría rebosando en su corazón que no pudo pronunciar palabra.

—Me enamoré de ti a primera vista —continuó Sebastian con voz espesa—. Me enfurecí conmigo mismo, por supuesto. Y contigo. Porque temí que fueras otra Sandra. Para cuando comprendí mi error ya me había ganado tu antipatía. No tienes idea de cómo me sentí la noche que aceptaste mi desesperada oferta. En ese momento, decidí que iba a hacerte el amor como nunca te lo había hecho otro hombre. Pensé, «voy a demostrarle cuánto la amo. La ganaré con el poder de mi deseo, la volveré loca de pasión, la

seduciré con el sexo».

—Y lo hiciste, amor mío. Lo hiciste. Estoy desesperada y ciegamente enamorada de ti.

Jessica empezó a besar el rostro de Sebastian, primero con suavidad, y luego más apasionadamente. Cuando finalmente lo besó en la boca, él la estrechó entre sus brazos y le devolvió el beso con un deseo tan explosivo como su necesidad. Se levantó y la llevó a la cama, tumbándose con ella para hacerle el amor de una forma salvajemente primitiva. Ella lo abrazó largo rato después, acariciándolo y amándolo hasta que cayó dormido entre sus brazos.

# Capítulo 14

—¿Vas a escribir esta tarde? —le preguntó Jessica a Sebastian mientras fregaban al día siguiente. Había pasado toda la mañana intentando limpiar la casa mientras Sebastian no dejaba de hacer el tonto tratando de acariciarla a cada instante. Y de besarla. Finalmente logró seducirla sobre la mesa del comedor. Jessica apenas tuvo tiempo de ponerse los pantalones antes de que apareciera Evie para preparar la comida.

Sebastian suspiró con desgana.

—Supongo que será lo mejor. ¿Te importa que lo haga?

—En absoluto. Yo tengo que dedicarme un rato a la jardinería —dijo Jessica y él arqueó las cejas—. Sí, señor —continuó, asintiendo enfáticamente—. El otro día descubrí que me gusta la jardinería. Ahora di «te lo dije» y así dejamos zanjado el asunto.

—Te lo dije.

—Pero no te hagas ilusiones. Eso no significa que no vaya a vender la casa cuando finalice el mes.

—¿Quieres apostar algo? —preguntó él.

Jessica rió mientras se secaba las manos con el trapo de cocina que sostenía Sebastian y luego salió a seguir con su labor en el jardín. Si no iba a vender la casa, cosa bastante posible en aquellos momentos, más le valía mantenerla reluciente. Aunque no pensaba decírselo todavía a Sebastian, por supuesto.

Estaba arrodillada sobre la hierba, a punto de empezar con las flores que se hallaban junto a la escalera, cuando unas largas y morenas piernas aparecieron a su lado.

—Hola —saludó la dueña de las piernas cuando Jessica se levantó, con las tijeras de podar en la mano—. Tú debes de ser la sobrina perdida de Lucy. Yo soy Myra. Solía hacer la colada para Lucy cuando esto era una casa de huéspedes. Ya que has contratado a Evie para hacer la comida, me preguntaba si te interesaría contratarme para lavar y planchar mientras estás aquí.

Jessica miró a Myra de arriba abajo con interés, pensando automáticamente en Sebastian.

La chica debía de tener unos diecinueve años. Era muy atractiva, con una boca carnosa, figura curvilínea y un pelo largo liso y castaño. Una auténtica tentación para cualquier hombre, concedió Jessica.

—Lo siento —empezó a decir, tratando de mostrarse amable a pesar de la punzada de celos que sintió automáticamente—, pero no

tengo mucho que lavar ni planchar. No lo suficiente como para contratar a alguien.

—Pero no estás sola, ¿verdad? —replicó Myra—. Sebastian sigue viviendo aquí, ¿no?

—Sí, pero sabe cuidar de sí mismo bastante bien.

—¿En serio? No parecía saber hacerlo cuando Lucy estaba viva. Ella lo mimaba muchísimo. Demasiado —dijo la joven despectivamente—. Un hombre como él nunca se habría casado con una vieja como ella, por mucho dinero que tuviera. Si Sebastian se casa con alguien en Norfolk —añadió, inclinando la cabeza para echarse el cabello sobre los hombros—, será con alguna chica joven y guapa.

Jessica fue objeto de una penetrante mirada.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? —continuó Myra—. Se dice por ahí que piensas vender y volver a Sydney.

—Puede que lo haga —dijo Jessica lentamente—. Y puede que no.

La joven entrecerró los ojos. Estos no eran lo mejor que tenía, y entrecerrados, resultaban incluso desagradables.

—¿Está Sebastian dentro? Me gustaría hablar con él.

—Está ocupado escribiendo —dijo Jessica con firmeza—, y no le gusta que lo molesten. ¿Quieres que le de algún recado?

—¿Sigue escribiendo esa tontería de libro? Pensé que dejaría de hacerlo tras la muerte de Lucy. Estoy segura de que sólo lo hacía para caerle bien. Por lo que pude ver, hacía muchas cosas para caerle bien. Aunque finalmente no le sirvió de nada. Lucy no le dejó nada en su testamento, ¿no? Parece que ahora tendrá que conseguir un trabajo de verdad, O eso, o pegarse a otra mujer rica.

—Creo que será mejor que te vayas, Myra —dijo Jessica con frialdad—. Ya sabes que no es buena idea ir por ahí calumniando a la gente. Puede que un día te encuentres con algún problema.

—Yo no calumnio a nadie —dijo la joven, haciendo un puchero infantil—. Sólo digo las cosas como son. Sebastian asegura que no se acostaba con tu tía. Pero lo hacía. Lo sé con certeza. Yo tendría cuidado con él si fuera tú. Eres mucho más atractiva que tu tía.

—Quiero que sepas que Sebastian no se acostaba con Lucy —dijo Jessica, tratando de controlar su genio—, y si me entero de que te dedicas a propagar ese rumor por ahí, ¡te aseguró que te denunciaré por difamación!

—No necesito propagar lo que ya sabe todo el mundo. Si eres lo suficientemente incauta como para creerte las mentiras de Sebastian, allá tú. Sólo recuerda lo que te he dicho cuando él te asegure que está enamorado de ti y que quiere casarse contigo. No sería la primera vez que alguien del continente se casara con un

isleño por motivos ajenos al amor.

—Si Sebastian quisiera un certificado de matrimonio con una isleña, no habría tenido ninguna dificultad en conseguirlo habiendo chicas tan tontas como tú por aquí —dijo mordazmente—. Y ahora, vete de una vez. Tengo mejores cosas que hacer que escuchar tus cotilleos.

La joven bufó unos momentos antes de girar sobre sí misma y alejarse a grandes zancadas, melena al viento.

Jessica estaba observando cómo se alejaba cuando Sebastian bajó los escalones de la casa.

—¿Qué quería Myra? —preguntó.

—Recuperar su viejo trabajo —dijo Jessica.

Sebastian la miró, horrorizado.

—No la habrás contratado, ¿no?

—No.

—Gracias a Dios. Es una obsesa del sexo. Me ha dejado claro muchas veces que podría tenerla cuando quisiera. Por muy desagradable que me haya mostrado con ella, nunca ha captado el mensaje. Me alegré cuando Lucy cerró la casa después de navidades y Evie pudo librarse de ella.

—Ella también ha dicho unas cuantas cosas bonitas sobre ti.

—Lo supongo. No hay nada peor que una mujer despechada.

—Ha sugerido que tal vez intentes casarte conmigo por razones ajenas al amor.

—¿En serio? ¿Y la has creído?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no encajaba contigo.

—No encajaba conmigo —repitió él, moviendo la cabeza, divertido.

—He supuesto que, si hubieras querido casarte con una isleña para conseguir un permiso de estancia indefinida, o por los impuestos, ya lo habrías hecho a estas alturas. Myra habría estado muy dispuesta. Además, no me has pedido que me case contigo. Todavía.

—¿Quieres que lo haga?

—No. Pero sí hay una cosa que me gustaría preguntarte —añadió Jessica.

—¿Sólo una cosa? —se burló Sebastian.

—No te hagas el chistoso. Quiero saber por qué tienes tal surtido de preservativos a mano si se supone que llevabas una vida de celibato.

Un tono rojizo decididamente culpable tiñó las mejillas de Sebastian, y Jessica sintió que el estómago se le encogía.

—Los compré —confesó él bruscamente.
—¿Pero por qué? ¿Y cuándo?
—El día que te llevé a comprar el esmalte para las uñas. ¿Recuerdas que me compré un cepillo para el pelo? Pues también compré un par de cajas entonces.
—Un par de cajas —repitió Jessica, aturdida, consciente de que la mayoría de las cajas de preservativos contenían doce unidades—. ¿Compraste dos docenas de condones cuando pensabas que yo te odiaba, y viceversa?
—No puedes culpar a un hombre por tener esperanzas. O por estar preparado.
—¿Ya tenías planeado seducirme entonces?
—¡Algo tenía que hacer, Jess! Estaba loco por ti, y muy enfadado conmigo mismo por cómo te estaba tratando. Esa tarde decidí cambiar de táctica.
—¿Y asumiste que yo picaría el anzuelo?
—No lo asumí, Jess. Pero tenía la esperanza de que sucediera —Sebastian le dedicó una sonrisa muy sexy—. Suelo tener bastante éxito con las mujeres… cuando me lo propongo.
—Eres un miserable arrogante, ¿lo sabes?
—Trato de no serlo —dijo Sebastian, y atrayéndola hacía sí, la besó hasta que Jessica sintió que se derretía—. ¿Qué te parece venir a la cama y hacerme el amor apasionadamente un rato? —sugirió —. Luego podrías leer mi libro. Por lo menos, lo que he escrito hasta ahora.
—¿Me dejarías?
—¡Por supuesto! Mi cuerpo está siempre a tu completa disposición.
—No seas tonto —Jessica le golpeó juguetonamente en el pecho —. No me refería a eso, y lo sabes. Me refiero a lo de leer tu manuscrito.
—Estoy teniendo problemas con el final —admitió él—. Quiero que leas lo que he escrito; luego te cuento cómo pienso continuar y tú me dices lo que te parece.
—Leer lo que has escrito podría llevarnos horas.
—¿Por qué crees que primero he sugerido lo de la cama? —Sebastian la tomó en brazos y entró con ella en la casa.
—Eres un hombre muy taimado.
—Y tú eres una mujer maravillosa.
—Esa clase de halagos no te llevarán a ningún sitio.
—También eres preciosa, inteligente, e increíblemente sexy.
—Ah, ahora estás hablando de verdad…
—Basta de charla —murmuró Sebastian mientras la tumbaba en la cama y empezaba a quitarle los pantalones cortos—. Los únicos

sonidos que quiero oír durante la próxima hora son «mmm», y «aah», y «ooh».

Más tarde, después de haber hecho el amor durante horas y tras abandonar la idea de que Jessica leyera el manuscrito aquel día, Sebastian la llevó a nadar a la bahía Emily.

Fue todo un acontecimiento en su vida.

Porque le encantó. Le gustó el aislamiento. Le gustaron las aguas cálidas y tranquilas. Disfrutó de la paz que rodeaba su cuerpo mientras flotaba en el agua, sintiendo un intenso placer al pensar que, estuviera donde estuviera, nunca volvería a sentirse sola si Sebastian estaba con ella.

Después, cuando volvían a casa, Sebastian insistió en que visitaran la antigua cárcel para que ella pudiera entender mejor el libro.

—¡Pero sólo tengo puesto el bañador! —protestó Jessica.

—Mira a tu alrededor. No hay nadie. Este lugar está desierto. Además, empieza a anochecer.

Finalmente, Jessica cedió y bajó del coche, siguiendo los pasos de los convictos mientras Sebastian relataba los crueles e inhumanos tratos a que eran sometidos por sus guardianes.

—Entiendo que este lugar te inspirara la idea de escribir un libro —dijo cuando volvieron al coche. Del sufrimiento humano siempre podía surgir un gran drama, y aquellas ruinas tenían todos los ingredientes necesarios para una historia fantástica—. Pero aún no me has hablado del argumento, ni de los personajes.

—He decidido no hacerlo. Prefiero que leas el manuscrito.

—Entonces será mejor que me lleves a casa para que pueda empezar.

Sebastian la miró y Jessica se sintió conmovida por su expresión, tan llena de amor y felicidad.

—¿Qué he dicho?

—Has dicho «casa», no «la casa de Lucy».

Ella sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Es cierto.

—No la venderás ahora, ¿verdad? —preguntó él con suave insistencia—. Te quedarás aquí… en la isla… conmigo.

Sebastian se inclinó para besarla antes de que pudiera contestar. Pero la respuesta de Jessica le dijo todo lo que necesitaba saber.

—¿Quieres decirme algo, cariño? —le preguntó Evie a Jessica al día siguiente, después de comer. Sebastian estaba en su cuarto, tratando de escribir, y Jessica estaba ayudando a Evie a recoger.

Jessica trató de hacerse la tonta, pero luego decidió que Evie no se lo merecía. Tendría que haber estado ciega y sorda para no darse cuenta de lo que estaba pasando.

—Supongo que te refieres a que Sebastian y yo somos amantes.

Evie asintió.

—Supongo que sí.

—¿Crees que tía Lucy se habría sentido decepcionada conmigo? ¿O que se habría enfadado?

—¡Oh, no! Le habría encantado.

—¿En serio? No estoy muy segura de eso. Creo que tía Lucy estaba un poco enamorada de Sebastian.

—En eso te equivocas. Puede que le pareciera atractivo, ¿pero a qué mujer no le sucedería eso? Sebastian es un hombre muy sexy. Si hubiera tenido veinte años menos, es posible que yo misma hubiera coqueteado con él. No, Lucy sólo amó a un hombre en su vida, y ese fue Bill. Pero admiraba a Sebastian y pensaba que tenía muchas cualidades. Le habría encantado verte casada con él.

—¿Por qué asumes que me casaré con él?

Evie pareció perpleja.

—Estás enamorada, ¿no? Es evidente. Puedes llamarme anticuada, pero tal y como lo veo, la gente enamorada suele casarse, si no hay motivo que lo impida. ¿Hay algún motivo por el que no puedas casarte, querida? ¿Tienes algún novio en Sydney?

—No…

—¿Entonces, qué te lo impide?

—Sí, ¿qué te lo impide? —preguntó Sebastian en cuanto Evie se fue después de la comida.

Jessica frunció el ceño hasta que por fin comprendió a qué se refería. Entonces chasqueó los dedos.

—Los espías no oyen nunca nada bueno sobre sí mismos.

—Sólo he oído ese trocito. Iba camino del baño. ¿Y bien? ¿Vas a casarte conmigo?

—No quiero hablar de matrimonio por ahora, Sebastian. Llámame precavida si quieres, pero no puedo evitarlo. Te quiero y me sentiré feliz volviendo a vivir aquí contigo. Pero el matrimonio es un paso muy serio y necesito más tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso de volver? ¿Por qué no te quedas?

—Tengo que volver a Sydney, al menos una temporada.

—¿Por qué? Puedes llamar para decir que dejas tu trabajo.

—No quiero hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque no se sabe si algún día querré volver a recuperarlo.

—¿No crees que nuestra relación vaya a durar?

—¿No te fías de que me vaya a Sydney, aunque sólo sea una breve temporada?

—Supongo que sí.

—Estupendo —dijo Jessica.

Cuando Sebastian fue a tomarla en sus brazos, ella se alejó.

—Oh, no. Será mejor que vuelvas a tu cuarto y sigas escribiendo unas horas.

—Sigo sin pillar el ritmo.

—¿Cómo vas a hacerlo si no paras de buscar otras cosas que hacer?

—Esas cosas me gustan más —protestó él—. Además, estoy esperando a que termines de leer lo que he escrito para que me des tu veredicto.

—Terminaré de leerlo después de cenar si me dejas sola. ¡Ahora vuelve al trabajo! —ordenó Jessica, señalando la puerta.

—Aguafiestas —murmuró Sebastian mientras salía—. ¡Tirana! —dijo, volviéndose a mirarla por encima del hombro—. ¡Habrías sido una buena guardiana en el presidio!

# Capítulo 15

Tres semanas después, y sólo dos días antes de irse, Jessica estaba plácidamente sentada en la galería trasera cuando tuvo un pensamiento que le produjo cierta sensación de culpabilidad. Desde su llegada a la isla no había escrito a ninguno de sus conocidos en Sydney, ¡ni siquiera había enviado una postal!

Se mordió el labio inferior mientras se recriminaba por su falta de consideración. Era como si tras haberse enamorado de Sebastian hubiera olvidado su vida fuera de la isla.

No había duda de que era una mujer distinta a la que bajó del avión que la llevó a Norfolk. ¡No había vuelto a cerrar el coche con llave ni una vez! Pero sobre todo, ahora era capaz de estar sentada en la galería trasera más de una hora sin hacer otra cosa que disfrutar de la cálida brisa y la belleza de la vista que se extendía ante sus ojos.

A veces pensaba que su necesidad de mantenerse constantemente ocupada cuando estaba en Sydney se debía a lo terriblemente sola que se sentía.

Pero ya no estaba sola. Y también empezaba a comprender lo que Sebastian veía en Norfolk Island y en su relajado estilo de vida. Estaba deseando terminar con su trabajo en Sydney, poner su piso a la venta y volver a vivir a la isla cuanto antes.

A Sebastian seguía sin hacerle demasiada gracia que se fuera a Sydney, pero ella se había mantenido firme en su decisión, pensando que una corta separación les vendría bien a los dos. Su relación durante el pasado mes había sido tan intensamente sexual que a veces resultaba difícil ver las cosas con claridad. Además, a Sebastian también le vendría bien pasar un tiempo a solas para terminar su libro. Ya había resuelto cuál sería el final y sólo tenía que ponerse a escribirlo.

Jessica disfrutó enormemente leyendo la primera parte, que trataba de un noble inglés que fue traicionado por su joven y envidioso hermano y fue enviado a la terrible prisión de Norfolk Island. El libro narraba su dura estancia en la isla y sus numerosos intentos de fuga, hasta la última y definitiva. Jessica pensó de inmediato que los lectores querrían saber qué fue del noble ingles tras su huida, y así se lo hizo saber a Sebastian, que estuvo de acuerdo en que podía escribir una continuación si el libro tenía éxito.

—Me voy —dijo Evie, sobresaltando a Jessica y sacándola de su

ensimismamiento—. Veo que sigues soñando despierta.

—Estaba pensando en el libro de Sebastian.

—Va a ser todo un éxito, ¿verdad?

—Eso creo.

—Lo quieres mucho, ¿verdad, cariño?

—Más de lo que puedo expresar.

—Es un buen hombre. Lucy estaría encantada.

En aquellos últimos días Jessica era capaz de pensar en su tía sin ningún resentimiento, sintiendo mucho más cariño por ella.

—Ojalá hubiera tenido la oportunidad de conocerla personalmente —dijo, suspirando—. Y de cuidar de ella. ¿Sufrió mucho al final?

—Terriblemente. El doctor solía darle morfina, pero ella decía que le hacía perder la cabeza y no le gustaba tomarla. Pero a veces no le quedaba más remedio que hacerlo.

—Cuánto siento no haber estado aquí para ayudarla.

—No fue culpa tuya, Jessica. Ahora debes pensar en lo feliz que se sentiría Lucy sabiendo que has decidido no vender la casa. El hecho de que no pienses seguir utilizándola como casa de huéspedes no le habría importado. Lo que de verdad deseaba era que permaneciera en la familia. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás en volver?

—No estoy segura, pero espero que no más de cuatro semanas. Sebastian cuidará la casa por mí mientras tanto. Pero te aseguro que volveré.

—Lo sé. Ahora debo irme. Espero a unos amigos en casa dentro de un rato. Hasta mañana.

—Adiós, Evie. Gracias por la estupenda comida.

—De nada.

La conversación con Evie sobre su inminente marcha a Sydney hizo que Jessica tuviera otro sentimiento culpable. Durante aquel mes no había llamado ni una sola vez a su trabajo. Al menos, podía haberse molestado en llamar a Mark para saber qué tal se las estaba arreglando. Había sido un terrible descuido por su parte.

Aunque a Mark tampoco le importaría demasiado cuando supiera que ella iba a dejar su trabajo. Era un joven muy ambicioso y sería un excelente jefe de relaciones públicas del hotel. Jessica tenía intención de recomendarlo para el puesto.

Pensando que tal vez estaría bien llamarlo en aquel momento para ver qué tal iban las cosas, se levantó y fue al cuarto de estar en el que se hallaba el teléfono.

Se sentó en el sofá, descolgó el auricular y marcó el número de su despacho. La respuesta de Mark fue rápida y vigorosa.

—Relaciones públicas. Mark Gosper al habla.

—Mark, soy Jessica.

—¡Jessica! Cuánto me alegro de oírte. No me digas que no piensas volver el lunes. Las cosas están bastante agitadas por aquí. Te necesito.

—¿Que me necesitas? —repitió Jessica, riendo—. Eso sí que es una novedad. Suelo ser yo la que te necesita a ti.

—Nunca supe cuánto trabajo tenias hasta que te fuiste —gruñó él—. Te he echado mucho de menos.

—Es agradable ser apreciada. Yo también te he echado de menos. Aquí no he tenido a nadie que me trajera el café por las mañanas. He tenido que preparármelo yo misma.

—Pobre Jessica.

—Oh, yo no diría eso. Mi estancia en Norfolk Island ha sido… interesante, por calificarla de alguna manera.

—Sospecho que te has aburrido como una ostra —dijo Mark—. Seguro que estás deseando volver.

—Lo cierto es que no puedo decir que me haya aburrido. ¡Ni mucho menos! Pero no voy a negar que me apetezca volver. Aunque no…

Jessica se volvió al oír un ruido a sus espaldas. La visión del pétreo rostro de Sebastian mirándola desde el umbral de la puerta la confundió, y luego la preocupó. ¿Habría oído su conversación con Mark y la habría malinterpretado?

—¿Sigues ahí, Jessica? —preguntó Mark—. ¡Hola! ¡Hola!

Jessica volvió su atención al teléfono con el ceño fruncido.

—Sigo aquí, Mark, pero debo irme. Siento cortar de esta manera. Nos veremos el lunes, ¿de acuerdo? —colgó y se levantó para mirar a Sebastian—. Era Mark —dijo—. Mi secretario. He pensado que debía llamarlo.

—¿Tienes un secretario varón? —preguntó Sebastian en tono cáustico—. Qué moderno.

—No empieces a imaginar cosas, Sebastian —Jessica trató de sonreír con dulzura mientras caminaba hacia él—. Tienes demasiada imaginación, corazón.

—No trates de camelarme, Jessica —espetó él—. Sé lo que he oído. Sin embargo, no te he oído decirle que ibas a dejar el trabajo.

La consternación hizo que Jessica permaneciera callada unos segundos. Sebastian la estaba condenando sin darle la más mínima opción. Era posible que su conversación con Mark pudiera haber sido mal interpretada, pero ni siquiera parecía tener intención de darle la oportunidad de explicarse.

No pudo evitar recordar el día que apareció Myra, haciendo toda clase de desagradables insinuaciones sobre Sebastian. Pero ella no las creyó, porque sentía que conocía a Sebastian, que sabía la clase

de hombre que era, lo que podía y lo que no podía hacer.

Y una de las cosas que podía hacer, pensó Jessica con tristeza, era mostrarse ciegamente celoso. En cierta ocasión él mismo le dijo que una relación debía basarse en la confianza. ¿Dónde estaba su confianza, entonces? ¿Acaso era tan frágil que una conversación telefónica ligeramente ambigua podía hacer que se quebrara?

—¿Te acuestas con tu secretario? —preguntó Sebastian antes de que Jessica pudiera expresar su preocupación.

—No —negó ella, tratando de mostrarse tranquila.

—Puede que me haya expresado mal. Supongo que uno no se «acuesta» con su secretario. ¿Fornicas con tu secretario, querida Jessica? ¿Te lleva el café a la cama todas la mañanas, o sólo a tu escritorio, después? —preguntó él con desprecio.

—¿Sabes que tienes una mente muy sucia y retorcida?

Cuando Jessica fue a pasar junto a él, Sebastian la agarró por un brazo, apretándoselo con crueldad.

—No te hagas la mojigata conmigo, querida. Soy el hombre con el que te has acostado casi todo este último mes, ¿recuerdas? Hiciste un buen trabajo simulando no tener ninguna experiencia al principio, pero fue sabio por tu parte no pretender simular una completa inocencia. De esa forma podías llegar a convertirte en una sorprendente experta en sexo con mucha más rapidez que una remilgada virgen. ¿Por qué no me cuentas la verdad ahora? ¿Cuántos hombres ha habido antes de mí? ¿O vas a decirme que Mark fue uno de los tres afortunados?

Jessica trató de soltarse de él, sin conseguirlo.

—¡Me estás haciendo daño! —dijo, contrayendo el rostro al sentir la fuerza con que Sebastian le apretaba el brazo—. ¡Deja que me vaya!

—Por supuesto que voy a dejar que te vayas —gruñó Sebastian entre dientes, soltándola repentinamente—. Vete de una vez al lugar del que procedes.

—Y allí pienso quedarme —replicó Jessica, furiosa, frotándose el brazo—. ¡No hay futuro que valga con alguien tan retorcido como tú!

—Tampoco hay futuro con una fulana mentirosa y traidora como tú —espetó Sebastian—. ¡No hay duda de que eres el vivo retrato de tu padre!

La inmediata expresión de dolorido arrepentimiento que apareció en su rostro lo traicionó.

—¿Qué… qué quieres decir? —preguntó Jessica con voz temblorosa. Al ver que no contestaba, lo agarró por el brazo, zarandeándolo—. ¿De qué estás hablando, Sebastian?

—¡No estoy hablando de nada, maldita sea!

—Sí que estás hablando de algo. Ni siquiera conociste a mi padre, y sin embargo has dicho… has dicho… Oh, no —gimió—. No puedo creerlo. ¡No mi madre y el marido de Lucy! Es demasiado horrible para ser cierto. ¡Y no puede ser cierto! Mi madre no me tuvo hasta un año después de irse de Norfolk. ¡Dime que no es cierto!

—No puedo hacerlo —dijo Sebastian en voz baja.

—¿Pero cómo? ¿Cómo?

—Volvió a encontrarse con ella en el continente —admitió Sebastian de mala gana—. Creo que fue el embarazo de tu madre lo que le decidió a hacerse finalmente una vasectomía, no el de aquella otra desafortunada muchacha.

Jessica sintió que su corazón se rompía en mil pedazos.

—No te creo —gimió.

—¿Crees que sería capaz de inventarme algo así?

—Dijiste que tía Lucy no te había contado por qué se fue mi madre de la isla. Me mentiste.

—No te mentí. Al menos, no técnicamente. Lucy no me lo dijo. Solía hablar en alto bajo la influencia de la morfina. Ella no supo que lo dijo, ni que había alguien escuchándola. Sólo tuve que sumar dos y dos para saber lo que había pasado.

—¡Sigue! —exclamó Jessica cuando Sebastian se quedó en silencio—. ¡Quiero saberlo todo!

—Muy bien —dijo Sebastian, suspirando—. Tu madre fue a hablar con Lucy justo antes de que ésta se casara y le dijo que Bill y ella estaban enamorados. Le dijo que se habían acostado varias veces. Lucy no la creyó y Bill negó la versión de Joanne, diciendo que era una celosa a la que sólo le gustaba causar problemas. Lucy dijo que no quería volver a verla y Joanne se fue, desolada por el odio de su hermana y la traición de su amante. Pero ése no fue el final. Al parecer, Bill iba a menudo al continente. Debió buscar a tu madre y logró convencerla para seguir con su relación.

—¿Por qué? —protestó Jessica—. ¿Por qué voy a ser hija de Bill y no del hombre que se casó con mi madre?

—¡Porque eres el vivo retrato de Bill, maldita sea! Tienes su mismo pelo, sus mismos ojos, su misma boca. Lucy lo supo en el instante en que te vio. Se sintió tan afectada que tuvo que huir. Hasta entonces, sólo pensaba en ti como en la hija de Joanne, no de Bill.

Jessica sólo pudo mirarlo, demasiado anonadada como para hablar. No sabía por quién sentir más lástima. Por su madre, por haber sido tan débil como para amar a un hombre así. Por Lucy, por haber sido traicionada una y otra vez. O por sí misma, por haber sido la hija de un hombre tan desalmado. Nunca había tenido en

demasiada estima a su supuesto padre, pero el verdadero era mucho peor.

—Jessica… —Sebastian alargó una mano como para abrazarla.

—¡No me toques! —dijo ella, hecha un manojo de nervios—. ¡Vete! No quiero volver a hablarte nunca más. No quiero volver a verte. Tú no me quieres. No confías en mí. Me atrevería ha decir que ni siquiera te gusto. Me has ocultado todo esto sin el más mínimo remordimiento. Por lo que sé, es muy probable que sedujeras a mi tía por las mismas rastreras razones por las que me sedujiste a mí. Por esta casa. O por dinero. O por los impuestos. ¡O por las tres cosas! ¡Eres despreciable, Sebastian Slade, y te odio!

Jessica no pudo mirarlo al rostro, porque por supuesto que no lo odiaba. Lo amaba. Pero no quería volver a tener nada que ver con él. Acababa de hacerle mucho daño, y nunca se lo perdonaría.

—Pienso poner este lugar en venta antes de irme —dijo, con la mirada fija en un punto de la pared opuesta—. Quiero que te vayas de aquí hoy mismo. ¡Maldito sea el testamento! ¡Y maldito seas tú!

—Jessica, yo…

Sebastian se calló al ver la furiosa mirada que le dirigió ella.

—No te molestes en tratar de convencerme de lo contrario —continuó Jessica—. Sería malgastar tu saliva. He conocido hombres como tú antes. ¡Ahora, vete!

Sebastian la miró un largo momento con expresión impenetrable. Luego se volvió y se alejó.

Por un segundo, Jessica estuvo a punto de ir tras él, pero finalmente corrió a su habitación, se arrojó en la cama y lloró como nunca lo había hecho antes. Y sus lágrimas surgieron de lo más profundo de su corazón, pues sabía que nunca volvería a amar a un hombre como había amado a Sebastian, Nunca.

# Capítulo 16

—¿Malas noticias? —preguntó Mark mientras Jessica colgaba el teléfono.

—No —contestó ella—. Sólo negocios. ¿Dónde estábamos?

—Discutíamos cuál sería la mejor manera de entretener al grupo de turistas americanos que llegan la semana que viene. Sólo van a estar aquí tres días. Va a ser muy difícil enseñarles Sydney en tan poco tiempo.

—Estoy de acuerdo. Pero nunca sabrán lo que se han perdido mientras lo que vean sea realmente memorable. Pon un día de crucero para la primera fecha y cena en el hotel seguida de una visita al teatro Capitol. Aún tenemos entradas de sobra para la representación, ¿no?

—No hay suficientes.

—Entonces tendrás que ir a ver qué consigues en alguno de los otros teatros. Para cuando vuelvas, ya habré pensado qué hacer con ellos los otros dos días.

—De acuerdo, jefa. No hay duda de que sabes tomar decisiones rápidas —Mark sonrió y se levantó para salir.

Jessica observó cómo se alejaba. Era un joven muy atractivo, y también gay. Si al menos Sebastian hubiera sabido eso cuando la acusó de acostarse con su secretario…

Su mente volvió a la llamada de teléfono que acababa de recibir. El agente inmobiliario le había comunicado que la venta de la casa de Lucy se había cerrado el día anterior.

Jessica se sintió muy deprimida al recibir aquella noticia. Pero ya estaba hecho y no tenía remedio.

La casa había sido comprada por una empresa llamada Futurecorp que se negaba a explicar al vendedor cuáles eran sus planes para la propiedad.

Jessica lamentaba no haber puesto una cláusula en el contrato diciendo que la casa no podría ser demolida ni transformada, pero cuando decidió ponerla a la venta estaba tan disgustada que no pensó en nada. Además, la oferta de la empresa había sido más que razonable. De hecho, había sido excepcional. Inicialmente, Jessica se consoló pensando que, si no podía ser feliz, al menos sería rica. Ahora se preguntaba qué locura la había poseído.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba a punto de tomar un pañuelo de papel cuando sonó el teléfono.

—Jessica Rawlins —contestó.

—Jessica, soy Michelle, de recepción. Me temo que tenemos un problema con el caballero que ha alquilado la suite presidencial esta mañana. Acaba de llamar y ha pedido ver al jefe de relaciones públicas. Lo siento, pero ha colgado antes de que pudiera averiguar de qué se trataba.

Jessica suspiró.

—No importa, Michelle. Subiré a verlo. ¿Cómo se llama?

—Señor Slade.

El corazón de Jessica dejó de latir un instante. Supuso que sería un nombre bastante común, pero de todas formas era una desagradable coincidencia.

—¿Sabes cuál es su nombre de pila, o sus iniciales? —preguntó, inquieta.

—Lo siento. Ha pagado con una tarjeta de crédito.

Jessica suspiró, aliviada. Sebastian no habría hecho eso. Y tampoco habría alquilado la suite presidencial. Debía de ser otro señor Slade.

—De acuerdo, subiré enseguida para averiguar cuál es el problema —sin duda, sería alguna trivialidad. Aquel tipo de ejecutivos ricos podían ser muy arrogantes y exigentes, sobre todo cuando utilizaban el dinero de la empresa para la que trabajaban.

Jessica apretó los dientes y se levantó de mala gana de la silla. Ya no disfrutaba como antes enfrentándose a aquel tipo de problemas de su trabajo. Tampoco disfrutaba de su vida en Sydney. Odiaba lo que antes amaba. La agitación, el ruido, el ajetreo, incluso el olor.

Echaba de menos la salada brisa del mar en la galería de la casa de Lucy, las verdes colinas, las cálidas aguas de la bahía Emily…

Respiró hondo y apretó el botón del ascensor para el último piso.

«No debo pensar más en él», se dijo. «Si lo hago me volveré loca!». Sebastian era un diablo dispuesto a utilizar sus encantos sexuales para obtener beneficios materiales. Y no sólo había tratado de aprovecharse de ella, sino también de tía Lucy. Ahora lo sabía con Certeza.

Jessica no había llegado a creer realmente que se hubiera acostado con su tía, ni siquiera cuando lo acusó de ello aquel terrible día. Estaba disgustada y enfadada y no sabía lo que decía. Después, temió haber vuelto a sacar conclusiones equivocadas sobre él.

Pero, finalmente, razonó que si Sebastian era tan inocente como decía, ¿por qué había tardado menos de una hora en dejarla? ¿Por qué no se había quedado para luchar por su amor y su confianza? Cualquier duda que tuviera sobre él quedó borrada el domingo

siguiente, cuando Evie la llevó al aeropuerto. Allí se encontró con Myra, que iba a tomar el vuelo a Brisbane en busca de trabajo.

Cuando Evie la dejó un momento para ir al servicio, Jessica no pudo resistir la tentación de preguntarle a Myra por qué estaba tan segura de que Sebastian se había acostado con Lucy. Myra le contó que ella solía ir temprano por la mañana a la casa de huéspedes para hacer la colada, y que en una ocasión vio a Sebastian saliendo de puntillas de la habitación de Lucy para dirigirse sigilosamente a la suya. Y eso fue mucho antes de que Lucy se pusiera enferma, cuando aún tenía huéspedes en la casa.

Dadas las circunstancias, Jessica no encontró motivo alguno para pensar que Myra mintiera. Sebastian era el mentiroso, como casi todos los hombres que había conocido, concluyó finalmente.

Las puertas del ascensor de abrieron y Jessica salió, irguiendo los hombros mientras caminaba con paso decidido por el pasillo. El asistente personal asignado a la suite presidencial salía de ésta justo cuando ella llegó.

—¿Cuál es el problema con el señor Slade? —preguntó Jessica en un tono seco que reflejaba su estado de ánimo.

—¿Problema? —el joven frunció el ceño, sin comprender—. No hay ningún problema.

—Supongo que querrá que le busque un compañero para jugar al squash —dijo Jessica con aspereza—, o algo parecido. Por favor, hágale saber que estoy aquí antes de irse.

El asistente asintió y desapareció unos segundos antes de volver a salir.

—Está en el salón, bebiendo una copa —informó a Jessica—. Ha dicho que pase.

La primera impresión de Jessica fueron unos fuertes hombros elegantemente vestidos y un pelo castaño claro perfectamente peinado. Y eso era sólo de espaldas. El señor Slade estaba contemplando la ciudad desde el amplio ventanal del salón, con su cuerpo recortado contra el sol del atardecer.

—¿Qué tal está, señor Slade? —dijo Jessica mientras caminaba hacia él por la espaciosa habitación—. Soy Jessica Rawlins, la jefa de relaciones públicas del hotel. ¿En qué puedo ayudarlo?

El empezó a volverse y la luz del sol arrancó unos destellos dorados de su pelo mientras lo hacía. Jessica se quedó sin aliento cuando le vio el rostro.

—¡Sebastian! —exclamó, sintiendo un repentino temblor. ¿Qué hacía allí? ¿Y por qué iba vestido de aquella manera? ¿Habría ido tras ella, esperando que volviera?

El no dijo nada al principio, limitándose a mirarla intensamente con sus ojos azules, fijándose probablemente en lo pálida y delgada

que estaba. Jessica no había sentido demasiado apetito desde su regreso de Norfolk, seis semanas atrás.

—Hola, Jess —saludó Sebastian finalmente.

—Tú… te has cortado el pelo —balbuceó ella, pensando que estaba increíblemente guapo.

Sin embargo, no le gustaba su nueva imagen. ¿O sería en realidad esa su antigua imagen? ¿Había vuelto a ser el Sebastian anterior a su visita a la isla? ¿El implacable agente que jugaba con el dinero de los demás y se dedicaba a hacer de donjuán en sus ratos libres?

Tenía un aspecto increíblemente imperturbable e intimidatorio con aquel traje gris de tres piezas y el pelo totalmente peinado, no como el despreocupado y relajado Sebastian que había conocido y del que se había enamorado.

Lo miró y sintió… ¿qué? Angustia, pero también deseo. Aún lo amaba, y siempre lo amaría.

Esa era la amarga verdad.

—¿Qué quieres, Sebastian? —preguntó con voz tensa—. ¿Por qué me has engañado para hacerme subir?

—No te he engañado. He dado mi nombre.

—¿Ya estamos de nuevo con las verdades a medias? —preguntó ella despectivamente—. Slade es un nombre bastante común. No has dado tu nombre de pila. ¿Cómo iba a saber que eras tú?

—Debiste sospecharlo al ver el nombre de mi empresa.

—¿Por qué? Nunca supe para quién habías trabajado, y ahora sigo sin saberlo.

—No trabajo para ninguna empresa, Jess. Soy dueño de la empresa. Se llama Futurecorp. El nombre debe resultarte familiar después de la llamada que has recibido hoy del agente.

Jessica abrió los ojos como platos.

—¿Tú eres Futurecorp?

—Sí.

—¿Pero… desde cuándo? Quiero decir… ¿cuándo…?

—Hace varios años que creé la empresa —aclaró Sebastian.

Jessica se sentía cada vez más confundida.

—¿Me estás diciendo que eres rico? ¿Que siempre has sido rico?

—No siempre. Pero sí desde hace unos años.

—¿Entonces no perdiste tu fortuna antes de ir a Norfolk Island?

—Perdí mucho dinero en algunas inversiones que salieron mal, pero no perdí mi fortuna. Esas mismas inversiones acabaron resultando muy rentables durante mi estancia en Norfolk. ¿No es irónico que mi negligencia me haya hecho aún más rico?

—¿Tía Lucy sabía que eras rico? —preguntó Jessica, frunciendo el ceño mientras trataba de asimilar lo que estaba escuchando.

—No el primer año —admitió él—. Como tú, ella asumió que estaba arruinado. Debo admitir que encontré refrescante saber que alguien me apreciaba por mí mismo y no por mi dinero. También me gustaba que me ayudaran, me aconsejaran y me mimaran. Me sirvió para recuperar en parte mi autoestima. Le conté cuál era mi verdadera situación financiera cuando supe con certeza que no supondría ninguna diferencia para nuestra relación. Lucy ni siquiera se enfadó conmigo.

Sin embargo, Jessica aún seguía enfadada con él. Muy enfadada. Y muy desconcertada por sus asombrosas revelaciones. Caminó por la habitación y fue a colocarse tras un sillón, agarrando el respaldo mientras miraba a Sebastian.

—¿Y cómo iba a enfadarse? —preguntó—. Probablemente estaba hipnotizada por todo el sexo que le estabas dando, ¡como me sucedió a mí! Y no vuelvas a mentirme respecto a eso. Sé que te acostabas con ella.

—No, Jess —negó Sebastian una vez más—. Sé lo que Myra te dijo ese día en el aeropuerto. Evie le sonsacó vuestra conversación después de que tomaras el avión. Te vio hablando con ella. Te aseguro que nunca le hice el amor a Lucy. Nunca. Pero debo admitir que una noche dormí con ella.

¿Cuál era la diferencia? Hacer el amor… dormir con… ¡Ya estaba volviendo a jugar con las palabras!

—Fue el día que Lucy supo que tenía cáncer y se enteró sobre la verdad de su marido —continuó Sebastian—. Estaba terriblemente disgustada. Necesitaba hablar con alguien. Pero había huéspedes en la casa y fuimos a su habitación para hablar a solas. Nos quedamos despiertos hasta muy tarde, hablando. En cierto momento se angustió mucho y empezó a llorar. Yo fui a donde estaba sentada en la cama y la abracé. Me pidió que no la dejara y así lo hice. Me tumbé con ella, abrazándola hasta que se quedó dormida. Luego yo también me quedé dormido. No hubo sexo. Lo juro.

Jessica lo miró, sabiendo en el fondo de su corazón que le estaba diciendo la verdad.

—¿Por qué iba a mentirte? —siguió Sebastian—. Si me hubiera acostado con Lucy, te lo diría. No me avergonzaría de ello si lo hubiera hecho. Era una mujer encantadora. Pero no era eso lo que quería de mí. Lucy sólo amó a un hombre en su vida, y aunque éste fuera un miserable, permaneció fiel a su memoria hasta el día de su muerte.

—¿Entonces por qué me ocultaste que tenias dinero? —preguntó Jessica, confundida y herida—. ¿Porque encontrabas «refrescante» que te apreciara por ti mismo? ¿O era porque no confiabas en mí, como nunca habías confiado en ninguna mujer?

—No voy a tratar de disfrazar mi comportamiento contigo. No he venido a eso —Sebastian dio un sorbo a su bebida mientras una oscura amargura nublaba su mirada—. Te amaba de verdad, Jess. Pero tienes razón. En el fondo, no confiaba en ti. Me doy cuenta de ello ahora. El problema era que había experimentado demasiados ejemplos en el pasado del poder afrodisíaco del dinero. Es asombrosa la cantidad de mujeres hermosas que son capaces de ofrecer su cuerpo por un hombre rico. La edad y el aspecto no tienen nada que ver con ello. Eso sólo es un bono añadido para las damas en cuestión. En mi caso, tenía todas las cartas a mi favor.

Jessica escuchó lo que estaba diciendo Sebastian con cierta comprensión. ¿Cómo podía condenarlo por mantener en secreto su riqueza cuando ella misma había planeado hacer lo mismo con su modesta herencia y por las mismas razones?

—Pero no se me ocurrió pensar que no todas las mujeres hermosas eran iguales —continuó Sebastian—, o como mi crónicamente infiel ex–esposa. Básicamente, mi mente estaba tan confusa y retorcida como tú dijiste, Jess. Quise engañarme pensando que había cambiado, que era capaz de volver a amar y confiar en una mujer. Y lo fui mientras viví ocultó en un capullo y te tuve conmigo. Pero sólo hizo falta una pequeña fisura para que mi supuesta recuperación se viniera abajo.

Jessica no podía dejar de mirarlo y pensar lo valiente que era por parte de Sebastian haber ido allí a decirle todo aquello. ¿Cuántos hombres habrían sido capaces de admitir sus errores y su debilidad? Y no es que pensara que Sebastian fuera débil. Sólo estaba dolido.

Y aún la amaba. Podía verlo en la tensión de su rostro, de sus hombros, en sus actos tanto como en sus palabras. Darse cuenta de ello la conmovió intensamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear para controlarlas.

—¿De verdad has comprado la casa de Lucy? —preguntó con voz entrecortada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por dos razones. La primera, para mantener la promesa que le hice de que siempre cuidaría de su casa. No podía permitir que cayera en manos de alguien sin escrúpulos, ¿no te parece?

Jessica sintió que se le encogía el corazón.

—No debería haberla vendido. Luego lo lamenté. Hoy me he sentido una miserable cuando me he dado cuenta de lo que había hecho.

—Supuse que te pasaría algo parecido. Esa es otra de las razones por las que he comprado la casa y te la he regalado —Sebastian

sacó unos papeles del bolsillo de su chaqueta y se los dio—. La casa de Lucy es tuya ahora, Jess, para que hagas con ella lo que desees.

Jessica se quedó boquiabierta.

—Pero… ¡ya me has pagado una cantidad exorbitante por ella!

—Considéralo dinero de la conciencia.

Jessica gimió al darse cuenta de lo que había tras aquel generoso gesto. No culpabilidad, ni tampoco un amor ordinario, sino un gran amor.

Oh, sí, Sebastian le había hecho daño, pero sólo en un estallido de celos irracionales, no con cruel frialdad. Y el hecho de que no le hubiera contado quién era su verdadero padre tampoco era imperdonable, sobre todo teniendo en cuenta la reputación que tenía. Lo más probable era que quisiera protegerla.

Jessica había llegado a asimilar todo aquello durante las pasadas semanas, sobre todo tras llamar a su padre legal y averiguar que éste había descubierto poco después de que naciera que no era su verdadero padre. Le confesó que la enfermiza obsesión de su madre por el marido de su hermana estuvo siempre relacionada con sus actos.

Su matrimonio fue un intento de hacer que Bill se pusiera celoso. Cuando se divorció, lo hizo esperando que Bill se casara con ella. Y tras la muerte de Bill, se desmoroné por completo, dándose a la bebida…

No había sido agradable enterarse de la verdad, pero sintió cierto alivio al conocer por fin los hechos reales.

Miró a Sebastian y pensó lo mucho que lo amaba y lo mucho que lo deseaba. ¿Pero querría él volver a intentarlo? Temía que no. No había nada en su actitud que indicara que aquella visita fuera un intento de reconciliación.

—No quiero tu dinero —dijo, angustiada.

—¿Entonces qué quieres? —preguntó Sebastian igualmente angustiado—. Dilo y te lo daré si puedo. Es lo menos que puedo hacer después de cómo te he tratado.

Dudando, Jessica salió de detrás del sillón y se acercó a él con el corazón en las manos.

—Yo… te quiero a ti —susurré—. Sólo a ti.

Sebastian gimió ahogadamente y la estreché entres sus brazos con tal fuerza que Jessica temió partirse en dos.

—Oh, Jess… Jess. ¿Lo dices de verdad? ¿De verdad quieres volver conmigo?

—Para siempre, amor mío. La vida sin ti ha sido insoportable. Y no te culpo totalmente por lo que ha pasado. Yo reaccioné demasiado impulsivamente. Debía haberte dado algunas explicaciones. Por una parte, Mark, mi secretario, es gay. Y yo

debería haberte contado más cosas sobre mí y mi vida pasada, y sobre los hombres con los que me relacioné. Si lo hubiera hecho, me habrías conocido mejor, y no habrías pensado tan mal de mí. Yo…

—¡Basta! —interrumpió Sebastian—. No tienes que darme explicaciones. En el fondo de mi corazón, siempre supe que no eras una mujer promiscua. Mi reacción y mis palabras fueron las de un loco. Pero ya no soy ese loco, querida mía. Te lo juro. Siento tanto todo lo que te dije… Perdóname, por favor.

Jessica sintió que su corazón se derretía al oír la sentida disculpa de Sebastian.

—Por supuesto que te perdono.

—Estas semanas sin ti han sido horribles, Jessica. La vida perdió el sentido para mí cuanto te fuiste, y creo que habría sido capaz de cometer cualquier tontería si un día no hubiera recordado algo que me dijo Lucy en cierta ocasión. «El verdadero amor nunca muere, Sebastian», dijo. «No puede morir. Vive por encima de todo». Fue entonces cuando decidí esperar un poco y luego darme una última oportunidad para recuperarte. Me he repetido mil veces que venía sin esperar nada, pero…

—Me alegra tanto que hayas venido, Sebastian —dijo Jessica, abrazándolo con fuerza—. Tanto, tanto.

—Te quiero, Jess. Te quiero con locura. Y no puedo expresar la alegría que me produce saber que me vas a dar otra oportunidad. Bésame, cariño. Bésame.

Jessica lo besó y todo el dolor acumulado durante las últimas semanas se disolvió como por ensalmo.

—Cásate conmigo, Jess —dijo Sebastian—. Ten hijos conmigo. Vive conmigo el resto de nuestras vidas.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? ¿Lo dices de verdad?

—Sí, pero…

—¿Pero qué? —interrumpió Sebastian, mirándola con preocupación—. ¿Hay algún problema?

Jessica lo miró, ligeramente avergonzada.

—¿Podrías volver a dejarte crecer el pelo?

—¿No te gusta así? —preguntó él, extrañado.

—Digamos que lo prefiero largo. Y por muy bonito que me parezca ese traje, también tendrá que desaparecer. Si vamos a vivir en Norfolk Island, no tendrás por qué usar ese tipo de prendas.

—¿Estás dispuesta a renunciar a tu trabajo y a vivir en la isla? —preguntó Sebastian, maravillado—. ¿No te aburrirás? Yo estoy dispuesto a trasladarme a Sydney si eso te hace más feliz.

—Será agradable venir a Sydney de vez en cuando, pero no quiero vivir aquí.

Los ojos de Sebastian brillaron mientras volvía a estrecharla entre sus brazos.

—Entonces, en cuanto solucionemos nuestros asuntos nos iremos a Norfolk. No esperemos mucho para casarnos, Jess. Quiero empezar a tener bebés contigo lo antes posible.

El corazón de Jessica se inflamó. Bebés. Sus propios bebés, con Sebastian como padre. Era su sueño hecho realidad.

—No veo motivo para esperar a que un trozo de papel legalice nuestro amor, amor mío —murmuró, y tomó la mano de Sebastian para llevarlo hacia la habitación.

Poco después, mientras yacían tiernamente abrazados en la cama, Jessica dijo:

—Creo que ésto era lo que quería tía Lucy cuando puso esa cláusula en su testamento. Quería que nos enamoráramos y llenáramos su casa de niños.

—Puede que tengas razón. Tu tía Lucy era una romántica.

—Y tuvo razón. Nos enamoramos. Y vamos a casarnos y a llenar su casa de niños.

—No lo dudes, querida. No lo dudes.